

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 8 - 14 agosto 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 297

GIBRALTAR INGLÉS = COLONIAJE Y CONTRABANDO

EL CANAL DE SUEZ

Inglaterra suelta a regañadientes una de sus viejas presas (página 45)

CUBA, LA ISLA MILLONARIA Una original descripción, desde La Habana, por nuestro enviado especial Antonio Manuel Campoy (pág. 32)

Carta del director al duque de Alba (pág. 8) ● Sueño de velas blancas en el verano alicantino (página 9) ● Los montes bravos de Asturias (pág. 12) ● Playas de moda del Sur (pág. 15) ● Aire y al sol de Castilla (pág. 19)

● Crónicas de nuestros enviados especiales Carlos Rivero, Aurora Cuartero, Concha Fernández Luna y Joaquín Ruiz Catarineu ● «Festivales de España» al encuentro del público (pág. 23)

● Notas y apuntes para las memorias de un redactor político, por Francisco Casares (pág. 28)

● Conversaciones en El Cairo con los hombres de un mundo sin fronteras, por Rodolfo Gil Benumeya (pág. 50) ● El libro que es menester leer: «Manual para espías», por Alexander Footle (pág. 53) ● «Obediencia y libertad» en las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, por Alberto Clavería (página 57) ● Bahamontes, el Rey de la Montaña, desde Toledo, por nuestro enviado especial José María Deleyto (pág. 61)

LA HUIDA

Una novela completa por Alfonso Albalá



GIBRALTAR ESPAÑOL LA REIVINDICACION DE TODOS LOS ESPAÑOLES

Lea el reportaje que encontrará en la pág. 3

*El
vigor estival...*

...parece vinculado
en la enana y carnosa
chumbera, evocadora
del tórrido desierto.
La sola visión
invita a apurar el
vaso de agua con
"Sal de Fruta" ENO,
la refrescante
y tónica bebida.



C. S. 14. 108

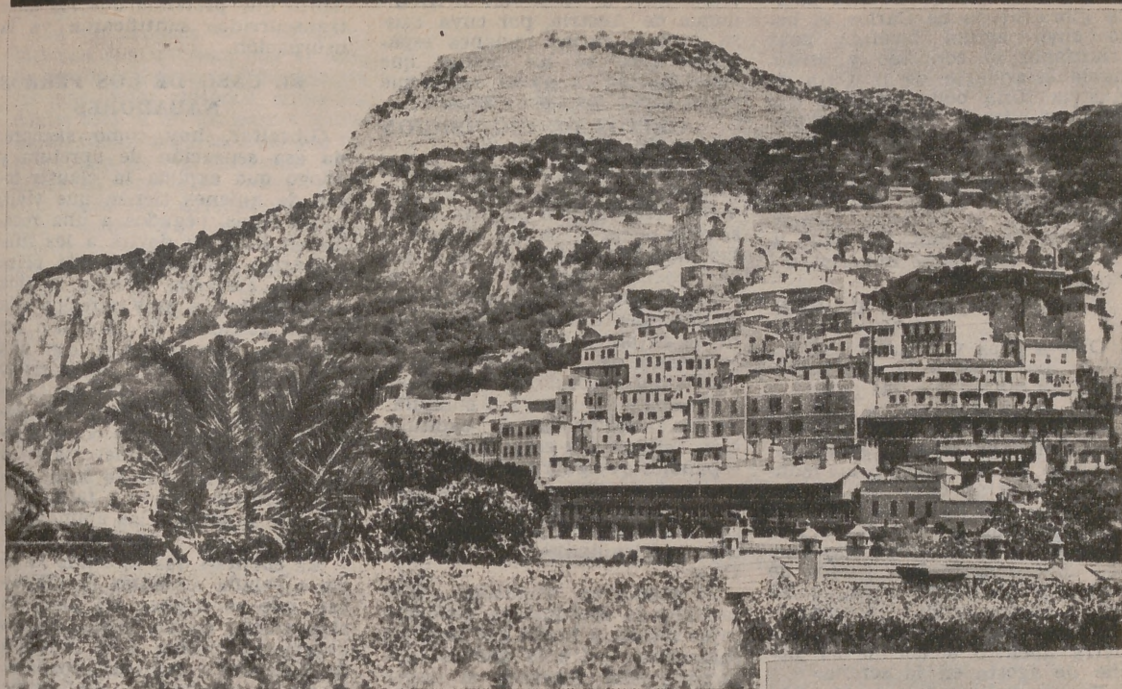
"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

MITIGA LA SED

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID



GIBRALTAR ESPAÑOL: LA REIVINDICACION DE TODOS LOS ESPAÑOLES

DESCRIBIR desde el Peñón, precisamente en el 4 de agosto de 1954, que cumple los doscientos cincuenta años de usurpado, es traer a nuestro doloroso tema habitual especiales circunstancias de tiempo y lugar; por el día que es y por el sitio de que se trata.

Las largas filas de obreros con sus bicicletas, pasaron la Aduana, como siempre, a esa diaria ocupación española y laboral de Gibraltar, que es como una respuesta que, en las mismas entrañas de un baluarte ochocentista, da nuestra fuerza del trabajo de su posesión del presente y del futuro.

El sol de agosto sobre la carretera del «neutral ground», sobre los hangares pintados, en los techos de las fábricas de tabaco para el contrabando, sobre la larga fumarola del tostadero de café, por encima los «barracks» y las grúas, levantadas como horcas de metal, y sobre el alma en pena de esta ciudad babilónica, en cuyo cielo luminoso y nuestro una nube, que vuela al viento de Levante, parece querer escribir el «Manet, Thesel, Phares» de una ira antigua y poderosa, para la que son bien poco esos dos siglos y medio que ahora se cumplen.

En el 4 de agosto de 1954 podemos imaginar lo ocurrido, tal día como hoy, en estos mismos luga-

res, hace doscientos cincuenta años.

HACE DOS SIGLOS Y MEDIO

Las velas de una poderosa Escuadra angloholandesa se balancean por toda la bahía y sorprenden casi indefenso, con sesenta soldados al Peñón gibraltareño. Los parlamentarios conminan a rendirse al viejo don Diego Salinas con una carta que el Archiduque Carlos de Austria dirige cordialmente «a mi ciudad de Gibraltar». Carlos de Austria es pretendiente a la Corona de España, que se debate en la guerra de Sucesión.

Don Diego Salinas hace protestas de fidelidad al bando del otro Pretendiente, Felipe de Anjou. Comienza el bombardeo sobre la desgarnecida plaza que, después de feroz y corto asedio, decide rendirse a quienes cree representantes y aliados del otro sector español en lucha. Ni por un momento, fiados en papeles y palabras, don Diego Salinas, sus escasísimos soldados y el Ayuntamiento de Gibraltar creen que su rendición pueda desviarse en favor de alguien que no sea España en guerra civil, azuzada por poderosas ambiciones forasteras.

Jamás desde esta Punta de Europa, jamás desde la Puerta de Tierra ni desde lo alto de la gran Peña calpense se había visto un espectáculo igual, con



Este es nuestro Peñón. Gibraltar cum doscientos cincuenta años en manos extranjeras. Este es el quiste de todos los españoles.

tanto rítmico bogar de marineros de espaldas curtidas a la brisa y hasta al flagelo y la zarpa del «gato de siete colas». Con los remos en alto embarrancan suavemente en la arena del istmo, que une el Peñón con el campo abierto, barcazas de marineros rubios mientras el viento de Levante hace ondear los estandartes y se lleva a las montañas próximas las señales de silbato. Uniformes de blanco y azul. Cintas de marinería que forma en tierra a una extraña voz preventiva y larga a la que sigue un grito seco. Entorchados de la oficialidad, rapé, casacas coloreadas y bicornios de suave crin sedosa. ¡En marcha! Sables en alto, de rica empuñadura, montan la guardia a los estandartes aliados. Pronto, pasadas

las murallas de Puerta Tierra, los tambores y pifanos se oyen por la calle Real, hacia la puerta gibraltareña de Carlos V, bajo cuya águila bicéfala pasa triunfador el conocido y entrañable estandarte de la Casa de Austria. Una bella estampa que parece reafirmar las mejores glorias españolas. Alguien, entre el pueblo atónito, grita un ¡Viva! al Archiduque de Austria, mientras el jefe de las fuerzas de desembarco, el príncipe alemán de Hesse Darmstadt, iza sobre la ciudad el estandarte imperial del Pretendiente.

AQUEL CAMBIO DE BANDERAS

Olor a brea y trajinar con barricas. Los puestos de guardia vigilan las murallas y las patrullas suben, entre malezas, a los más altos miradores del peñón de Calpe. España está en guerra civil, pero nada ocurre en las montañas y tierras circundantes. La Escuadra angloholandesa puede estar tranquila en la bahía. Cuando la noche llega hay fuegos en las montañas, fuegos de pastor y de curiosos que quizá por el hábito secular de resguardarse de piratas fueron un poco tierra adentro a dormir su noche de agosto en la serena.

No hay peligro a la vista ni se oye por ningún lugar que redoblen tambores por la Casa de Borbón. Pero por las empinadas calles de un Gibraltar pequeñísimo, en vez del acostumbrado canturreo del vigilante de noche, sencillo y municipal, camina con faroles suspicaces una nutrida ronda que clavetea los guijarros al paso militar.

Llega luego, para los asustados gibraltareños, un día y otro sin que suenen las campanas de Santa María la Coronada, ni las de las ermitas, como si el badojo se atara con un presentimiento de que la gran Peña que los españoles habían puesto bajo la advocación de la Virgen de Europa, como otro pilar hercúleo igual al que en las faldas del monte Abila, en Ceuta, guarda la Virgen de África, pudiera desnivelar la armonía columnaria y mariana del faro de Hércules con un forzado «No Mary land».

Y comienza el saqueo. Ebría de ron la soldadesca, que en nombre del Archiduque Carlos, se decía aliada de los españoles, se siente ya dueña de casas y haciendas. Pero Inglaterra no está en guerra con España; sólo ayuda a la causa del Archiduque Carlos en una lucha civil que, además, va a perder. Luego se convoca a todo el pueblo para una ignorada ceremonia. Pasan acompañados los tambores. El mayor de ellos lleva sobre sus espaldas una piel de leopardo como un símbolo de felina rapacidad. Suenan los pifanos y las gaitas. Una brisa suave mueve las faldas de un grupo escocés. Llega el almirante Rooke y se hace el silencio. A una señal avanza un marinero que lleva en brazos un gran paño envuelto. Otra señal y redoblan los tambores. Silencio otra vez y Rooke arría el estandarte del Archiduque que de Austria y lo sustituye, sin más, por el pendón de la Reina Ana de Inglaterra. Un grito: «¡God save the Queen!» «¡Dios salve a la Reina!» y truenan cañones y culebrinas.

La gente, atónita, no comprende muy bien qué es lo que ha ocurrido. Ellos se rindieron al Archiduque de Austria, por cuya causa luchan varias regiones españolas, pero se les explica que aquel pueblo ya no es suyo; que aquel lugar ya no es España.

GRITOS DE INQUISICION ANGLICANA

El gran éxodo comienza. Nadie se queda, sino que todos, con los pobres enseres que pueden llevar, se van hacia el campo abierto, a las montañas, como en una triste romería hacia la ermita de San Roque, donde nacerá un Ayuntamiento nuevo, en el que desde entonces reside, con el viejo estandarte y con las llaves, el municipio legítimo de Gibraltar.

No obstante, algo fué cumplido de las condiciones de capitulación: el que los escasos soldados españoles que guarnecían la plaza salieran de ella con la bandera desplegada, tambor batiente, mecha encendida, tres piezas de artillería y equipajes sin ser registrados.

El éxodo es voluntario, pero también lo estimula la conducta injustificada y hostil que tiene la soldadesca, entre la que es peligroso quedar rezagado si no se quiere provocar aquel grito de la inquisición anglicana que resonaba en el cuenco de la Roca: ¡¡Un papista!!!

En el diario de un capellán anglicano que acompañó a las primeras guarniciones, Thomas Pockock, se lee, en tono despectivo y con evidente satisfacción, que la iglesia consagrada a Santa Europa (sic) «a la que saludaban al pasar con salvas de artillería los navíos papistas», fué desmantelada.

Muchos años más tarde, nuestro Menéndez y Pelayo diría, con razón, que «Gibraltar es el único punto ibérico en el que libremente imperó la herejía». Aun hoy, el obispo anglicano de Gibraltar es la cabeza de esa propaganda confesional en toda España y tiene una jurisdicción tan amplia que abarca también el sur de Francia, la totalidad de Italia, Grecia y parte de Turquía.

Pero dejemos ya el pasado. Bien podríamos hablar de la romántica aventura del cabrero Sursarte y de los diversos sitios en uno de los cuales se llegó a coronar las murallas; de las baterías flotantes de D'Arçon y de las lanchas bombarderas ideadas por Antonio Barceló, un romántico catalán que casi hizo en Gibraltar la guerra por su cuenta en una conflagración de iniciativa privada. Sesenta años después de aquella aventura aun se cantaba en Cataluña aquella vieja «Canción de Barceló», cuyo estribillo repetía:

«Barceló, Inglaterra
es vol burlar de mí.
Lin declaro la guerra
li ha enviat a dir.
Per anar a sitiar
lo fort de Gibraltar.»

Y referirnos a la muerte de Caudal y tantos otros héroes que intentaron escalar el difícil promontorio erizado de cañones. Pero no hemos venido aquí a hablar del tiempo pasado, aunque si es bueno que recordemos la ilegiti-

midad de origen que el caso tiene, para dar réplica a la curiosa teoría que pretende que los años transcurridos santificaron ya la usurpación.

EL CASO DE LOS PERROS NADADORES

Gibraltar, hoy como siempre, da esa sensación de apretura y ahogo que explica la claustrofobia de quienes tienen que vivir, como lapas, pegados a una roca. Hacen bien en darles a los funcionarios destinados a esta plaza sueldos elevados, porque la vida de Gibraltar es muy parecida a la de un guardián de faro, con poquísimas diversiones y con una sola calle que tenga un mediano aspecto urbano y una continuidad de aceras y comercios. El resto de la ciudad puede considerarse como callejas transversales en rampa, por las que se hace difícil el tráfico rodado y fatigoso el tránsito a pie por las abundantes escaleras.

Me cuentan que este año la feria o velada andaluza de Gibraltar que se celebra en julio, ha sido mucho menos lucida que las anteriores, debido a la ausencia de feriantes y turistas españoles. Hasta el gobernador, sir Gordon Macmillan, y el Consejo municipal, tuvieron que improvisar, a toda prisa, alguna caseta típica para que en la población pudiesen ver palpablemente que había algo de feria.

La retirada del Consulado de España ha afectado muy sensiblemente al movimiento de los comercios gibraltareños y al tráfico por la Aduana, hasta el punto que una organización de dependientes de comercio, llamada A. A. C. R., ha lanzado un violento manifiesto al pueblo de Gibraltar en el que dice burdamente que España intenta una provocación de crisis en esta plaza, y termina con un llamamiento a la resistencia a autorreprimir la imperiosa necesidad de asomarse al campo abierto, y pide que todos los funcionarios y demás residentes compren y procuren divertirse, como sea, en el mismo Gibraltar.

También el periódico «El Call-pense», diario en lengua española, que por cierto se imprime a caja, haciendo honor a las más viejas tradiciones del arte de la estampa, publica desfiemados artículos, en los que el «Reporter errante», «Catón», «Mohamed ben City», «Wellington»... (siempre pseudónimos), bajo la batuta del director del diario, mister Farral, dan sesudos consejos y lastimosas quejas sobre la pérdida del «respeto» tradicional, que, según la meticulosa tipografía de «El Call-pense» nuestro país debe a Gibraltar.

Lo que ocurre es que la aplicación de las leyes hace ahora más difícil el contrabando que desde la plaza gibraltareña se realizó durante tanto tiempo, y la mayor vigilancia aduanera hace más difícil la introducción fraudulenta de mercancías. Pero el contrabandista de Gibraltar no se resigna a ver por el suelo su negocio habitual. Hemos contado en este puerto hasta veinte lanchas, en las que es fácil adivinar

a los Gibraltares flotantes que operan en la noche a lo largo del Estrecho.

Las dificultades casi insuperables con que tropieza hoy el contrabando terrestre han resucitado los más viejos métodos, entre los cuales está el de los perros nadadores. Hacía muchos años que este sistema no era empleado, pero ahora se pretende volver a él con todas las perfecciones de la más moderna técnica. Resulta relativamente fácil que desde una de las lanchas nocturnas, falsos pesqueros, se lance suavemente al agua a uno de esos perros amaestrados, a los que se coloca un cinturón impermeable lleno de libras de tabaco u otra mercancía a introducir tierra adentro. Esos perros nadan cautelosamente, y muchas veces lo hacen sólo con el morro fuera del agua. Hasta el más potente reflector puede pasar por encima de ellos y tomarlos por un tarugo que flota a la deriva. Una vez en la costa, el perro contrabandista se encamina a los lugares que, a veces, están a muchos kilómetros del mar, y cuyo camino tienen bien apurados. Hasta existe en la plaza gibraltareña, población muy dominada por la Sociedad Protectora de Animales, una academia de perros nadadores y hasta algún profesor canino que se hizo confectionar para sus fines docentes, un uniforme muy parecido al de la Guardia Civil de costa y fronteras. Se enseña el perro a agazaparse entre los matorrales y a contener el aliento en cuanto ve la silueta de un guardia.

En otros tiempos no se procedía con tanta cautela, sino que el pequeño Gibraltar flotante, amparado en la nocturnidad, se acercaba a la costa y desembarcaba en un lugar solitario los fardos del alijo, que procurarán recoger las bandas de mochileros.

En ningún sitio como en el Campo de Gibraltar ofrecía tantas sospechas quien, con una gran mochila en la espalda, caminaba por la sierra con aire deportivo y como si se tratara de un pacífico montañero que «hacia piernas» por la serranía.

Cuando la distancia a recorrer era muy grande, o el alijo muy voluminoso, entraban en juego las llamadas caballerías «del trajín». Las reuas que, por difíciles senderos de montaña, introducían muy dentro del territorio español la mercadería fraudulenta.

Hasta seis fábricas de tabaco de picadura se cuentan en Gibraltar. Dos de ellas son muy grandes, pero existen otras cuatro que si de menos apariencia exterior también tienen gran importancia en la elaboración de libras de tabaco prensado. Se calcula que junto al Peñón se producen diariamente más de setenta mil de esos paquetes de ciento veinticinco gramos. Una población gibraltareña no fuma casi tabaco picado y los cálculos más optimistas son de que en Gibraltar no se consume al día ni siquiera mil paquetes de tabaco negro, que se producen en la fabulosa cantidad indicada, y cuya exportación fraudulenta se dirige hacia el consumo popular español.



El control de Policía de Gibraltar, por donde pasan los obreros españoles la inspección del «Babby»



Cuarteles de las fuerzas inglesas de guarnición en la zona irredenta

LOS AUTOMOVILES DE LA «GREAT BRITAIN ZONE»

Hasta tráfico de drogas ha sido realizado desde Gibraltar valiéndose de los falsos pesqueros que salen al encuentro de los vapores y las lanchas nocturnas lanzadoras de perros al agua. Pero la ruta de los estupefacientes que, por suerte, utiliza sólo a nuestro país como tránsito, suele emplear más bien el método elegante de los numerosísimos automóviles matriculados «Great Britain Zone», con ese letrero ovalado de la Gran Bretaña Zona de ocupación, que es como una marca al fuego contra la soberanía de los españoles y contra su más elemental sentido de dominio en su propia casa.

Desde uno de esos automóviles, en veloz carrera hacia el interior, se ha tenido la osadía de echar puñados de polvos de talco contra las gafas de un motorista.

No sólo hemos recorrido las calles de la población gibraltareña, sino también los lugares del amplio «hinterland», en el que durante tantos años el Peñón ha venido ejerciendo su cacicazgo. Durante un periodo demasiado largo de nuestra Historia las autoridades de Gibraltar se habituaron a ver en España una es-

pecie de Estado balcánico condenado a sufrir periódicas revueltas y motines. A esta infravaloración obedeció la creciente alternería con que se fué extendiendo la exigencia prohibitiva de fortificar los lugares dominantes de ese estratégico espolón que, atezado en la bahía de Algeciras, sólo un sentimiento de inferioridad y un complejo de enanismo de los dirigentes de la política española de los tiempos viejos podía hacer que no viésemos como nuestro prisionero.

CACICAZGO DEL PEÑÓN Y GIBRALTARES ECONOMICOS

Y puesto que hemos hablado de los Gibraltares flotantes, también podemos aludir a los Gibraltares económicos, a las Compañías británicas creadas en el sur de Andalucía, muchas veces hasta fuera del alcance de los soberbios cañones del «Rock». Podría escribirse todo un manual sobre el cacicazgo, de siglos, sobre la impronta disolvente en un amplio «hinterland» espiritual que va desde el antiguo florecimiento de la logias en Cádiz y otros lugares hasta la fiscalización de asuntos municipales y de obras públicas que tuviesen un interés estratégico, pasando por un proselitismo anglicano que pretende comprar

un tanto alzado de pentiques.
Ejemplos de ese coloniaje británico fueron la Adalusia Water Company Limited, que hasta hace muy poco fué concesionaria del agua de Algeciras, la The Iron Company Limited, que explotaba unas minas en Marbella hasta que fueron liberadas por capitales españoles, la célebre y antigua concesión minera ferrocobrizada de Riotinto y otras varias sociedades, que si bien acometieron obras útiles, como algún puerto metálico, cables aéreos y hasta algún ferrocarril de vía estrecha, ello no quita de que fuesen como grandes tentáculos extendidos a muchos kilómetros de distancia de lo que el orgullo hace llamar «Great Britain Zone», de ocupación en España.

Pero el antiguo vasallaje o sumisión del «interland» gibraltareño, con su predominante aspecto económico, tiene también matices espirituales en los que en algunos casos, se llega a la amoralidad. El punto más triste de lo que decimos es el de esa especie de tributo de las cien doncellas que durante tantos años nuestras sanas costumbres familiares han venido pagando al señorío del Peñón dentro del área gibraltareña e incluso en la españolaísima y saprofitica municipalidad lindante.

Pero en los tiempos de hoy ya no se puede hablar de vasallos por más amantes de la tradición que sean los señores de Gibraltar, a quienes siempre puede decirse que nunca, ni por el Tratado de Utrecht obtuvieron legítimamente las jurisdicciones de esta montaña rocosa y que, por ello, mientras que no se demuestre lo contrario están sus representantes «de jure» como vasallos de la soberanía española, aunque no lo sean «de facto», o sea, en la realidad.

En la falda del Peñón, sentados en la alameda, hemos hecho amistad con un tripulante de un barco francés, hombre bastante leído y culto. Nos dice que es muy poco partidario de los colonialismos a la vieja usanza. Ha sido marino de guerra y cuenta que cuando servía en la Flota de su país oyó comentarios de que Gibraltar divide en dos a la Escuadra francesa, una mitad en el Mediterráneo y otra en el Atlántico. Desde Felipe V hasta los tiempos actuales Francia le tuvo siempre cierta ojeriza a Gibraltar, y hasta Napoleón Bonaparte, que no fué precisamente un chauvinista español, pareció que en el «Memorial» de Santa Elena dejase una consigna a los franceses en contra del Peñón gibraltareño.

En la pasada guerra mundial los bombardeos aéreos italianos y los «mezzis d'asalto» inventados por ellos para su ataque nocturno y submarino a Gibraltar, fueron juegos de niños comparados a los dos furiosos ataques que sobre el Peñón hicieron los aviones franceses, irritados por la sorpresa de Mez-el-Kebir. Han sido estos los dos únicos casos en que, hasta ahora, se demostró que la famosa roca puede ser bombardeada con una relativa impunidad por oleadas de aviones durante horas seguidas, hasta hacer perder la flema a los servidores de las piezas antiaéreas, ensañarse contra las casa-



La razón y el tiempo san de España. Gibraltar es español

matas y provocar grandes incendios en los matorrales del Peñón.

Aquí sabe esto todo el mundo y nuestro interlocutor, al referirlo, no deja de mostrar cierta satisfacción chauvinista.

Y como ya casi está a punto de ponerse el sol del 4 de agosto, en que se cumplieron los dos siglos y medio de posesión alemana, nos encaminamos hacia la doble línea de Aduanas. Cuando todos los trabajadores españoles, y escasos visitantes, hayan salido de los cinco kilómetros cuadrados del área rocosa de Gibraltar andará por las calles de esa plaza, igual que en otro día cualquiera, la charanga del anochecer y un oficial de guardia, con unas grandes llaves en la mano —San Pedro llaman con gracia andaluza los trabajadores españoles a este personaje— irá a darle al Gobernador militar seguridades de que las viejas puertas de la muralla quedaron bien cerradas y Albión puede dormir tranquila, una noche más, recostada en nuestro peñón de Calpe.

FORTIFICACION ECONOMICA DEL CAMPO DE GIBRALTAR

Fuera del apretado presidio gibraltareño, por una lengua de tierra, el campo abierto se abre; ese Campo de Gibraltar que durante tantos años fué el más cercano «interland» económico y espiritual de la Roca.

Al hablar con los alcaldes de ese Campo se convence uno de que

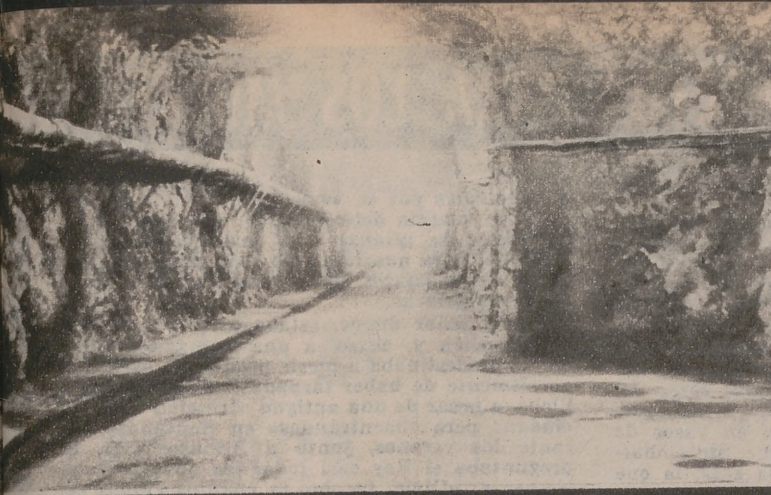
ese área que, desde hace dos siglos y medio se defiende biológicamente de la introducción de un cuerpo extraño, merece las mejores atenciones españolas. Por aquí se desea un plan de revaloración económica de toda esa zona, tan puesta a prueba de patriotismo y de integridad moral. Un plan de fortificación económica y humana del Campo de Gibraltar, en el que se siga el mismo método de la Naturaleza, que no es el de convertirlo en un «no man's land», sembrado de sal, sino en una zona activa de defensa, con un gran refuerzo de anticuerpos y defensas orgánicas.

El Campo de Gibraltar tiene una riqueza alcornoccal que puede servir de base a una industria corchera. Por otro lado, la gran abundancia de pesca, especialmente sardinas, que cosechan en el mar las embarcaciones de pesca de la matrícula de Algeciras, puede servir de base natural a una industria de conservas de pescado bastante notable en esta zona, además de otras industrias en relación con esa actividad marítima que pueden también ser creadas. Por otro lado, la pita, su aprovechamiento industrial, ha hecho surgir en el Campo de Gibraltar a una incipiente industria celulósica, que puede ser incrementada, con gran provecho de la economía nacional.

Los entendidos dicen que sería muy conveniente que el puerto de Algeciras contara con depósitos de abastecimiento de gas-oil



Barcos de todas las nacionalidades fondean en ese nido de contrabandistas que es el puerto de Gibraltar



En condiciones francamente deplorables, nuestros obreros en Gibraltar han trabajado en estos túneles bajo un régimen laboral lleno de inseguridades

con destino a las motonaves trasatlánticas que hacen escala en la bahía para aprovisionarse en Gibraltar. Ello facilitaría el arribo al puerto de Algeciras a las grandes motonaves europeas que hacen la ruta de América, y también a los barcos norteamericanos de la American Sport Line, a los que se podría aprovisionar con ventaja.

Al andar por los cinco municipios del Campo de Gibraltar: Algeciras, La Línea de la Concepción, San Roque, Los Barrios y Tarifa, nos hemos convencido, en numerosas conversaciones, de que esta revalorización sería muy útil. Un cuidado que vaya desde el refuerzo espiritual con actos culturales, sesiones de teatro, establecimiento de bibliotecas, conciertos de música española, hasta la industrialización más moderna, pasando por una atracción del turismo peninsular que, a la vista de nuestra reivindicación permanente, además de sentir la oleada del patriotismo, protejese con su presencia al comercio y la hostelería de las poblaciones de este Campo.



El reverso de la foto superior es esta muestra de diversión de los marinos ingleses en los clubs nocturnos de la Roca

Como una piedra que se echa en un lago, desde la roca de Calpe, se trazan círculos de influencia por un «hinterland», cuyas fronteras se extienden mucho más allá de la zona concreta del Campo de Gibraltar. Desde allí se busca influir en las costumbres populares de este gran contorno y cuyas muestras tienen una larga serie incluso en unos extraños carromatos malteses, cuya adopción ha sido lograda, pese a que son muy inferiores al coche de punto español, tan bien ballestado, elegante y práctico. Vemos esa influencia en los letreros en inglés de la amplísima zona costera del «week end» o fin de semana gibraltareño. En el proselitismo y la infiltración religiosa.

Una propaganda sutil, repante y páfida se realiza en los periódicos, proclamas y folletos que se editan en Gibraltar y que, en medio de un respeto y aparente cariño para las cosas e instituciones españolas, infiltran argumentos tan hábilmente manejados que pudieran llegar a ser convincentes para quien no estuviera muy sobreaviso contra esos cantos de sirena.

Para la propaganda sirvió el pan blanco que jamás faltó en ese Peñón pelado y sin trigales ni aún en los momentos más apurados de racionamiento alimenticio en la Gran Bretaña, que hasta ahora tiene vestigios de racionamiento. Para la propaganda sirve ese espejismo nocturno por el que se fuerza la luz de las bombillas y se balancean lámparas por la falda del Peñón con técnica de escaparate y guifos de dama sobrecargada de bisutería luminosa, para hacer creer a algún papanatas que Gibraltar es una gran ciudad de intensa vida nocturna en vez de un presidio puritano en el que después de la puesta del sol ni siquiera se puede beber cerveza.

Pero todos los problemas tendrán la solución oportuna y en el momento oportuno. La razón y el tiempo son de España y no de quienes cierran los ojos a la hora presente y su justicia.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial.)



KRON-VEST
la mejor hoja del mundo

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj, todo de oro macizo, marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

EXCELENTISIMO SENOR DUQUE DE ALBA

ASCENDIA la Virgen ceremoniosamente hacia la granada abierta en lo alto en la apoteosis final de un dogma católico, cuando usted, excelentísimo señor don Jacobo (o don Santiago, o don Jaime, o don Diego, que por tales nombres se le podía haber llamado, según su propuesta en la sobremesa del huerto del Cura junto al anfitrión don Alberto Acensio), mirando hacia arriba estaba usted más cerca del trasmundo, casi en la ultratumba, que en aquella tarde achicharrante (disuelta en vasos de horchata) del 13 de agosto en Elche. Sin embargo, yo veía la parte política de la cosa, la que gracias a la asunción virginal, sin tener que recurrir al postrer verso del Fausto de Goethe, donde se dice que el eterno femenino nos eleva, terminaba gloriosamente. Embelesado usted, señor duque, por la letra, la música y la escenografía del Misterio, sobre todo por aquel desenlace prodigioso debido a la tosca y sorprendente tramoya, no me atreví a presentarle las preguntas, cuyas respuestas tampoco le pido en esta carta. Queden mis interrogaciones sin contestación, como queda todo lo humano en entredicho, salvo lo divino, que es una verdad inconcusa. Cuando usted fué nombrado agente español en la corte de sus antepasados, se levantó en la Cámara de los Comunes un hombrecillo denominado Clemente Attlee, en otro tiempo conocido por el sobrenombre de comandante Attlee, y entonces jefe de la oposición de Su Majestad, para inquirir cuáles eran las condiciones de carácter comercial que concurrían en el duque. Usted tuvo la paciencia de no mentar a su tatarabuelo Jacobo II, el último Rey de los Estuardos, aunque no fué con exactitud su tatarabuelo, pero me falta otra palabra. También mister Churchhill, que es mixto, como usted, de dos sangres, y que además ostenta como mote de su escudo esta enseña en lengua castellana: «Fiel, pero desdichado», no abusa demasiadas veces de su raigambre norteamericana, sino cuando al golpear las espaldas de los chicos de la Prensa de los Estados Unidos, les recuerda que el padre de su madre era director de periódico.

En este instante, señor duque, yo, que soy director de EL ESPAÑOL, no le voy a poner en el compromiso de que me confirme las ofertas de mister Churchill sobre Gibraltar. Estábamos en la iglesia de Santa María, de Elche, dentro de una especie de tregua de Dios a la que usted se avino con una delicadeza campechana y diplomática y a la postre cada cual intercambiaba sus confidencias, que Marianito Rodríguez de Rivas iba apuntando en las páginas secretas de su diario. El padre Sopena confesaba que ante el creciente exceso de sensacionalismo de cierto periódico de la mañana de Madrid había apartado su lectura de los ojos de su señora madre por no considerarlo apto para señoras ancianas, cuya existencia ha de ser sosegada. La condesa Potowka nos refería su cautiverio entre los rusos al ser invadida Polonia, aliada de los ingleses, y rememoraba un humanísimo diálogo con un mandamás de la N. K. V. D. La condesa de Yebes ya no era la interlocutora de don José Ortega y Gasset en sus coloquios sobre el dharma en el Club de Golf de Puerta de Hierro, sino una dama muy sencilla al lado de la dramática señora Potowka. Yo improvisé mi teoría de que el Misterio es una explosión pagana de todos los mitos e impulsos subversivos del Mediterráneo (desde los fenicios a los afiliados al Frente Popular), donde sale venciendo la dulcedumbre y el sacrificio de la Virgen, porque siempre halla un caballero cristiano, que detiene en el momento de la invasión la avanzantera anticristiana, del mismo modo que se sienten paralizados los judíos al entrar en tropel por el templo de Elche. En España tenemos Misterios de Elche en el que se salvan pueblos

abandonados por su «cap» (según el tierno vocablo en lemosín del consueño), sin cabeza; porque surge, se afianza y se institucionaliza un Caudillo, para que luego no sean menester diálogos entre jefazos del terrorismo soviético y condesas polacas.

Usted, señor duque, estaba atento a nuestra conversación y, acaso, a una llamada interior que le predestinaba a morir pronto. Se excusaba cortésmente de haber tardado tanto en llegar a Elche, a pesar de una antigua atracción hacia la ciudad; pero encontrándose en Santander durante los veranos, junto a Alfonso XIII, le preguntaba el Rey casi todos los años invariablemente: «Dime, Jacobo, ¿a cuántos grados están en Albacete?» «A cerca de cuarenta, Majestad.» «Pues entonces no vamos y nos quedamos aquí, que se está más fresco...» Don Alfonso XIII no llegó a conocer el Misterio de Elche por el regusto santanderino; pero gracias a su osadía del año pasado ante el calor del clima de Levante puedo dirigirle esta carta con la pequeña confianza de haberle tratado una sola vez y con la seguridad de que no estoy mintiendo. Tan enteco, tan cenceño, usted era el antichurchill, y, sin embargo, habrían podido coincidir en el lema nobiliario. Tanto usted como él pueden cobijarse bajo aquella enseña española que proclama la fidelidad y la desdicha. No estoy dedicado al cultivo del ascetismo cuando escriba que me pareció usted un caballero desengañado, que habiendo cenado frugalmente y habiendo ayudado a esta parva colación con unos polvos blancos que sacaba de una cajita de oro, se humedecía cada dos o tres minutos los labios finos y cansados de aristócrata, mojándolos con los dedos introducidos con reiteración en un vaso de agua. ¿Por qué y para qué ese hábito, esa costumbre?

Nos confesó usted, señor Duque, que amaba sobremanera a su nieto y que aborrecía al conde duque de Olivares. Para distraer a su nieto y ganarse su cariño se encerraba en su biblioteca para aprenderse de memoria los cuentos infantiles de la literatura universal, y después poder recitarlos al muchacho. El conde duque era un vanidoso antipático, a quien no salvaba ni el libro del doctor Marañón con el análisis de su pasión de mandar. Retengo la impresión de que usted no era muy mandón, sino más bien un hombre al servicio de las circunstancias anteriores. La anglofilia española, que es el monopolio de una clase limitada, se debe a que unas cuantas familias poderosas o aparatosas enviaron a sus hijos para que se educaran en los colegios católicos de Inglaterra, cuales Beaumont, Downside, Ampleforth o Stonyhurst. Este es un camino diferente al que siguieron los pensionados de la Institución Libre de Enseñanza; pero por todas partes se puede ir al extranjero. No obstante, señor duque de Alba, yo no creo que usted fuera un extraño, y aunque no existiese conforme la pinta la leyenda su tía la duquesa Cayetana, usted tenía algo de esa tan mentada y tan castiza duquesa.

Se acabó en seguida la cena, porque empezó la «cremá» la noche del alba, donde los ilicitanos encienden y queman millares de cohetes. Sobre la terraza de don Alberto caja comensal tuvo a su disposición un manojo de cohetes voladores para consumirlo a su antojo y por la salvación de su alma o de algún ser amado. La condesa polaca hizo el gasto por todos; mientras que usted permanecía silencioso y como expectante: Era usted un espectador del otro mundo. Subían los cohetes hacia donde había subido la Virgen. El duque de Alba, descendiente de todos los duques de Alba, allí no era nada. Winston Spencer Churchill, descendiente del duque de «Mambrú», allí no era nada. Habían sido leales a viejos fantasmas del pasado, pero sólo restaba la desdicha.

SUEÑO DE VELAS BLANCAS EN EL VERANO ALICANTINO

MADRID SE ASOMA AL MAR POR BENIDORM

TURISMO CON SELLO DE URGENCIA



TRABAJO ESTIVAL DE LOS MUCHACHOS DEL S. U. T.

[AL vez el «Poema de Martín Fierro» no haya tenido jamás un auditorio tan atento y fervoroso como aquella noche que lo recitó a trozos un estudiante argentino del Servicio Universitario del Trabajo. En medio de aquel embudo de montañas, con el río suministrando vaga y nocturna música de fondo, sonaban bien los versos encandilados de la Pampa desolada, declamados con buena voz por un universitario porteño que al día siguiente iba a coger el pico como uno de tantos entre los 450 obreros del pantano de Amadorio que le escuchaban. De las obras del pantano, a cuya terminación—ya próxima—la economía de una importante zona alicantina recibirá un vigoroso empujón hacia arriba, hablaremos otro día por menudo, que la cosa bien se lo merece; hoy nos limitaremos a señalar la presencia allí de un grupo de muchachos del Servicio Universitario del Trabajo, para quienes la vacación veraniega ha sido el pretexto de una labor estupenda, cuyos frutos se están recogiendo ya en especie de solidaridad y simpatía entre los hombres de la herramienta y el libro, entre los españoles de la Universidad y los del taller, la fábrica, el campo y la mina.

Quedaría incompleta la estampa española de este verano de 1954 si en una de sus zonas más luminosas y ejemplares no apareciera el perfil de estos afiliados al S. U. T. que han querido aprovechar la pausa estival de sus estudios para vivir en comunidad de esfuerzo—y aun compartiendo, como Rubén diría, «el pan de amor y el vino de esperanza»—con los trabajadores de su país.

Después de haber recogido la resonancia de fiestas veraniegas verdaderamente suntuosas, de ha-



ber traído hasta estas páginas el eco un tanto babélico de las caravanas de turistas que cruzan nuestra Península, de haber captado el friso jubiloso de las playas, los casinos y los grandes hoteles llenos de gentes de todas las procedencias, parece inexcusable reflejar también aquí el veraneo—veraneo, por otra parte, incompatible con cierto sentido tradicional de holganza y frivolidad que tiene el vocablo—de los chicos del S. U. T.

Yo los he visto allí—nadie me lo ha contado—, en la sobras del pantano de Amadorio, arrastrando carretillos, paleando cemento, removiendo piedras, dándole al pico. Había físicamente de todo,

La naturaleza ha derramado su gracia sobre este maravilloso pueblo que es Benidorm, anclado en la costa alicantina. Aquí ofrecemos dos perspectivas del conocido punto de veraneo para los madrileños

aunque abundaban los de buena constitución. Estaban ya atezados y curtidos como si llevaran diez años en el tajo. El argentino que revive poéticamente a Martín Fierro—único extranjero entre los veinte estudiantes—tiene un imponente aspecto atlético.

HERMANDAD ENTRE ESTUDIANTES Y OBREROS

Para que esta impresión tenga todas las garantías de la objetividad he preferido hablar de los del S. U. T. con el director de las

obras del pantano, don José Juan Aracil, profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos.

—Los chicos responden con una voluntad admirable. Trabajan de firme, sin eludir ninguna tarea, por peligrosa o dura que sea.

—¿Qué tal los obreros con los estudiantes?

—Muy bien. Hay un gran espíritu de ayuda recíproca, que en el obrero tiene cierto matiz paternal. Yo he visto alguna vez a los obreros tratando de suplir a los estudiantes en las faenas más penosas. Pero los del S. U. T. han procurado siempre eludir cualquier proteccionismo, porque ellos aspiran, sobre todo, a la ejemplaridad.

—¿Los del S. U. T. viven en igualdad de salario con los obreros?

—Exactamente. Y además esta paridad se extiende al alojamiento y a la alimentación. Por ocho pesetas se le dan a cada trabajador las dos comidas, a base de un plato fuerte—garbanzos, lentejas, habichuelas o arroz—y un huevo con patatas, pescado o un filete. La Empresa abona la diferencia—ocho pesetas—entre lo que paga cada obrero y el costo contratado de la comida por plaza y día.

Echamos, en compañía del ingeniero director y del encargado general de las obras, un vistazo rápido al pabellón donde están los dormitorios y las instalaciones de aseó para los obreros. Las paredes se hallan recién enjalbegadas, y los rojos baldosines del suelo resplandecen de puro limpios. El pabellón está dividido en dos largos conjuntos de pequeñas celdas bipersonales, dotadas de literas. A través de la puerta entreabierta figo el contenido de la celda que ocupa un joven padre jesuita, a quien he saludado momentos antes en el comedor de obreros. La litera es rigurosamente igual que la que ocupan los trabajadores: somier, colchoneta, cabezal y manta de cuartel, sin sábanas. Hay una especie de alegre desorden estudiantil—tal vez impuesto por la estrechez de la pieza y la sobriedad del mobiliario—en la celda del jesuita: sobre la cama veo un libro, una naranja, un plato de aluminio y no sé qué más.

LA MIES ES MUCHA

En un extremo del comedor, que se halla solitario a estas horas, charlo durante un rato con el padre Juan de Dios Vicente. Tiene treinta y cuatro años, nació en Ribera del Segura y se ordenó en el Seminario de Granada. Es menudo, tiene un aire de timidez que desaparece en cuanto habla de su tarea, y posee una esencial facultad misionera: se gana la confianza de la gente a los pocos minutos de conversación.

—¿También veranea usted aquí, padre?

—También. Estaré dos meses, y me gustaría pasarme aquí lo que me resta de vida.

—¿Le va bien?

—Es buena gente y se podían hacer aquí bastantes cosas.

—¿Vino usted con los del Servicio Universitario del Trabajo?

—Sí, pero no para dedicarme exclusivamente a ellos.

—¿Qué tal los muchachos?

—Estupendos. Trabajan como

leonas, y además han sabido darle un magnífico tono moral a esto.

—¿Buena tarea política?

—Aquí nadie ha venido a hacer política. Los chicos han venido a trabajar, a conocer de cerca a los obreros y a interesarse cordialmente por sus problemas. A vivir como ellos en el trabajo y en todo lo demás.

El padre Juan de Dios Vicente viste un «mono» de color verdusco y tiene unas manos poderosas que delatan una ascendencia de trabajadoras.

—¿Ha habido obreros en su familia, padre?

—Obreros precisamente, no; labradores más bien. Mis padres son campesinos.

Con cierta deliberada impertinencia pregunto:

—¿Ha venido usted aquí a hacer el «sacerdote-obrero»?

—No, señor; he venido a hacer el sacerdote-sacerdote. Me va usted ahora con «mono» porque me lo he puesto hace dos días, cuando ya los obreros estaban familiarizados con mi sotana. Precisamente el fundamento de mi labor consiste en eso: procurar que el trabajador se familiarice con la sotana. Sin quitárme-la me he movido entre ellos por los tajos, me he interesado por sus labores y en cierto modo las he compartido; me siento con ellos en el comedor y los asisto espiritualmente.

—¿Responden bien los obreros?

—Bien; admirablemente bien. Hasta se podría decir que sorprendentemente bien. El obrero español conserva reservas espirituales que por el mundo adelante están liquidadas. Aquí, a poco que araña uno, las encuentra.

Al despedirnos, el padre Juan de Dios Vicente me pide que si he de decir algo de nuestra conversación en el periódico calle su nombre. Yo respondí a su ruego en términos vagos, sin prometer nada...

IMPRESION DE CONJUNTO

Rodando por las carreteras del litoral alicantino, el viajero advierte que aquí los dones generosos de la Naturaleza han sido inteligentemente secundados por la mano del hombre, que en cada pueblo, en cada pequeño núcleo ha establecido un sistema de provisiones supeditadas a la idea de que quien llegue deb hallarlo todo a punto, ordenado no tanto con vistas a la explotación comercial como a una intención de decoro que rebasa en sus alcances el simple ánimo de lucro.

A los pueblos de la costa se va por carreteras atendidas hasta el puro mimo, sobre las que el motivo de adorno y de utilidad—el árbol, la fuente, el banco de piedra—son una presencia constante y alentadora. Y como solidarizándose con este desvelo estatal, los vecindarios de las localidades costeras cuidan la fisnomía y la pulcritud de sus caseríos con un sentido de la gracia que convierte aquella teoría de pueblos mediterráneos en un conjunto de belleza excepcional, en el que lo pintoresco y lo peculiar no se alían jamás con ningún modo de incuria o zafiedad.

Sería demasiado ingenio pensar que todo esto estuvo siempre así. El viajero familiarizado con

estas rutas sabe bien que aquí, en unos pocos años, se ha operado una transformación honda, que afecta a la superficie de las cosas, pero también el mecanismo espiritual en virtud del cual esas cosas están en marcha.

La provincia de Alicante, hoy, es un insuperable ejemplo de lo que puede la voluntad de hacer cuando está instrumentada por la eficacia y la lucidez de ideas.

Altea, Benidorm, Villajoyosa, Javea, Moraida, Calpe, Denia—entre tantas localidades alicantinas que son hoy lugares de fuerte atracción veraniega—señalan los planos más altos y logrados de una tarea afortunada, que sobre la realidad de sus frutos actuales extiende una garantía de bienes copiosos para un futuro próximo.

TURISMO CON SELLO DE URGENCIA

A las tres de la tarde, el ambiente del hotel de Calpe, donde almuerzo, responde al concepto un tanto convencional y elástico de lo cosmopolita. Las mesas están ocupadas por una gente ruidosa, de muy varios orígenes y facha, vestida con una gran libertad de indumentaria. Me fijo en los platos y observo que he obtenido el quórum el arroz a banda, plato que aquí tiene un prestigio consagrado e institucional. En una mesa próxima a la mía está sentado un señor muy entonado, tal vez el único que, con un sentido ascético de la elegancia, mantiene abrochado el cuello de la camisa, ceñido por una corbata de un verde frenético. Este señor, que se halla solo en su mesa, dialoga con el camarero cada vez que se acerca a servirle.

El tema insistido con machaconería por el señor elegante es el turismo. A una de las preguntas, el camarero dice:

—El francés es un cliente un poco dado a poner «pegas», que está siempre con la escama de que puedan timarles, y antes de salir de su país se ha aprendido de memoria todos los precios; el alemán es un turista modesto, que no hace derroches, pero que paga religiosamente sin discutir; el americano es quien suelta el billete con más facilidad; pero diga usted que a ser rumboso, cuando llega la hora, no hay quien les enseñe a los españoles. Sobre todo cuando tiene dos copas a bordo, el español abre la mano que da gusto.

El turismo ofrece en Calpe unas características especiales. No es el que aporta por aquí un turismo sedentario, si se salvan unas docenas de familias que tienen su finca y pasan en ella la temporada. En general, los visitantes —pueden calcularse un par de centenares al día, por término medio—aprovechan fugazmente los encantos de la playa, comen su arroz y al anochecer vuelven a sus puntos de asiento. Esto le da al pueblo un perfil movido, una vida como improvisada, llena de caras constantemente nuevas y de presencias con sellos de urgencia.

Pero Calpe tiene también su anverso de contorno fijo, la estampa invariable de su puerto pesquero, con una flota numerosa y muy marinera que arriba a diario con partidas importantes de las especies más cotizadas del ma-

risko y el pescado mediterráneos. Por otra parte, las salinas de Calpe constituyen una aportación considerable a la economía de la provincia.

Tiene el vecindario de Calpe un pleito antiguo, un pleito en permanente carne viva, que llega en seguida al conocimiento del viajero. El famoso peñón de Ifach es de propiedad particular. No se puede pisar la imponente roca—cuya descarnada y oscura presencia presta al contorno acento solemne y brusco—sin autorización del dueño. El asunto ha sido muy aireado en la Prensa nacional, señalándose la actual situación jurídica del peñón (que lo hace prácticamente inaccesible) como un motivo de desaliento, algo así como un contraestímulo para el turismo. Pero este litigio no es, ciertamente, de nuestra jurisdicción, y viene su referencia a estas páginas únicamente porque es tema de comentario popular muy martilleado.

UN PUEBLO VIEJO CON VIDA NUEVA

El poblado de pescadores de Moraida no es punto de asiento de veraneantes, salvo casos excepcionales. Pero es, desde luego, visita obligada de cuantos tienen los ojos y la sensibilidad abiertos para los rasgos más representativos de la zona de este litoral más fiel a una tradición de autenticidad que no se deja suplantar por la cosmética. Ninguna política tan inteligente como la de conservar este poblado con su carácter primitivo en la línea de una verdad peculiar que tiene siglos a cuestas, si bien conciliando este respeto con la inauguración de una vida nueva para el hombre.

Con hombres de Moraida hablé en el varadero del pequeño puerto. Se les llenaba la boca de gratitud cuando me hablaban del malecón y del largo muro costero, construidos hace cuatro o cinco años, y con los que al fin se han colmado unas aspiraciones antiquísimas, en las que gastaron su esperanza, en el curso de un siglo, unas cuantas generaciones de pescadores. Modestas dentro de una apreciación comparativa de todo lo que se ha hecho en la provincia, estas obras tienen, en la escala de lo local, una importancia enorme y son la seguridad del pan de esta gente, la garantía del lucro y el bienestar cotidianos.

A la salida del poblado nos encontramos con grupos de veraneantes afincados en localidades próximas, que van a Moraida en visita fugaz.

BENIDORM, PLAYA DE MADRID

Mi primera visita en Benidorm fué—en compañía del Alcalde, Pedro Zaragoza—para el Albergue Provincial de la Guardia de Franco. El Gobernador y Jefe Provincial de Alicante—este ejemplar es invariable Jesús Aramburú, que matiza su madurez política con el brio del viejo Delegado del Sindicato Español Universitario de Medicina, con la templada manera del antiguo Jefe de Centuria—me había dicho que valía la pena ver este Albergue. Allí pasan su veranec—en turno de diez días,



en tandas de treinta hombres—los militantes de la Guardia de Franco de Alicante. Entre los mejores recuerdos de este viaje que empieza ya a ser largo, sitúo, desde ahora mismo, mi rato de charla con aquel grupo de camaradas alicantinos, entre quienes había médicos, abogados, secretarios de Ayuntamiento, maestros... Recorrí rápidamente las instalaciones del Albergue—no conozco, en residencias de este tipo, nada más adecuado a unos fines concretos de descanso y formación—, y nos despedimos del Alcalde y yo con la promesa de cenar aquella noche allí, promesa que, por urgencias inesquivables, hubo de quedar incumplida.

Pero el tiempo no ha dado para más. Todo un día pasado en la compañía diligente, inteligente y cordialísima del Alcalde de Benidorm, no ha sido bastante para captar en toda su dimensión la magnitud de una obra que asombra por sus proporciones, pero que todavía admira más por el ritmo febril de su ejecución.

De 1951 acá—dejando aparte otras realizaciones de menor entidad—, el Ayuntamiento ha construido el paseo de la playa de Levante, de tres kilómetros de longitud, con doble acera de unos 15 metros de ancho. Pero además, han sido pavimentadas todas las vías que canalizan un tráfico intenso.

El Ayuntamiento de Benidorm ha sabido hacer una sabia y generosa aplicación de un elemento de belleza, desgraciadamente bastante desdeñado, por lo general, en los planes de adentamiento urbano: el árbol. Junto a las grandes obras, suavizando la línea árida del hierro, de la piedra y del cemento se han plantado árboles hasta redondear la cifra nada mezquina de 4.000.

Mejor que hablar del porvenir turístico de Benidorm—hacia el que pueden aventurarse sin riesgo los vaticinios más optimistas—me parece en esta ocasión confirmar el contorno de una realidad que expresa, en su esplendor presente, el mejor augurio del porvenir.

Benidorm es, en verano, algo así como un Madrid en escala reducida, una sucursal o estación de trasplante humano de la capital de España, el balneario donde los madrileños—8.000 madrileños cada año—se curan de diez u once meses de nostalgia del mar cultivada entre piedra y asfalto.

De los 2.800 habitantes de su censo normal y fijo, Benidorm se eleva en estos meses de verano a

Las playas luminosas de Alicante, por donde Madrid, todos los años, se asoma al mar

12.000, de los cuales las dos terceras partes son gentes que desertan de la orilla calcinada del Manzanares para plantar su listado hongo playero en la ribera clásica de nuestro mar oriental.

Pese a los 1.000 extranjeros que por esta época acampan aquí y a la presencia circunstancial de otras gentes de puro aluvión, la solera veraniega de Benidorm tiene sabor, aire y acento de Madrid.

La capital de España manda aquí una síntesis representativa de sus matizaciones sociales, y esto no es un coto de la aristocracia ni un feudo del capitalismo, sino un muestrario del conjunto social de Madrid, con sitio para la opulencia del que puede pagar un chalet de 20.000 pesetas y la modestia del que no pasa de la casita de 3.000, sin dejar en la estacada al pensionista de 40 pesetas ni al que ocupa un departamento independiente por treinta al día.

Benidorm, bajo la tenacidad emprendedora de su Alcalde actual, aspira a convertirse en una de las estaciones veraniegas más importantes de Europa. Ahora mismo, Pedro Zaragoza anda a vueltas con un plan general de urbanización, que es, a juicio de los técnicos, el más atrevido de cuantos se han concebido y ejecutado en España. Abarcará un área de seis kilómetros de longitud por uno y medio de profundidad, y su coste se calcula en unos 300.000.000 de pesetas. Comprende el trazado de calles, conducciones de fluido eléctrico, tráfico de aguas, asfaltado y alcantarillado y la construcción de un hotel de primer orden, con 500 habitaciones.

El Alcalde me habla con entusiasmo de este plan cuando estamos sentados al borde de la espléndida pista de baile construida por el Municipio sobre las ruinas del antiguo castillo de Benidorm, «que la mar besa». Estas terrazas siguen llamándose «el Castillo», y tienen la silueta de un barco que a esta hora parece que se adentra en el mar, arrastrado por el «Madrid» de Agustín Lara, que toca la orquesta. Cien parejas ballan bajo las estrellas las notas del himno menor, lírico y doméstico de «su» Madrid.

Carlos RIVERO
(Enviado especial.)

LOS MONTES BRAVOS DE ASTURIAS



UN VIAJE A LOS PICOS DE EUROPA

TIERRA DE NIEBLAS BAJAS Y CUMBRES ALTAS

EL «BALLET» EN LA PLAZA PUBLICA

CON el mes de agosto llegan por todas partes los festejos madrugadores. Y tenemos los cuatro cronistas relámpago —supongo que no soy yo sola— el sino de marcharnos de un sitio cuando se nos dice:

—¡Qué lástima! Dentro de siete días va a festejarse esto...

O también:

—¡Si hubiera usted venido unos días antes!

Hoy comienzan los festivales de Gijón, y en la plaza está montado el teatro al aire libre del Patronato Provincial de Educación Popular. Sobre nuestra cabeza hay un toldo de 1.800 metros cuadrados de superficie, a canales azules y amarillos —una ha metido la cabeza entre los hombros cuando le han dicho «lo que tiene encima». En torno nuestro hay un lleno de cuatro mil espectadores, los que caben en la «barraca», y frente a nosotros, de espaldas a la severa arquiteria del Ayuntamiento, está el gran tablado; entre todas las instalaciones, el montaje de este teatro lleva cincuenta toneladas de madera. Pero en ese tablado de plaza pública lo que se ejecuta no es una sesión de títeres, sino un «ballet», en el que lo ultramoderno y lo clásico se funden en una sola obra.

Sobre la coreografía española pesa un prejuicio de pandereta. Tena ha creado un «ballet» en el que a veces parece que se dan la mano Chopin y Salvador Dalí. Lo cual no es obstáculo para que ayer, en Sama de Langreo, lo aplaudieran cuatro mil mineros

admirados. «¡Esto es mejor que el cine!», dijo uno que estallaba de entusiasmo y no sabía cómo expresarlo.

Aplaudieron el «Preludio número 8», de Bach; «Resignación», de Rachmaninof; Variaciones sobre «El lago de los cisnes», de Tchaikowski; «Arabesque», de Debussy, y números de ese tipo.

Todo este programa, recibido en la cuenca minera con una emocionante capacidad de comprensión, corrió ayer como un gamo por los carriles y los escalerales de la zona, y en veinticuatro horas se vino desde Sama a esta plaza de Gijón. Cuando yo llegué, todavía estaba en su esqueleto, y la plaza era todo un barullo de carpinteros y martillazos.

EL ESPIRITU DE «LOS QUE VUELVEN DE AME- RICA»

Para Llanes y Ribadesella no dispusimos más que de una tarde. Esta crónica sobre Asturias ha de ser —ya lo dije— un reportaje de «tierra adentro». Los Picos de Europa nos están llamando, y si hemos de cumplir nuestra visita, por fuerza hemos de correr. Como siempre, dejo fuera el orden cronológico.

Desde la raya de Santander hasta pasar Ribadesella es donde el alma de la Asturias indiana está más a flor de tierra, donde el aire de los que vuelven de América se hace palpable al viajero. En Celorio, al lado de Llanes hay por el Carmen un festejo llamado de «las mafanitas», trasplantado directamente de Méjico, en el cual cada mañana al

amanecer se acude a hacer devoción a la Virgen. Pero hubimos de oír como siempre:

—¡Lástima que no estuviera usted aquí entonces!

Desde Vidiago a Ribadesella la cordillera se mete casi en el mar con una postura arrogante, echadas hacia detrás las frentes de sus cresterías. Es un paso estrecho, por el cual el ferrocarril se desliza como por un pasillo, camino del anchuroso entrante del Sella. La villa es una ría en la costa y una gran bahía de la tierra llana en las montañas. Es una curva bellísima hacia el interior, en donde el día 7 de agosto se celebra desde Arriónas hasta la costa la Fiesta de las Piraguas, certamen internacional para piraguas de uno y dos tripulantes.

Por las orillas del Sella, y siguiendo las incidencias de la carrera, va un tren cargado de flores, que acompaña a los campeones, y algo parecido ocurre en la orilla opuesta, donde una procesión de coches sigue la misma ruta. Estaré lejos de aquí para esa fecha.

Hoy, sólo podemos ver su playa, inmensa y despejada, y el monte del Faro, lleno de cambiantes de luz.

ASTURIAS VIVE YA EN LA LIEBANA

Por las cimas contábricas de Santander ha penetrado el fuerte, bravo y alegre sentir asturiano. Estas tierras de Liébana, por las que corremos hacia el alto interior cantábrico, son ya más de Asturias que de la Montaña.

Coged un trozo de mineral

cristalizado y pintad la plancha base de la cristalización con toda una gama verde, desde el amarillo del trigo aun no maduro hasta el verde profundo de las hayas y los nogales. Las agujas de la cristalización pintadlas de un gris calizo, blanquecino y opaco. Envolviedlo en un halo de luz tamizada y dinámica, con sol fugaz y nieblas caminantes, y en un olor a establos, a tierra y a follaje mojados. Tendré's así una maqueta de la Liébana, el límite y corona cimeros de Santander, Asturias y León.

Podéis hacer en una sola tarde el trayecto de Unquera a Potes y de Potes a Espinalia, ya en el seno bajero de los Picos de Europa. Allí os espera la única posada de la aldea, la «Casa de Máximo», como la llaman allí, que es todo un mundo de cordialidad, de señorío campesino e intimidad hogareña.

La primera estrella y el rocío de la noche os empujarán a la cocina impecable, que es el sitio de estar, el «living» en estas apacibles aldeas de Liébana. Y allí, esperando la cena, haréis este recuento: En el rincón en que estáis la mesa larga y el sofá con mullidos, de testero y esquina: sobre él y a vuestro lado, un gato; por las paredes, los pucheros y cacerolas resplandecientes, y en el otro rincón, en este año de gracia de 1954, un aparato de radio, el perpetuo aparato de radio. Hierva vuestra cena en la lumbre, y fuera, huye la luz: no falta más que el grillo del hogar.

Luego os subirán a una habitación enorme, en la que la cama se pierde; pero de techo bajo. Esa habitación da a la galería—exterior pero solada en madera— que estas casas tienen cara al Sur. Y la galería es una cascada de geraneos. Al lado, pared por medio de vuestra cabeza, en la cuesta arriba del suelo está el establo; de mañana, antes de la luz, oiréis cantar el gallo contra vuestro oído, como en vuestra casa oís el bostezo mañanero del vecino mal educado.

Y no os vendrá mal, porque no mucho después de la primera luz, después de haber desayunado en aquella entrañable cocina hogareña, comenaréis la jornada camino de las rocas cimeras.

POR LA «FALDA BAJERA» DE LOS PICOS

Prado de la Corona, Fuente del Acebo, Rebolla, Invernales de Ygüedri. Todos estos nombres son los hitos de un camino apacible rodeado de hayas, avellanas, espinos, acebos y retama —a la que aquí llaman «escoba». Un poco antes de los Invernales terminan los árboles y comienzan las anchas praderas despejadas; entramos ya en las Portillas de Oliva, en la boca del puerto. Un puerto en teoría —«punto más bajo entre dos cimas»— tiene en todas partes la dimensión abstracta de un punto, y puede parecer absurdo decir que un puerto es más largo que otro. El «paso», el puerto real, tiene aquí profundidad de kilómetros; las dimensiones de esta montaña, la distancia y la multiplicidad de las etapas es la primera diferencia que aprende



El bravo paisaje de los Picos de Europa, visto desde Potes

al llegar aquí el caminante de otras sierras. Al llegar a los collados donde se alzan los dos refugios de Aliva —el de la Dirección General de Turismo y el de la Real Compañía Austriana— nos sentamos y se debate si yo, con alpargatas de cáñamo, debo o no debo subir a la Peña Vieja.

—¡Si se deja usted las alpargatas en la roca, yo a cuestas mías no he de bajarla!—dice el guía.

—¡A que no me deja usted pasar allí la noche!

—¡Suba y «verá!»!

Y se decide que no subo a Peña Vieja a menos que lo quien hacer por mi cuenta sobre un panorama desconocido.

A SEISCIENTOS METROS VERTICALES DE ALTURA: NO TENGO CORAZÓN

Pero me llevarán al piso anterior inmediato, cerca de la Peña Vieja: el mirador de «El Cable».

Por los cuetos (collados) de Juan Toribio Bajero y Cimero, damos la vuelta a la enorme base de la cima, y nos dirigimos allá; pasamos a veces bajo formidables torres a pico, sin más acceso que el «las canales». Los surcos que la nieve y el agua han labrado en la piedra; otras, por planos inclinados de una grava fina, inverosímiles derrumbaderos de la montaña, ruinas naturales que parecerían propias de la arquitectura humana si no fuera por su gigantesco tamaño. Al paso, el guía me señala la Horcadina, Cueva Robles, la Canalona y el Pico de la Paliorna: no nos pese demasiado la privación de la ascensión a Peña Vieja: las nieblas están agarrándose poco a poco a las cumbres y borrando-las. Pero ya hemos llegado al «Cable».

—Asómese —me dice el guía—.

¡Pero tenga cuidado con el paso! Es un balcón sobre el abismo, con un hueco transversal de medio metro en su suelo. En lugar de seguir me hecho hacia detrás, espantada:

—¡Jamás iré!—le grito al guía, que ya salta tranquilamente sobre el tajo y se apoya en la ba-

randilla—. ¡Y quítese de ahí! —¡Usted no sube a la Peña Vieja!

—¡Mejor!—le contesté enfurecida por el pánico y la humillación.

—Acérquese entonces al borde. ¡Acérquese, no tenga miedo!, señorita. Mucho y bien anda usted, pero no tiene corazón. ¡Y no subirá a Peña Vieja!—se obstina.

Al fin, me llevo al borde, pero arrastrándome por el suelo como un «sioux»; no asomo siquiera la cabeza a la rotura; sólo la nariz y los ojos mientras el guía se retuerce triunfalmente de risa. Allí abajo todo empequeñecido, hasta un tamaño de construcción infantil, está el valle del Deva. A nuestros pies —unas hormigas trabajando— está la boca de una mina.

—¡Eh!—grita el guía con eco atronador. Y muy débil, con su séquito de resonancias, nos llega el otro «¡Eh!» de respuesta.

—¡De gaudules está el «mundo lleno!»—grita el guía. Y el trueno de los ecos corrobora y centuplica la acusación con voz de Jehová, tan incuestionable de barranco en barranco, que sólo el magno silencio contesta.



Las montañas cántabras reservan sorprendentes parajes para el turismo

ta es la
ega de
iol y To-
e de Santa
aría, en
eno maci-
onta-
ñero



LOS QUESEROS DE ORAO FORMAN UNA COLONIA DE TROGLODITAS

El ataque masivo de la niebla por todos los puertos de Asturias nos asedia. En torno del guía y de mí, la majestad solitaria y ultraterrena de los picos y los anfiteatros es un insondable y algodonoso mundo de nubes. Ya nada puede hacerse, sino descender. Entonces decidimos hacer una vista a los queseros.

A orillas del Duje, en las cuevas de Orao, ya a la altura del puerto de Oliva, se establece cada verano un verdadero poblado troglodita de queseros. Allí es donde se elaboran estos quesos de Liébana, ahumados al fuego bienoliente de la argoma. Pero no hemos tenido suerte.

No hay ahora ni un alma. Solamente en toda la extensión de esta cuenca invadida de niebla hay una niña que dentro de una cueva duerme la siesta tapada con un abrigo. Nos ve entrar en su «casa» trajinar con los cacharros para entender el trabajo de los queseros, y ni se extraña, ni se mueve, ni se asusta.

—¿Estás mala?—le pregunto.

—¡No, señora!... —me contesta.

Sobre el gran hogar, en el fondo de la cueva, hay una gran tela metálica con un ejército de quesos encima. En el hogar hay argoma quemada, y un depósito de reserva al borde de la chimenea. Y a un lado, en el hueco labrado en la roca, se amontonan los aros en donde el queso se aprieta hasta quitar el suero, para ponerlo después a ahumar.

Pero es hora de descender. Mañana daremos la vuelta y ya que aquí no quieren subirnos, veremos los Picos de Europa por el lado contrario, desde Cabañales o Covadonga.

LA FIESTA DE LOS PASTORES Y DE LOS MONTAÑEROS

La Fiesta de los Pastores, en la Vega de Enol, se celebra todos los años el primero de agosto. Cada siete años es, pues, domingo, y se celebra con más gentío y alegría. Y hoy lo es.

Los hombres del Concejo de

Cangas de Onís han subido de mañana a la Vega del lago de Enol para repartir los pastos a las majadas, y éstas los dejan después marcados con una lince de piedras. Pero los montañeros de Asturias hacen suya esta fiesta; no sería ya lo que es, no tendría medias blancas, «ixuxu», bailes, refajos y monteras sin el grupo folklórico de los alpinistas de Torrecenedo, cuyo nombre va siempre unido a estos festejos.

Así esta mañana, a las cinco y media, hemos salido hoy de Gijón en cuatro autocares floridos. En uno iba el «ramu» de laurel, que era también árbol sagrado para los cántabros paganos; apenas desembarcados, nos dedicamos todos a adornarlo con los panes y rollos que en la misa serán bendecidos. Y después, subastados. Y los montañeros llevan las andas con el ramo, hasta el altar de granito que se levanta en esta pradera cumbrefa; sólo consta el altar, de la mesa para celebrar y de un arco en vano por cuyo hueco, como retablo, asoma el cuadro majestuoso de la Peña Santa de Enol, y sus estribaciones sembradas de hayedos y envueltas en una suave gasa de niebla, que el sol penetra.

El otro automóvil lleva una gran corona funeraria conmemorativa, para depositarla en la tumba de un hombre que, por última voluntad, quiso tomar su reposo postrero al pie de estas cimas, en la grandiosa soledad de los Picos. Y así se cumplió. Ese montañero era el marqués de Villaviciosa de Asturias.

LA CONQUISTA DE LOS PICOS DE EUROPA Y EL PRIMER BUZON DE SUS CUMBRES

Goethe era, como sabéis, naturalista a medias. Y en el fondo, todos los naturalistas son medio poetas.

Allá por 1845, el geólogo español don Casiano del Prado vislumbró desde tierras leonesas los Picos de Europa, y formó el propósito de coronarlos. Saliendo de Portilla de la Reina, pasando por Remoña y La Canal de Lirdes, subió al pico de la Torre de Salinas.

Don Casiano y sus compañeros llevaban una botella de vino en su escalada. Se les ocurrió depositar dentro sus tarjetas y dejar la botella en la cumbre. Ese fué el primer buzón cimero de las montañas españolas. Hcy se conmemora el centenario de esa ascensión.

LOS PICOS CELEBRAN LA INAUGURACION DE UN NUEVO REFUGIO

Hace un momento partió la expedición que va al Mirador de Ordiales, a esa tumba solitaria y augusta donde ha querido reposar «el marqués» —como le llaman aquí, sintiendo como si no hubiese muerto aún—. Pasó la comitiva con su gran corona de flores entre los grupos de los pastores y de los montañeros en fiesta por la pradera llena de canciones, de gaitas y tamboriles y blandos muellos de vacas; y así se cargó de bendiciones

para llevar a la tumba del viejo montañero. Porque ahora, precisamente, se celebra también el cincuentenario de la primer ascensión por el marqués de Villaviciosa al Naranjo de Bulnes.

Para más albricias y fiesta, también se han elegido estos días para inaugurar un nuevo refugio al pie del Naranjo, en Vega de Urriello; en celebración de este acontecimiento hay allí campamento internacional. Dos montañeras francesas bajaron esta mañana para la misa en plena Fiesta de los Pastores.

—¿Les gusta esto?—les pregunto.

—¡Oh, sí!...

No me contestaron nada más, porque nada estaba caillado y ellas tenían lágrimas en los ojos: estaba la pradera llena de gaitas, de canciones y de una alegría emocionante, que le apretaba a uno la garganta.

También se ha celebrado hoy la travesía anual a nado del lago Enol.

NOS DESPEDIMOS DE «EL CANTO LLANO» DE LAS MONTAÑAS

A la tarde, hasta los viejos ballaron.

—¡Senta «añus»! —ha dicho uno jadeante, con la cara respaldante de alegría y de sudor.

En la Vega hay un «parador». El «parador» es un edificio comunal, de utilización pública, y habitado por un guarda. El caminante que se retrasa o se extravía por la niebla, casi perpetua, de estas montañas, tiene aquí refugio y hogar. Y en el «parador» están los asturianos cantando. Así, cuando bajamos, hundiéndose ya la Peña Santa en una niebla profunda, que desciende, nos despide lenta, poderosa y magnífica la asturianada.

Recuerdo la pregunta que hace dos días me hizo una inglesa en el Hotel de Potes, cuando la radio estaba emitiendo una asturianada.

—¿Es canción religiosa?

Solemne, profunda e idéntica en sus tiempos, la asturianada sería, sin su modulación campesina, un canto llano, capaz de arrancar lágrimas y estremecer a los acordes del órgano como lo hace a los de la gaita.

«¡La «neña» de la arena non la puedo olvidar!...»

Y de pronto, macizo, poderoso y bramante, entre los picos y los hayedos, como el coro del «Benedicite», irrumpen los bajos:

«... Más quisiera morir, que me diga que no...»

Yo creo también, con la inglesa, que la asturianada es, sin saberlo un canto religioso.

En Covadonga, que describe por sí misma, con su sombría y abrumadora apariencia, la batalla de su nombre, dejamos atrás la niebla.

«¡VIVA LA GAITA, VIVA EL GAITERO!»

Pero tengo —para aprovechar los últimos momentos de plazo de esta crónica— que contaros la última hazafia de estas gentes de la Montaña.

Habiéndonos levantado a las

PLAYAS DE MODA DEL SUR

cuatro de la mañana, y como quiera que ahora son las diez de la noche, nuestros compañeros se disponen a hacer lo lógico entre asturianos: cenar antes de volver a Gijón para quedarse cantando y bailando hasta la madrugada.

Si vais a Noreña, cenad en el «chigre» de Gloria; tiene buena sidra y un jardincillo interior con emparraño.

Al llegar nosotros a ese jardincillo, una vez cogidas las mesas, contemplamos el panorama y nos damos cuenta de que se baila un pasodoble a sones de gramófono. Bien está el pasodoble, ¡pero para luego! Antes es necesario bailar, lo que se dice bailar: echarse un «ballín», y no podemos esperar.

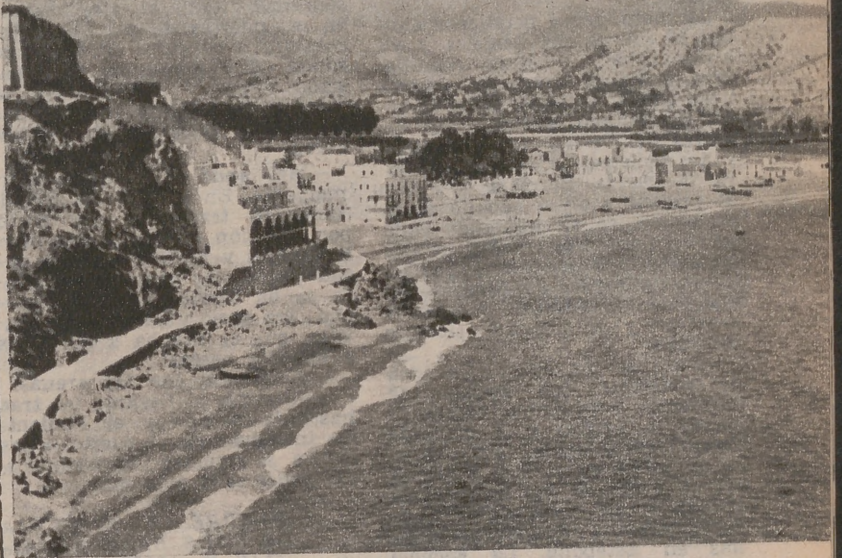
Se resiste el del gramófono a suspender la fiesta a la mitad y —¡excusadnos!—se le arrolla. Ya gruñe la gaita, con ese rezongar que es el preludio de su música. Las filas de nuestros asturianos y asturianas, enfrentadas, se disponen al baile, y todos los otros bailarines—los de sociedad—se han retirado a los lados del patio. ¡Arriba! El tamboril y la gaita atruenan ya el jardín y los pies de los bailarines, tejen un laberinto de figuras indescifrables. Su torso, inmóvil y erguido, les hace mirar y sonreír a su pareja; las manos en alto, tienen los dedos colocados en postura de gran descanso. ¡Qué contraste, y qué suprema dignidad la de este baile! Nadie se ha resistido a esta alegría atronadora y desbordante, y todos los ojos están alegres. Y de pronto veo que al extremo de la fila, ha habido espontáneos, y que dos parejas «de paisano», se han incorporado y dan brinco con los bailarines.

Pero yo, castellana, persona asequible a la fatiga, capitaneo un grupo de gentes que quieren ir a descansar, acabado el festejo. Los gaiteros, que son profesionales, habrán de regresar con nosotros. Pero una cosa es regresar, y otra callarse. ¡Arriba, arriba la gaita, cada vez más fuerte, con más redoble de tamboril y más molletes hinchados del gaitero! «¡I-xuxu!», gritan desde dentro. Y, dueña y señora de la calle, la gaita, poseída por su ritmo profundo y velado, ha salido, estruendosa y nostálgica al tiempo, a todo tronar, para que hoy, en Noreña, todo el mundo sepa que en el «chigre» de Gloria lo que se ha bailado esta tarde es el «xinguelu».

La procesión llevó este orden: primero, yo, con mi mochila; después, la gaita y el tamboril, desencadenados y ensordecedores. Y luego, el grupito de los derrotados, los asturianos—sólo cuatro—que tenían sueño. Y mientras, de amanecida, las pesqueras pregonan por las calles:

—¡A les «sardines», a les «sardines!»...

Aurora CUARTERO
(Enviado especial.)



EL TROPICO MEDITERRANEO COMIENZA EN NERJA Y TERMINA EN MOTRIL

LA RUTA DEL VERANEO POR LA COSTA DEL SOL

DESDE el calvario, Estepona; blancos muros, tejas pardas, es una caracola boca abajo entre los cultivos y el mar. A Poniente, el faro, infantilmente pechierguido, hace que brujulea y se da mucha importancia. Pero nosotros sabemos que es un crío y que hasta tanto no se construya de verdad el puerto—que se construirá—y se eliminen las invasiones de arena que en la actualidad y desde hace infinitos años le acosan y dejan carenados, a quilla húmeda, los barcos, no hay que hacerle mucho caso a este farito esteponero por más que emita, incansable, sus brazos de luz aquí y allá.

María de los Angeles tiene trece años, es la hija del Alcalde y se ha fumado la clase de latín por servirnos de guía. Ecuación que se resuelve en trepar por calles empedradas en busca de la noticia culminante del pueblo y de su protagonista: don Manuel Sánchez Ariza, párroco de Santa María de los Remedios, a quien encontramos, siempre metido en faena, en la Casa Parroquial. La toma de contacto es rápida, porque tauti bién don Manuel practica el di-



Arriba: Una bella perspectiva de la playa Puerta del Mar, de Almuñécar. — Abajo: Un viejo pescador remienda las redes en Marbella.

namismo que da gusto. Nos habla del carácter del pueblo, eminentemente trabajador; de la Cooperativa Agrícola que defiende los precios de los productos del campo y pone a disposición de los campesinos un completo servicio de maquinaria agrícola; nos concreta la historia del Patronato Benéfico Constructor «Santo Cristo de la Vera Cruz», de viviendas para agricultores, de las que ya han sido entregadas cincuenta, y cuyo proyecto total es de doscientas diez.

—¡Pero no es mejor ir a verlas?

Don Manuel arranca en su

«Vespa» y María de los Angeles y yo «atrochamos» a toda velocidad por unas callejas dormidas. Visitamos una de las casas ocupadas. Tres dormitorios, comedor, cocina, cuarto de aseo con ducha, jardín, porche, un patio grande. Las calles de esta barriada presuman de asfalto reciente y se bifurcan en una topografía de ángulos estudiados y bellos.

—Ahora vamos a subir a la escuela.

La moto, repta pendiente arriba. María de los Angeles y yo zigzagueamos a toda marcha. Pero, como es lógico, la «Vespa» llega antes. En una suave ladera, dominando el campo de deportes del Frente de Juventudes y doselada por la vertical abrupta de sierra Bermeja, de cara al cercano mar, a caballo sobre el pueblo, se va irguiendo cada día un poco más el edificio. Los albañiles trabajan en la paz de la ancha tarde. Preguntamos a don Manuel. Nuestros porqués le asatean y él responde siempre concreto.

—Pues se me ocurrió la idea de construir una Escuela de Formación Profesional viendo el exceso de peones y la falta de obrero especializado, tanto en el campo como en el mar y en los oficios. Cerca de mil hombres se ocupan en la pesca y hay unas mil quinientas familias campesinas en Estepona. La Escuela tendrá capacidad para cerca de mil alumnos y estará dividida en tres zonas: central, que incluye servicios de dirección, administración, oficinas técnicas, laborales, laboratorio psicotécnico; y dos laterales, una dedicada a aulas y enseñanzas teóricas y la otra nave a talleres y prácticas.

—Carácter politécnico. Formación humanística para todos los muchachos, incluso cuatro años de estudios de algo así como un bachillerato laboral. Especialización técnica, pero hombre integral. El proyecto totaliza cien habitaciones para internado de chicos de la comarca, amplio comedor y capilla.

—Hace un año que se empezó a construir. El más decidido protector de esta obra ha sido el Ministro de Trabajo, quien ha concedido un millón de pesetas para la iniciación de los trabajos. Por cierto que cuando me presenté a Girón por vez primera, al hablarle del proyecto de la Escuela, me preguntó: «¿Con qué medios cuentan ustedes?». Con un solar y una buena voluntad, le contesté. Eso le agradó mucho al señor Girón y entonces prometió hacer cuanto pudiera, cosa que ha cumplido.

Don Manuel nos habla ahora del programa social de Estepona, que comprende el núcleo pesquero de cien viviendas «Nuestra Señora del Carmen», en ejecución por el I. S. de la Marina, con capilla, escuela para niños y niñas, dispensario y Casa del Pescador; el grupo de viviendas para campesinos «José Antonio Girón», a que antes hicimos referencia y las obras de prolongación del dique de Levante y construcción del nuevo dique de Poniente, por un valor de doce millones de pesetas

aproximadamente. Hace dos o tres días se recibió un telegrama del Ministro de Obros Públicas notificando la adjudicación del dragado del puerto y la de la carretera de acceso al nuevo dique de Poniente.

Levamos anclas en dirección al puerto y entablamos diálogo con Pedro Tirado, encargado de una fábrica de salazones. La noche es tibia y oscura. Grupos de paseantes por la carretera; gentes sentadas frente al aire marino en las puertas de sus casas. Un carabinero consume su turno de ronda. Todavía estamos demasiado cerca de Gibraltar y la palabra contrabando empina las orejas de estos lebreles aduaneros.

—Mal anda la pesquera últimamente. En la mar ha pasado como un terremoto que entró por Castelón o más arriba hace dos meses y medio. Aquí ha durado unos días nada más y ahora se ha corrido para el Estrecho. Era como un agua viva, boba, que se pegaba a las redes e impedía pescar.

—¿Qué pasa con las arenas?

—Pues que el Levante las trae hasta la bocana y el Poniente las introduce en el puerto, y los barcos se quedan aprisionados, sin poder salir a la mar.

NOMBRE E HISTORIA DE UNOS BARCOS. SALGAS Y ALMENDRILLA

Por la costa levantina—y doy fe de ello, a cuenta de paisanaje y trato—los pescadores usan una nomenclatura concreta de santoral en el bautismo de sus barcos: «Joven Dolores», «El Pepe», o esgrimen los apellidos de los armadores: «El Fortún», «Gabarrón»..., «Magda Simón». En estas playas malagueñas se desata la imaginación al darle nombre y apodo a las embarcaciones de pesca. Una larga tira de palabras decora los costados y sugiere intimidad de pequeña historia, cada letra nos aproxima a la psicología del dueño de la lancha, a su vida real. No por capricho ni por simple azar se llama un barco «Sea lo que Dios quiera», ni otro «Para que te empapes», ni un tercero «El niño atrevido».

El dueño del «Sea lo que Dios quiera» anduvo toda su vida apretado de dinero y vivienda del crédito y de la esperanza. Bautizó a su primer barco con el nombre de «Dios te salve», y al segundo le puso «La voluntad de Dios». Las cosas seguían difíciles y el hombre—hombre de fe—encogió los hombros en un gesto muy español y botó su tercer barco, el «Sea lo que Dios quiera», y a la mar por cargamento de plata viva. Por algo fué pescador San Pedro y muy bien pudo haber nacido en este litoral de Málaga.

Con el alba Marbella es una concavidad tersamente azul. Comprendemos que la Reina Isabel la Católica, al asomarse desde el balcón montañés y redondo que desde entonces lleva su nombre a la luz y la sonoridad mediterráneas de este trozo de costa lo bautizara con el nombre eufónico de «Mar Bella». Como la gente duerme aún nos vamos a auscultar a la pla-

ya a sus hombres que regresan del nocturno de pesca.

Los pescadores se lamentan del «aguaje malo» que anda ahora por la mar.

—La pesquera está buena, pero cuando cae la red a la mar se taponan y no puede entrar el pescado. Aquí se pesca de todo: palangre, tresmayo, jábega, sardinal a vela y a remo. Somos 300 hombres en el mar durante todo el año. Se coge sardina y salmónete. Ya llevamos quince días sin sacar ni un rabo de pescado. Y eso que ahora vamos más a «rebalaje», más de tierra, por culpa de la cochambre que tienen las aguas hondas de allá lejos —dice Juan Gil Villalobos, patrón de uno de los barcos de Marbella.

Tanto en Estepona como aquí hablan las gentes de mar de la «almendrilla», del «aguaje malo». Inquirimos de Antonio Ruiz Muñío, ex patrón de cabotaje y armador, varado en Marbella después de recorrer muchas millas de costa y mar abierto, lo que hay de verdad.

—¿Son medusas, o epidemia desconocida, o cieno removido de los fondos?

—Es una plaga que hay en el mar. Unos años se intensifica más que otros. Se ha conocido de siempre, pero en pequeña escala. Los pescadores dicen que ha sido un terremoto, y hasta le echan la culpa a la bomba atómica. Pero son salgas. La salga es mitad animal, mitad vegetal. Creo que la llaman hermafrodita; es del tamaño de un garbanzo y ciega la malla. Al morir se apelotonan y forman una gelatina espesa. Las redes se cargan de eso y se revientan. El pescado, entre el fondo del mar y el muro de salgas, ni asoma por el arte. Ya se está corriendo hacia Ceuta. La almendrilla es otra cosa. Son trozos gelatinosos. Cuando la sardina tiene almendrilla no sirve para sazón, porque se blandea e incluso da mal olor, pese a la sal. Es un agua viva, cuajada, que pica como las ortigas, blanca como el hielo.

—Métete una calza, ahí, al curenote—grita Miguel López, un pescador joven y renegrido.

Vienen del tresmayo. Salieron ayer a las tres de la tarde. La red, que han venido lavando, se escurre vacía. En una caja, apenas tres docenas de besugos y salmónetes. Los hombres, enganchados a la cuerda, tiran de la barca.

Ruiz Muñío nos explica el andamiaje del tresmayo, con sus tres andanadas de red. Almitana se llaman las dos de fuera, que tienen que coincidir, y es por donde el pescado entra; la de dentro, más fina y más ciega, es en la que se queda prendido y sin escape posible. El pallete es la red que lleva la cabeza para aislar la red fina del rezón, ancla de aguante, para que la red no corra y se quede aplomada. También hablamos de los nombres de los barcos de por aquí. El amo del «Para que te empapes» es un socarrón, siempre a punto de bromas. Y de las diferencias entre la navegación actual y los antiguos rumbos a vela.

—Un barco moderno es un tranvía que va por la mar, derecho por sus raíles. Va de grado a grado, sin torcerse. Diga usted que si hoy se pierde algún barco es por descuido, no por otra cosa.

Gabriel Lima es «velero». Lo pillamos haciendo una vela. Su padre fué también velero.

—No lo hago por lucrarme; mayormente trabajo para los conocidos. Treinta duros por una vela grande y veinticinco por las demás, no es mucho dinero. Tardo tres días en montarlas y luego lo que echa mi mujer en la máquina, cose que te cose.

Nos señala puntos y nombres: el gratis, lado vertical; los rizos; la relinga de pujame, en la parte baja; el bateor, que es el ángulo externo o proel de la vela...

Bueno. Ya se ha ido haciendo hora de que los marbellenses se hayan levantado. En el Ayuntamiento encontramos al príncipe Alfonso de Hohenlohe. Pero esto merece otro capítulo.

MARBELLA, EL MEJOR CLIMA DEL MUNDO, CON SANTA BARBARA (CALIFORNIA). TURISMO CIEN POR CIEN. O LO QUE EL SUR LE ESTA ROBANDO AL NORTE

El nombre de Marbella es ya internacional—dice Alfonso de Hohenlohe—. En un mapa inglés que tengo, donde vienen señalados los distintos climas del mundo, Marbella viene en rojo y nota explicativa de que su temperatura, con la de Santa Bárbara, allá en California, es la media del clima mundial. Y no durante una temporada, sino en todo el año. Mi familia, por ejemplo, veraneaba en el Norte, hasta que en el año 48 descubrimos esto. Y ya no pensamos emigrar de aquí.

Alfonso de Hohenlohe es un chicarrón joven, deportista. Y un gran negociante. Ha montado un hotel modelo, con piscina, tenis, kilómetro y medio de playa, deportes marítimos. Concurren gentes de todos los lugares del mundo.

—El otro día hubo hasta 15 nacionalidades diferentes. Y si es de españoles, dese una vuelta por ahí a la hora del baño. Pero quien mejor puede informarle acerca del incremento veraniego de estas playas es mi tío, el marqués de Ivanrey.

Allá nos vamos, hacia «El Rodeo», a 14 kilómetros de Marbella, por la carretera de Cádiz, en el coche que con toda gentileza nos ofrece don Francisco Cantos.

Don Ricardo Soriano Scholtz, marqués de Ivanrey, es un anciano pleno de vitalidad que se apoya en su bastón por coquetería. No se lo decimos, pero lo pensamos «sotto voce» viéndole el brillar puntilago de los ojos, palpando el dinámico tecler de sus frases, la tensión que hizo posible esta obra de arte en miniatura que son los «bungalows» de «El Rodeo».

—Iba a Tánger con mi yate. Y no pude pasar de Algeciras por el mal tiempo. Me vine costean-do a pescar y llegué hasta aquí. Conozco Carolina, Miami... Pero he fundeado en Marbella para siempre. Adquirí esta finca y empecé a construir. Invitaba a mis

amigos y a ellos también les gustó esto. Y se fueron anclando aquí. Esta es la historia de «El Rodeo» y de ese título de promotor del verano en Marbella que los amigos me adjudican y a usted le han contado.

Nos invita a pasar al jardín, junto a la piscina, a tomar una copa. Sorprendemos a Antonio Román en un inesperado fin de semana, en martes. Y a Lolita Garrido, que marcha dentro de unos días a Alemania y Suiza, y a quien—son palabras suyas—le encanta venir cada año a descansar en la quietud luminosa de esta playa y estos jardines paradisíacos de «El Rodeo». Antonio Román abre un gesto resignado, como diciendo: «Bueno, ¡qué se le va a hacer!»

—Pues, sí. Usted lo ha dicho. Fin de semana en martes, precisamente porque vamos a Jerez, Sevilla y Cádiz para ver los posibles exteriores de una nueva película, «Congreso en Sevilla», comedia de humor protagonizada por Carmen Sevilla, con Manolo Morán y un protagonista masculino en el papel principal, que aún no tengo decidido. Pero, métese con Ivanrey. El también ha sido productor de cine.

—Sí—asiente el marqués—. Hice «La bandera» y «La travesía molinera». Pero eso pertenece al pasado.

Tiramos unas fotos al salir de los «bungalitos», como familiarmente los denomina su dueño, quien en dos palabras nos dice la razón de haber preferido este tipo de construcciones al consabido hotel.

—Calculo que es más agradable no tener vecinos paredaños. El «bungalow» confiere independencia. Es más cómodo.

Marbella es una auténtica vía cosmopolita, un oasis florido de Cádiz a Málaga. Aunque el príncipe Alfonso de Hohenlohe nos invita al terso y fingido oleaje de su piscina, la urgencia del tiempo nos obliga a decir un no de labios afuera y a seguir la ruta. El periodismo es «ansí».

FUENGIROLA, CON LA SIERRA DE MIJAS AL FONDO. BUENA PLAYA. SI, SEÑOR. PARTIDAS DE JULEPE EN LA PLAZA DEL CASINO

El pueblecillo de Mijas, en la sierra de su nombre, parece colgado entre el cielo y el valle. Es



Este es el maravilloso aspecho que presenta la «Costa de Oro» del sur de España. El pueblo de Nerja, con su selvática playa, denominada «Peñas de Caravero», es un lugar tranquilo y sedante para el verano

una balconada a 640 metros sobre el nivel del mar, blanca paloma que se echó a volar desde unas nubes remotas y se quedó prendida sin remedio. Marcc montaraz de Fuengirola, la doncella que se quedó sin castillo y sin tierras y ahora solo mira al mar. Porque Mijas, con sus 2.000 habitantes, posee 14.900 hectáreas, todo el cultivo, mientras que Fuengirola, antaño anejo del pueblo serrano, ha crecido constantemente desde su emancipación, hace ciento ochocientos años, y sólo dispone para sus ocho o diez mil habitantes de 400 hectáreas de terreno cultivable. Se entreteje la historia con la leyenda al bucear en el nombre de Fuengirola. Hubo siglos atrás, lejos, muy lejos, un fuerte llamado «Fuerte de las Girónas», porque allí se refugiaban del Poniente los barcos de vela llamados «gironas». ¿Es posible que, por corrupción fonética, haya venido a parar en Fuengirola? Pero ¡sería tan bonito inventarle más y más motivaciones... Fuengirola es poesía cotidiana y recia prosa de vivas realidades: junto a la evasión del verdial, baile típico por parejas, animado por un cante especial, se siluean las 72 viviendas para pescadores o el Matadero Municipal; los proyectos de alcantarillado y hasta la puesta en servicio de tres automotores, que su Alcalde acaba de solicitar para el más cómodo y fácil trasiego de veraneantes.

—El mejor amigo de las playas es el calor—oímos decir a nuestra espalda—. Sin embargo, aquí en la plaza del Casino, sopla un suave alicillo que desmiente a cualquier parte meteorológico que clamoree los 35°, los 38° y los 40° en dirección al Sur. Y si no, que lo digan los botijos. Ahí están, rojos y panzudos, cuatro en cada árbol, trasudando agua fresca y dispuestos a dejarse cañetetar por todo el viandante casinero que lo desee. Feliz iniciativa y mejor costumbre ésta de colgar botijos de las ramas de las acacias.

Como no se puede salir de Fuengirola por falta de comunicación vespertina, aprovechemos para bañarnos en el mar,

que viene siendo muy larga tentación desde Punta Umbría. Arena de un gris lechoso, ancha y tendida, y un espejo azul cuya lisura se descompone allá, muchas millas adentro, casi junto a la línea del horizonte. Ni un mal chinarro donde tropiece el pie. Suave gradación en la mar adentro. Buena playa, muy buena playa la de Fuengirola. Se puede nadar sin riesgo. Este, Sur, Oeste, todo un cuadrante de frágiles espumas.

Jaén, Córdoba y hasta Ciudad Real envían sus veraneantes a Fuengirola. También hay representantes de Canarias, Madrid, Valladolid y... Cuba. Mesa de las provincias, tapete verde, donde se juega al julepe en puestas de perra chica. A las diez de la noche, la plaza del Casino está medianamente habitada. Cuatro o seis grupos grandes, del que el más numeroso lo componen las jugadoras de julepe. Una simpática jiennense, estudiante de Comercio, María García Arróniz, la benjamina del grupo, es la primera en reaccionar a mis preguntas. Luego se vuelcan todas. La señora cubana, que es rubia y por su acento casi madrileña, pondera el veraneo en el Sur y le encuentra analogías climáticas con su tierra.

—Bueno, hay también ciertas diferencias.

—Diga usted que el veraneo en Fuengirola es para matrimonios y chicos. Chicos de los que las mamás no les echan el ojo—ríe la de Jaén.... Niños chicos, críos.

—Venimos buscando tranquilidad y estar cómodos—dice una señora joven.

—También organizamos sesiones de baile: sevillanas, jotas, verdiales... Se monta en bicicleta, se hacen excursiones a las «Chapas», paseos en barco... Y a todo eso le llamamos vida sosegada—ironiza otra mamá joven.

Las juleperas se disuelven poco a poco hacia la cena. Yo me voy a leer un rato antes de acostarme. Y a ver si mañana consigo largarme—si viene plaza libre en el autobús—a Nerja, pasando antes por Torremolinos, la playa rival de Punta Umbría, de la que ya queda poco que decir y nada que descubrir.

DOS TORRES EN LA RUTA DE MÁLAGA: TORREMOLINOS, A POLENTE, TORRE DEL MAR, A LEVANTE

Málaga presume con razón de las playas de Torremolinos. Son avenidas de extensa arena con un fondo decorativo de hoteles y flores en multicolor. En el prelude gozoso del mediodía, los chiquillos son los primeros en acudir a la cita del baño. Gentes de Madrid nutren ésta que ha sido playa de moda y que indudablemente posee belleza de dones naturales y ornamentación artificial con vistas al progresivo incremento turístico. Apeadero lógico de todo el que visita Málaga en cualquier estación, no puede inventarse nada que ya no haya sido voceado en todos los idiomas.

En cambio, Torre del Mar, apacible y oculta entre cañas de azúcar, y el mar tan pronto huido como agolpado a los ojos, vértice de comunicaciones: Mála-

ga, Almería, Granada (por Alhama de Granada), yace inédita o muy poco conocida. Con sus 7.000 habitantes, sus 60.000 toneladas de caña y una playa que, desde el río Vélez, se prolonga hasta el faro de Torrox, Torre del Mar, roquera y llana, es una invitación constante de regreso. Aquí empieza ya el cultivo tropical que, luego en Nerja, Almuñécar, Salobreña y Motril, serán suprema razón del campo y del clima.

EL TROPICO COMIENZA EN NERJA Y TERMINA EN MOTRIL

A las tres de la tarde, Nerja se tuesta al sol y al resol. Sin embargo, la gente trabaja como si nada. Del lado de tierra, un verdor henchido, brillante. La luz es vertical y neta. Se baña por berdiales y fandangos. Y es que Nerja está en medio, ecuator entre una y otra danza. Los fandangos son de Almuñécar y su acento se entrevera de malagueñismo y granadinismo. La batata de Nerja es blanca, menuda, de condensado dulzor. También el boniato nerjeño escapa de los límites locales para divulgar por los mercados su goloso sabor. Nerja produce los frutos más tempranos de España. Pero esto se sabe ya en EL ESPAÑOL, porque Salcedo es nerjeño. Este año se han cosechado cerca de mil toneladas de patatas. Una fábrica de azúcar de caña y otra de melcocha, tomates y espartos, conjugan la riqueza agrícola de la ciudad más bonita de la costa malagueña. Porque Nerja es el pueblo más bonito de todo el litoral de Málaga.

Trampolín rocoso entre el azul del cielo y el hondo azul mediterráneo, aprisionada por el cinturón verde de las cañas dulces, resalta y emerge diáfana. Lejos, al fondo, «La cuesta del cielo» se recubre de altas estrellas, que en invierno pisan nieve purísima. Del trópico a los hielos, completo paisaje campesino. Pero esto vale tanto para Nerja, Almuñécar y hasta casi paña Motril, que tiene sus ribetes alpujarreños por granadino.

Si a Nerja le dieran el asfalto que su calle al «Balcón de Europa» necesita; si en las dos puntas de entrada al pueblo se pusieran postes indicadores invitando a los que pasan a entrar en la ciudad, saltaría de golpe a los primeros puestos del turismo español del Sur. Alguien la ha comparado con cualquier lugar de la Costa Brava de Gerona. Es otra cosa. Sus calas son breves, duras, difíciles. Y la colgración y el aroma son únicos, intransferibles. El panorama desde el Balcón de Europa, promontorio asentado en roca viva, de veintiuno o veintidós metros en vertical sobre una mar más bien honda, con los huertos y jardines escalonados, como perennes llamaradas de verdor; las raíces coigantes, el vegetal apoderado de la pared rocosa, las terrazas en avanzadilla, el pueblo en diagonal... No. No hay nada que se le parezca.

La densidad vegetal de Nerja continúa en Almuñécar, ya tierras de Granada. Chirimoyas, plañas, caña de azúcar, guayabos, caquis, naranjos, limones, almendra, higos nisperos, platanos... Pues sí. Estamos en España; en el trópico español. Pero no hay

que olvidarse de que antes de Almuñécar está también La Herradura, con su cueva submarina de Las Palomas. Pero esto sí que lo sabe bien ese pintor francés, Rolando, que desde hace tres años pasa en La Herradura de julio a septiembre, a rator con la caña de pescar y otros muchos con el pincel y la paleta a lomos. Pero, además, Rolando es un turista de los buenos; lleva en su «rubia» a los vecinos de La Herradura hasta la vecina ciudad.

—Mirusté, es más feo que pegarle a un cristiano. Pero más bueno que el pan. Todas las veces que va a Almuñécar, lo pregona por el pueblo, para que se alisté el que necesite ir. Y no va usted a pensar que cobra por llevar a nadie. Nosotros le cedimos «el pregón» de Rolando.

Así que ya lo saben ustedes: entre el pregón de Rolando y la «chanson de Ronland» hay una «rubia» por medio, además de la Historia.

Almuñécar tiene sus playas, sus veraneantes granadinos, de la capital, en exclusiva, y su hotel Sexis, nombre fenicio de la ciudad, de próxima inauguración. Una pescada de renombre y unos acantilados como pocos para practicar el deporte de la pesca submarina.

Motril tiene abolengo y clase periodística. «El Faro» es el decano de la Prensa granadina. Su director, don Gonzalo Hernández Auger, lleva treinta años al servicio del periodismo, a costa de renunciaciones, de tesón, de esfuerzo continuado. Es él quien nos aboceta estos rasgos motrileños que, en cierto modo, definen a la ciudad y su presente quehacer.

—Motril empezó a tener importancia histórica cuando, a mitad del siglo pasado, se fomentó el cultivo del algodón, que, desde hace un par de años se ha revalorado de nuevo.

La caña de azúcar se ha impuesto. Cultivándose desde la dominación musulmana, desde comienzos del siglo XX constituye la base fundamental de la economía motrileña. En la actualidad, también es una fuente de ingresos el clavel, que por su fragancia y color, es de los mejores de España. El mercado es nacional; pero debía intentarse su ampliación al extranjero.

Preguntamos a Hernández Auger y la charla se desenvuelve sin prisas ni altibajos.

—Se piensa en construir una fábrica de celulosa para aprovechar el «bagazo»; esto, unido a la ampliación de la zona de riegos por aprovechamiento de las aguas sobrantes del Guadalfeo, transformarían potencialmente a Motril, tanto en agricultura, como en economía e industria.

Sabemos que alguien ha escrito que Motril huele a obrador de confitería. Lo dijo queriendo piropear a la ciudad. Yo diría que Motril huele—perdón por las reiteraciones—a trópico. Pero trópico mediterráneo, sin destiemplos de sensualidad y con medida, rica y firme medida, de marjales. Y cada marjal produce unas quinientas arrobas de caña. De esa «cañadul» que, de pequeños, todos hemos saboreado glotonamente, a chupadas y mordisquitos impacientes.

Concha FERNANDEZ-LUNA
(Enviado especial.)

AL AIRE Y AL SOL DE CASTILLA

**SIGÜENZA, CIUDAD
HISTORICA Y VERANIEGA**

ALHAMA DE ARAGON,

UN PUEBLO DE INTERESANTE Y EXTRAÑO PAISAJE

A Sigüenza se puede venir en verano por muchos motivos: por el clima, por la altura—1.000 metros sobre el nivel del mar—, por afición a las cosas históricas, por necesidad de reposo espiritual, por pasarlo bien o sencillamente porque se haya venido una vez. Todo es empezar, y a mí no me extraña que después de pasar un verano en Sigüenza se repita la experiencia. Más aún si se tiene la suerte de entablar contacto con los miembros de la Comisión pro Veraneo, que se pintan solos para hacer amable la estancia al forastero.

UNA CATEDRAL IMPRE- SIONANTE

La catedral de Sigüenza impresionó. Yo la vi de prisa, acuciado por el tiempo y por los compromisos que, nada más llegar, había adquirido en Sigüenza, en la Sigüenza social y cariñosa del verano. Pero me hubiera parecido poco menos que un crimen seguir mi viaje sin conocer esta catedral, esbelta de líneas, severa de fachadas, con las cuadradas torres coronadas por almenas que le dan carácter de fortaleza. Dentro, los arcos majestuosos, el tamaño de las columnas de haces, la enorme altura de la nave central.

—Conozco pocos interiores que me hayan impresionado más, con su extrema grandeza y estabilidad, que éste.

La frase fué pronunciada por un arquitecto inglés, Jorge Street.

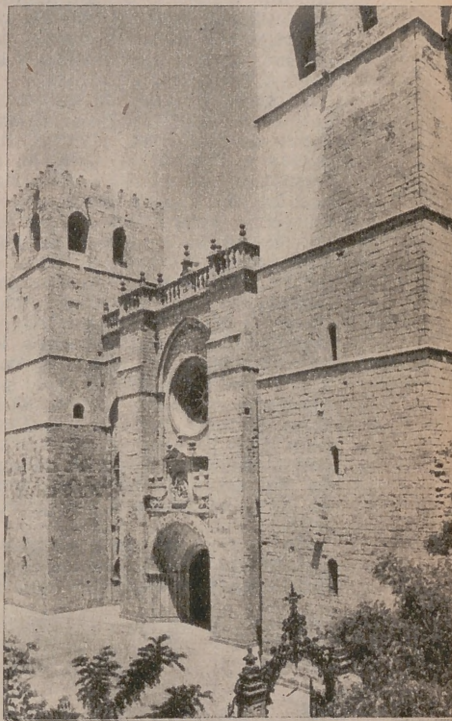
Y si extraordinaria es la catedral de Sigüenza por su soberbio edificio, no lo es menos por los obispos, esclarecidos varones, que

han ocupado su sede. Don Pedro Gómez Barroso, jurista insigne que sufrió duro castigo por defender a la Reina doña Blanca de Borbón, prisionera el año 1355 en el castillo seguntino; el gran cardenal Mendoza, que tan relevantes servicios prestó a los Reyes Católicos.

Me ha hablado de la catedral con verdadero entusiasmo y gran conocimiento don José Antonio Ubierna, secretario general de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, que es el decano de los veraneantes de esta ciudad. Más de cincuenta años lleva viniendo a ella y, al parecer, piensa continuar otros tantos. Bien conservado, atento, con una conversación tan amena como inteligente, el señor Ubierna pasa sus vacaciones en Sigüenza y es, sin duda, uno de sus más entusiastas propagandistas.

EL BANCO DE LOS CONSEJOS

En una casa solariega del paseo de la Alameda he visitado a don Agustín de Figueroa, marqués de Santo Floro, el menor de los hijos del fallecido conde de Romanones. Don Agustín es un hombre de modales tan sencillos como distinguidos; viste un traje de verano de color ladrillo y no lleva corbata. Escritor—gran escritor—por afición, encuentra en Sigüenza el lugar más adecuado para sus descansos veraniegos y también para trabajar un poco. Es director de la revista «Gran Mundo» y ha publicado algunos libros. El me lleva en su coche a visitar la ermita de Nuestra Señora de la Salud, en el vecino pueblo de Barbatona, anejo de Sigüenza. Es ésta una



Arriba: Panorámica de Sigüenza.
Abajo: Fachada principal de la catedral

imagen venerada en muchas leguas a la redonda y a la que acuden constantemente los fieles, esperanzados por sus milagrosas curaciones. La leyenda cuenta que durante la guerra de la Independencia la Virgen obró el

milagro de convertir el día en noche, desorientando así a las huérfanas francesas e impidiendo la ocupación de la ciudad.

—Usted, don Agustín, ¿veranea siempre en Sigüenza?

—Siempre. Un poco por tradición familiar y un mucho por afinidad a este pueblo, por cariño. Mi padre, como usted sabe, venía con gran frecuencia.

Al regreso de Barbatona me muestran un banco de madera a la puerta de la casa del marques de Santo Floro. Aseguran que en ese banco, un banco sencillo, como los que hay en todos los parques del mundo, se celebraron muchos Consejos de Ministros en la época en que el conde de Romanones era Presidente del Consejo.

Don Agustín de Figueroa tiene dos hijas: la mayor, de quince años, siente aficiones periodísticas. Su padre sonríe al hablar de esto.

—Espero muchas cosas de ella, porque presiento que se trata de una vocación auténtica. Ella, con otras amigas, hacen una revista, revista que, naturalmente, no sale de mi casa, pero en la que se perciben muchas ideas y un gran sentido periodístico.

Más tarde he conocido a Natalia, que así se llama. Me ha confirmado sin rubor las afirmaciones de su padre. Quiere ser periodista, escritora.

BAILE Y W. M

El Capitol es el lugar de diversión—diversión honesta—de Sigüenza. Un jardín muy agradable, una orquesta, un animador y un ambigü. Aquí se reúnen por las tardes y algunas noches todos los jóvenes de Sigüenza y los que ya no son tan jóvenes.

Gerardo Relafío, farmacéutico y uno de los principales animadores de Sigüenza, siempre dispuesto a divertirse: Castillo, corresponsal de «Nueva Alcarrias», hombre de alguna edad que de momento parece muy serio y luego resulta de lo más divertido; José María Tobajas, de poca estatura, que es dueño de una pastelería; Agapito Zabala, empleado del Ayuntamiento, y Gregorio Casado, propietario del hotel Venancio, donde me alojo, y con cejal, son mis acompañantes permanentes a todas partes. Todos ellos forman parte de la Comisión pro Veraneo y se desviven por atenderme. También el dueño del Capitol, Ambrosio, grueso, de poca estatura y expresión feliz.

En el Capitol me presentan a una muchacha valenciana de diecisiete años, Marina Plá, que ha

sido reina de una falla. Y a fe que debió ser una reina muy guapa. Mi conversación con ella es muy breve, porque el muchacho que la acompaña parece nervioso, está deseando llevársela a bailar.

En una mesa, Guillermo Elizaguirre, el antiguo portero internacional y seleccionador del equipo español en la época esplendorosa de los Campeonatos de Río. Guillermo lleva una camisa a cuadros, pantalón de dril y al pergamino y sigue conservando el mismo aire juvenil que cuando, vestido con aquellos espectaculares jerseys azules, detenía balones en la portería del Sevilla.

—¿Cómo anda el fútbol? Aunque ahora no estamos en la temporada, siempre es un tema de actualidad.

Guillermo Elizaguirre, sonríe y manda traer unos «chatos». Luego contesta:

—Estoy apartado del fútbol, oficialmente se entiende. Ahora no soy más que un aficionado.

—¿Le gustaría volver a ser seleccionador?

—No, no. Con una vez ya está bien.

—¿Qué hace usted en Sigüenza?

—Descansar, cazar, pescar...

—¿Está en crisis el fútbol?

—Según se mire. Técnicamente se juega mejor que nunca, pero... faltan figuras.

—Internacionalmente no marchamos muy bien en los últimos tiempos.

—Por eso, porque faltan figuras.

—Usted, en su época, tuvo mucho éxito.

—Tuve mucha suerte, que no es lo mismo. Disponía de aquella famosa delantera de Río que era una cosa muy seria. Se acabaron aquellos hombres y no han surgido otros de la misma talla. He ahí la clave.

El animador de la orquesta se acerca a hablar conmigo. Es un muchacho joven, elegante. Nada afectado y amigo de todos los veraneantes. Toca la guitarra, el violín y no sé qué más. Y canta. Un hombre polifacético que ectúa en el Capitol a sus horas y que luego es uno más de la gran familia veraniega de Sigüenza.

ALFOMBRAS DE ARTESANIA

En este pueblo, de vida principalmente agrícola y ganadera, hay también algunas industrias. Por ejemplo, una fábrica de

alfombras, «El Doncel», de la que es propietario el señor García Tabernero. Tiene cuarenta y cinco empleados (tres varones, y las demás, mujeres), y las alfombras son elaboradas a mano. Las tiras de algodón cuelgan de los bastidores, y las muchachas van trenzando rápida y esmeradamente los complicados dibujos que tienen ante la vista en papel enarcarculado.

—¿Fabrican mucho?

—Unos 2.000 metros cuadrados en distintos tamaños, desde las de pie de cama, de 0,70 por 1,40, hasta alfombras de salón de tres metros por cuatro.

—¿Y es muy antigua la industria?

—Cuarenta años.

EL PINAR SIN FIN

Por la tarde, y siempre acompañado de los entusiastas miembros de la Comisión Pro Veraneo, subimos al pinar. Primero está lo que llaman la pinarilla, que es como un pequeño antipolo de ese otro pinar que se extiende inacabable durante kilómetros y kilómetros. Hay multitud de personas merendando, leyendo o sencillamente tomando el fresco bajo los pinos.

—Aquí—me explican—es fácil perderse. La extensión del pinar, casi ilimitada, obliga a tener un poco de cuidado. Si usted se internara solo y se le hiciera de noche tal vez le costara trabajo salir.

—O tal vez no saliera. Esto no es muy conocido en España.

—Precisamente por eso se ha creado la Comisión Pro Veraneo. Intentamos que Sigüenza sea conocida no sólo como ciudad histórica, sino también como punto ideal de veraneo. Este año hemos hecho alguna propaganda y se ha notado. Y en los años próximos pensamos intensificar esa campaña.

Regresamos ya de noche. La Alameda está concurridísima, y los camareros de los quioscos se ven y se desean para atender a todo el mundo. Hay gentes de todas las edades, caballeros que charlan en plácida tertulia, señoras leyendo o haciendo puntitos, niños que corren de un lado a otro. Y algunas partidas de cartas en las que abunda sobre todo el público femenino.

Todo esto con un aire íntimo, familiar, abierto, que constituye uno de los principales encantos de la ciudad.

No hay orden cronológico en esta visión mía de Sigüenza, porque no puede haberlo. Fueron demasiadas cosas vividas en jornadas cortas. Sigüenza se metió

Izquierda: Plaza de España de la histórica villa saguntina. Derecha: Casa señorial de Núñez de Arce





Nuestro enviado charla con Guillermo Eizaguirre. Derecha: En esta foto aparece Agustín Figueroa y otros señores, quienes acompañaron a nuestro redactor a la ermita de Barbalona

dentro de mí desde el primer momento y será siempre—estoy seguro—uno de mis mejores recuerdos. Recuerdo de sus viejas calles empedradas de la parte vieja, de la Alameda, del viento y del sol. Recuerdo de una merienda en casa de la Guardi, de una cena con Relafío y su esposa y hasta de ver entablillar a un perro una pata rota en la farmacia. Y luego el recuerdo final.

DESPEDIDA CON MUSICA

Me habían hablado de la rondalla seguntina. Sabía que pocos días antes habían dado una serenata al guitarrista Andrés Segovia, que estuvo aquí, y otra a Josefina Carabias. Pero yo no soy Andrés Segovia ni he ganado nunca el «Mariano de Cavia». Por eso me sorprendió, al salir del restaurante donde había cenado, para dirigirme a la estación, encontrarme con los diez o doce componentes de la rondalla, preparadas las bandurrias y las guitarras y dispuestos a escoltarme hasta la estación a la una de la mañana entre rasgueo de cuerdas.

Cuando subí al tren tocaron una jota. Oí el clásico silbido de la máquina. Dije adiós con la mano. Algunos viajeros, adormilados, me miraban con curiosidad. Luego, en el pasillo, oí comentarios muy buenos.

—Es un torero—decía una mujer a otra.

—No seas tonta. ¿No ves que lleva bigote? Los toreros no llevan bigote. Debe ser un artista de cine o un futbolista.

Pues, no, viajeras desconocidas. Yo no soy torero, ni artista de cine, ni futbolista. Pero Sigüenza es como es.

PEQUEÑO VIAJE EN DILIGENCIA

Debo hacer una confesión que

me sonroja un poco. Por primera vez en mi vida me quedé dormido en el tren, y cuando desperté había pasado de la estación de destino.

El caso es que cuando desperté estaba en Ateca, dos estaciones más allá de Alhama de Aragón, que era mi punto de destino. Me sentí casi optimista al pensar que lo mismo podía haber ido durmiendo hasta Barcelona, y bajé del tren a lo loco, como ahora se dice. Eran las cuatro de la madrugada y la estación de Ateca estaba desierta. Apareció por fin el jefe con otros dos hombres. Monté en una tartana y me llevaron al pueblo. Por suerte, Ateca es lo bastante importante para disponer de varios taxis, y el mismo cochero de la tartana se encargó de despertarme a uno.

—Baja, maño. Tienes un viaje-ro para Alhama.

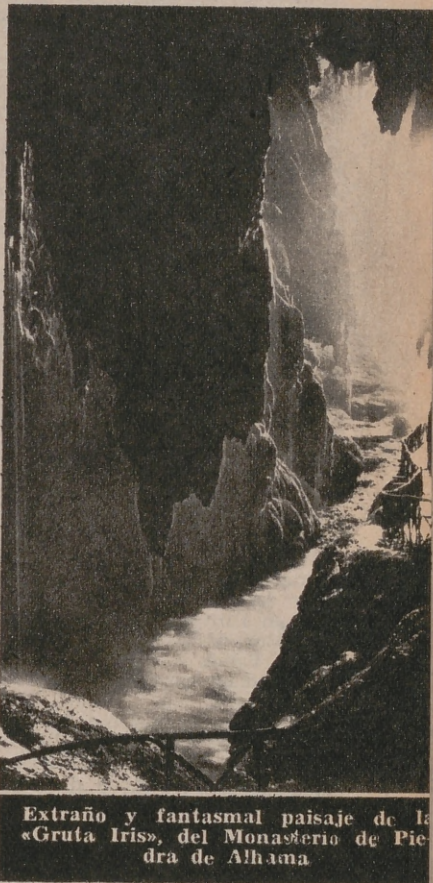
Llegué a Alhama cerca de las cinco y me fui a dormir. Realmente no podía hacer otra cosa.

NO SOLO LOS REUMATICOS VIENEN A ALHAMA

Como balneario, Alhama de Aragón tiene mucha fama. Y merecida. Más de un reumático salió de aquí después de una cura de aguas con sus articulaciones completamente nuevas. El pueblo es bonito, interesante su extraño paisaje de altos montículos rocosos, sosegado su ambiente.

Hay varios balnearios. San Roque el Nuevo, San Roque el Viejo, Guajardo y las Termas Pallarés. Hoteles limpios, cuidados.

Lago y playa. Castillo y túnel. Dos aspectos de la belleza paisajística de Alharja



Extraño y fantasmal paisaje de la «Gruta Iris», del Monasterio de Piedra de Alhama

llenos de paz. El término municipal de Alhama es poco extenso, y la ciudad, con sus 2.000 habitantes, vive más que nada de la industria. También existen árboles frutales, ricos en cantidad y en calidad. Y una población veraniega de 4.500 personas.

Las Termas Pallarés disponen de cuatro hoteles, baños term-



les en abundancia, una cascada natural, cuyas inhalaciones curan las afecciones bronquiales; un casino y un maravilloso lago natural, en el que se ha construido una pequeña playa y en el que también se puede navegar utilizando cualquiera de las cuatro barcas existentes. El agua es muy fina, de una transparencia inverosímil.

Y no sólo los reumáticos o los que padecen de los bronquios vienen a Alhama. Yo he visto a infinidad de muchachos y muchachas de aspecto atlético que, la verdad, no hacían pensar en el reuma. Unos porque con el pretexto de acompañar a algún familiar vienen aquí a descansar y a divertirse; otros sin ningún pretexto, lo cierto es que Alhama de Aragón atrae a muchos forasteros.

LAS PIEDRAS DEL MONASTERIO

El primer día de mi estancia en Alhama me fui a ver el Monasterio de Piedra. Tanto me habían recomendado que no dejara de visitarlo que me decidí a ir. Ahora me alegro. No es posible concebir nada tan maravilloso. Parece como si la Naturaleza se hubiera volcado. Con la ayuda de la mano del hombre se ha conseguido hacer un jardín natural, recio, solitario, donde a cada paso se descubre una nueva faceta. Rocas altivas, hondonadas, ubérrimas, cascadas, grutas. El ronc y eterno gemir del agua, la placidez de los rincones boscosos, el cielo—unas veces tan lejos y otras tan cercano—, el color y el ambiente, la serenidad y la locura... Se puede pensar un poco en la vida y otro poco en la muerte y encontrar aquella menos áspera y ésta menos temible. Puede uno, en fin, sentirse aquí un poco mejor de lo que es, un poco menos ligado a la tierra y más dispuesto en cambio a mirar hacia arriba.

Hay bastantes automóviles, muchos de ellos extranjeros. Casi todos vienen de paso, permanecen a lo sumo un par de días. Los extranjeros caminan por los estrechos senderos donde unas flechas azules y rojas marcan la ruta a seguir, miran en torno suyo con aire estuporoso y de cuando en cuando murmuran:

—¡Oh!

También hay chiquillos que se extasan en la contemplación de la «Cola del Caballo» y parejas de recién casados que caminan muy juntos, callados, con las manos cogidas.

El hotel conserva el estilo del viejo Monasterio. Los pasillos son largos y anchos, majestuosos; parecen impregnados de un silencio más viejo que el mundo.

—¿Le gusta?—he preguntado a una señora francesa.

—¡Me encanta! Yo no sabía...

No, claro, usted no lo sabía. Nadie puede saberlo hasta que viene, hasta que lo ve con sus propios ojos.

La noche me sorprende en el camino de regreso, en un paisaje de yermas colinas enrojecidas por la última caricia del sol y que hace aún más vivo el contraste con ese rincón del Monasterio donde hay horizontes verdes y horizontes sombríos, rumor de agua y silencio de catedral, alturas y hondonadas. Cielo y tierra

EL REUMA DE MIGUEL LIGERO

Ha llegado al hotel Pallarés Miguel Ligerero acompañado de su esposa. Correcto, juvenil, elegante, Miguel Ligerero es hombre fácil de abordar para el periodista. En el comedor saluda a todo el mundo. A los demás huéspedes, al maitre, a los camareros. La conocen de antiguo. Tomamos café juntos en la terraza del casino después del almuerzo. Nos acompaña una hermana del dibujante Mingote, una amiga suya y el hijo de uno de los dueños de la Empresa. La pequeña orquesta—piano, violín y batería—interpreta «Agua, azucarillos y aguardiente». Uno se acuerda de Madrid.

—En serio, don Miguel, ¿usted viene aquí para curarse de algo o porque le gusta el sitio? Con ese aspecto de joven deportista nadie se va a creer...

—En serio, amigo, en serio. Yo vengo por el reuma, lo cual no impide que me guste Alhama. Un reuma discreto y para el cual



Otro rincón interesante de Alhama: el lago del Espejo y la fuente de la Salud. Un lugar encantado para el veraneo

me sientan muy bien los baños.

—Hábleme de cine. ¿Qué opina del nuestro, del español?

—Hay un certamen ahora en San Sebastián. ¿Por qué no se espera a leer los periódicos y se entera de las opiniones de los críticos, que saben más que yo?

—Vamos, don Miguel. Una opinión, aunque sea pequeñita.

Miguel Ligerero bebe un sorbo de café y enciende un cigarrillo.

—Se hacen cosas buenas, mejores que nunca. Y otras muy malas.

—Ejemplo.

—No, eso no. ¿Por qué no me interroga usted al estilo de la Radio?

—Aclare eso, por favor.

—Es muy sencillo. Una vez me llevaron a una emisora. El locutor preguntaba, y en cuanto yo abría la boca para contestar me

interrumpía y hablaba por mí. Llegó un momento en que tuve que decirle: «Oiga, amigo, ¿quién iba a hablar aquí? ¿Usted o yo?» Pero fué inútil. Al final sólo había logrado dar las buenas tardes al público. Tiene sus ventajas este sistema, porque así no hay modo de decir nada molesto para nadie.

—Los actores españoles se quejan de que tienen poco trabajo porque se contratan muchos extranjeros.

—En eso les doy la razón. A mí me parece muy bien traer extranjeros cuando se an mejores que nosotros. Como en el fútbol, vamos. Bien está que fichen a Ben Barek o a Di Stéfano; pero para traer una medianía no merece la pena ir a buscarla fuera.

—¿Hace usted cine actualmente?

—Acabo de terminar el rodaje de «Morena Clara», con Lola Flores, Fernando Fernán Gómez y Lucía de director.

—Espléndido. Usted hará en esa película el mismo papel que en la otra. La de hace...

—Sí, sí, muchos años. Más vale no decir cuántos. En efecto, hago el mismo papel.

—No creo que se noten diferencias en usted. Le encuentro igual que... entonces.

Miguel Ligerero se sonrió. Prosigo:

—¿Qué tal la película?

—Buena, muy buena.

—¿Puede Lola Flores igualar o superar a Imperio Argentina?

—Son distintas. Lola Flores está extraordinaria.

La bocina del coche que ha de llevarme a la estación empieza a sonar. Temo perder el tren. Pero Miguel Ligerero sigue hablando. Su charla está llena de anécdotas pintorescas. Se pasa bien el tiempo escuchándole.

—Le daré una noticia inédita.

—Encantado.

—Voy a trabajar con Orson Welles. Ya sabe que Welles va a hacer cine en España.

—Sí.

—He llegado a un acuerdo con él.

(Iba a decirle a Miguel Ligerero que le deseaba mucho éxito. Pero me parece una tontería. El siempre tiene éxito.)

—Feliz veraneo en Alhama. Guerra al reuma.

El gitano «Regalito» vuelve a sonreír. Lo mismo que cuando le vende a un posadero sus propios jamones. La pequeña orquesta sigue tocando música de zarzuela. Por el parque corre una brisa fresca, reconfortante.

Después, en el tren, el calor aprieta. Pero no hay que preocuparse. Voy camino del valle de Ansó, en la provincia de Huesca, y algunas gentes se extrañan de que no lleve abrigo, ni siquiera un mal chaleco de punto.

Por el Norte, por el Sur, por Levante o por el Centro se puede veranear en España. Todo es cuestión de buscar uno de los muchos, de los infinitos lugares donde el clima es suave y donde el hombre español de todas las clases sociales descansa y se divierte en paz y en gracia de Dios.

Ya les contaré, en el reportaje de Ansó, si echo de menos el abrigo.

Joaquín RUIZ CATARINEU
(Enviado especial)

«FESTIVALES DE ESPAÑA» AL ENCUENTRO DEL PUBLICO

MANIFESTACIONES ARTISTICAS DE GRAN INTERES POPULAR



La masa de espectadores obliga a la superación de los intérpretes

El Patronato de Información y Educación Popular, organismo de reciente creación en el seno del Ministerio de Información y Turismo, está llevando a todas las ciudades y rincones de España espectáculos de la más valiosa calidad artística. La danza, el teatro, la música, han vuelto a recobrar nueva vida. Los «Festivales de España», secundados por los más destacados intérpretes del arte y actuando en bellos escenarios naturales de nuestros pueblos y ciudades, han podido demostrar que el gran público español nunca es ajeno a las manifestaciones del arte y de la cultura.

Cuatro hombres, bajo la dirección inmediata y constante del director general de Información, y recogiendo una idea del Caudillo, dan cuerpo y alma a «Festivales de España». Con ellos dialogamos. Sus nombres: Manuel Riancho Sánchez, subdirector de la Junta técnica de Información y Educación Popular; Jesús Valverde Viñas, asesor técnico y arquitecto jefe de la sección de Actos Públicos del Ministerio de Información y Turismo; y Salvador Pons Muñoz, secretario de la Junta y jefe del gabinete de Coordinación y Propaganda de la



Bailarinas de la Opera de Helsinki actuando en los festivales de Santander

Dirección General de Información.

Con ellos colabora Ignacio Aguilera como asesor de la Junta.

Los tres trabajan en un despacho de la calle Claudio Coello, y en todos los pueblos y ciudades donde «Festivales de España» actúan.

CUANDO UNA IDEA NACE CON FUERZA

(Los festivales de Santander y sus extraordinarias consecuencias aconsejaron extender la red hacia todos los puntos de nuestra geografía.)

Hay que sacar los festivales del marco asombroso de la Plaza Porticada montañesa y llevarlos al parque de María Luisa, de Sevilla, o al teatro Griego, de Monjuich o a la plaza del cardenal Belluga, de Murcia.)

SALCEDO.—¿Influencia de las representaciones de Santander en la creación de «Festivales de España»?

RIANCHO.—La orden ministerial que crea el Patronato de Información y Educación Popular, dice, textualmente: «una feliz y reciente realización, la de los festivales artísticos populares celebrados en Santander y su extensión a pueblos de esta provincia ha puesto de manifiesto que nuestras masas populares son perfectamente sensibles a las más depuradas muestras del arte, se gozan en su contemplación y audición cuando aquéllas son ofrecidas de manera grata y con el debido decoro y esplendor.» Después de oír este párrafo usted mismo puede juzgar la influencia de los festivales de Santander en la creación de estos ciclos.

CARVAJAL.—¿Santander fue, por tanto, laboratorio de «Festivales de España»?

RIANCHO—Exacto. Dos años de perfiles que dieron un final creador del Patronato y de la Junta.

El Patronato lo preside el Ministro, señor Arias Salgado, que es en todo momento el mejor patrocinador de esta tarea; presidente en funciones es el vicepresidente, señor Cerviá, subsecretario del Ministerio, en quien la idea de los Festivales ha encontrado siempre solución decisiva de múltiples dificultades. Son vocales todos los directores generales y altos cargos del Departamento.

La Junta técnica, de la que nosotros formamos parte, está dirigida por Florentino Pérez Embid. De él no voy a hacer elogios, porque él es uno de nosotros. Yo soy subdirector de la Junta y secretario del Patronato.

Los Festivales de Santander fueron primeras piedras de estas manifestaciones que hemos hecho extensivas al resto de España.

Y con eso está hecho el elogio y el testimonio de nuestro agradecimiento al Gobernador Civil de Santander, Jacobo Roldán, co-partícipe de la gestación de la idea y de toda la empresa de los Festivales en la capital y pueblos de la Montaña.

SALCEDO. — ¿Fin primordial perseguido por el Patronato?

PONS. — Llevar las manifestaciones culturales al pueblo. Que todos los pueblos de España conozcan y se pongan en contacto con nuestra cultura y nuestro arte.

(El señor Pons entra en liza con respuesta clara y con un decir levantino que se caracteriza por la concreción y el empleo del vocablo justo.)

CARVAJAL. — ¿A qué obedeció la creación de los «Festivales de España»?

PONS. — A una necesidad. La cultura es necesaria para el pueblo, y obligación del Estado es preocuparse de satisfacer tal necesidad. No se puede decir que las masas populares han vuelto las espaldas al teatro clásico y a las audiciones de música sinfónica. El pueblo exige que las representaciones y las audiciones tengan calidad. Si ésta existe, las masas populares acuden con extraordinaria profusión.

SALCEDO. — ¿Ha respondido al público a esta llamada?

RIANCHO. — Con una anécdota puedo dar respuesta a su pregun-

ta. El pasado invierno llegó hasta la emisora de Santander una pescadora de Puerto Chico con el deseo de que en el programa de discos solicitados retransmitieran la «Novena Sinfonía». Extrañó al jefe de programas tal petición por salir de boca tan humilde. «¿Qué le impulsa a pedir música de Beethoven, señora?» La respuesta fué contundente: «El pasado verano la escuchamos mi marido y yo en la Plaza Porticada y como pasado mañana es su santo me ha parecido que el regalo que más le agrada será la audición de la «Novena Sinfonía», dedicada por mí.» Dígame si el público responde o no, por humilde que sea.

SALCEDO. — ¿Se persigue solo con estos festivales el hacer llegar la cultura al pueblo?

PONS. — Como fin secundario tiene «Festivales de España» el de dar cabida en sus programas a aquellos que hacen verdadero arte, ya que nuestros festivales les permite presentar sus manifestaciones artísticas en grandes escenarios y con todo lujo de montaje. Cultura para el pueblo, como fin primordial y protección al verdadero arte, como secundario.

CARVAJAL. — ¿Dificultades para el desarrollo de la idea?

VALVERDE. — *(Con el arquitecto jefe de la Sección de Actos Públicos del Ministerio de Información queda completa la terna de hombres sobre los que descansa este arte en movimiento. Jesús Valverde siempre tiene algo que hacer; por ello sus respuestas nos llegan acompañadas de casi continuas salidas y entradas en el despacho.)* Las dificultades con las que hemos luchado son de dos clases: económicas y materiales. La instalación de un auténtico teatro al aire libre implica, en cualquier lugar que trate de hacerse, unos gastos enormes. Por ello, para solucionar las dificultades, hemos acudido a un sistema de coordinación con las provincias y las distintas Direcciones Generales del Ministerio de Información. Si nuestros proyectos se hubiesen constreñido al montaje de tres o cuatro festivales, hasta los mínimos detalles estarían resueltos a la perfección. Pero nuestros deseos de darle extensión máxima a «Festivales de España» nos ha impedido que podamos trabajar con el sosiego en tiempo y detalles que logremos para la próxima temporada.

CARVAJAL. — ¿Dónde se realizó

el primer montaje de estos Festivales?

RIANCHO. — Los montamos en Murcia durante los días 17 a 26 de abril. El T. E. U. de Murcia representó en el teatro Romea «El enfermo imaginario», de Molière, y la compañía Lope de Vega puso en la plaza del Cardenal Belluga «El gran teatro del mundo», «La cena del Rey Baltasar» y «Edipo». Este primer festival lo hicimos en el aspecto teatral extensivo a Cartagena, Lorca y Yecla, y en el aspecto musical a Murcia y Cartagena, con actuaciones de la Orquesta Nacional. También se montaron tres recitales de danza—dos en Murcia y uno en Cartagena—a cargo de los Coros y Danzas de la Sección Femenina de Murcia, Granada, Almería, Jaén y Albacete. Esta fué nuestra primera experiencia fuera de Santander, y el público respondió tan bien como en la capital norteña.

SALCEDO. — ¿Qué público acude a presenciar los «Festivales de España»?

VALVERDE. — Se disponen aros, en la mayoría de las representaciones, que superan las cinco, seis y siete mil localidades. Y en la mayoría de ellas no queda una entrada por vender. Hay espectadores de todas las clases.

(A Jesús Valverde lo vuelven a llamar de Santiago, donde uno de sus equipos volantes de montadores está en plena efervescencia laboral. Se marcha con la promesa de que la conversación telefónica será reducida al mínimo y que volverá con nosotros. No quiere eludir preguntas. Al revés, quizá sea el más interesado de que en España se conozcan las intertoridades de los festivales que el Patronato organiza en las distintas provincias.)

MONTAJE, ESCENARIOS Y TRANSPORTES

(Y la promesa queda cumplida hasta el último detalle. Jesús Valverde vuelve a los cinco minutos. «Aquí estoy dispuesto a que me pregunten lo que quieran.» Prosigue la entrevista en el lugar donde se fraguan las ideas de «Festivales de España».)

SALCEDO. — Dicen que números cantan. ¿Cuántas representaciones de teatro y danza y cuántos conciertos montó el Patronato hasta la fecha?

RIANCHO. — *(Manuel Riancho es la persona que dispone y conjunta programas, y por ello recaba para sí la contestación de la pregunta.)* Hasta la fecha, y no incluyo Santiago y Santander—dimos sesenta representaciones teatrales, a las que hay que unir dieciocho de «La destrucción de Sagunto», treinta funciones de ballet y danza, quince audiciones musicales y ocho de polifonía y masas corales.

CARVAJAL. — ¿Existe alguna diferencia entre las representaciones dadas en Sagunto y las del resto de España?

RIANCHO. — Sí que existe. Mientras que en Sagunto se mantuvo durante las dieciocho representaciones el mismo programa, en el resto de actuaciones se cambió cada día. Otras diferencias hubo, pero más vale no hablar de ellas.



Nuestros redactores van tomando notas de las declaraciones de Salvador Pons

(Se va a hablar de montajes y ante el anuncio del tema Jesús Valverde abandona el tablero de planos para sentarse—¡por fin!—, pero por muy poco tiempo.)

CARVAJAL.—¿Quiénes y cuántos son los hombres que podríamos incluir dentro del equipo de montadores de estos festivales?

VALVERDE.— Ese equipo de montaje está formado, única y exclusivamente, por los hombres que integran ya la sección de Actos Públicos del Ministerio. Los festivales no han significado ningún aumento de personal. En el momento que hablo con ustedes tengo desplazado un equipo en Valencia, otro en Santiago y otra más en Santander. «Festivales de España» no ha significado en el presupuesto de la Dirección General de Información ningún aumento en consignaciones u hombres.

SALCEDO.—¿Material rodante empleado?

VALVERDE.— La sección de Actos Públicos siempre se sirvió de los camiones del Parque Móvil de Ministerios, y con ellos hemos solucionado el problema de transporte de materiales.

SALCEDO.— ¿Y los elementos escenográficos, de dónde salieron?

PONS.—Igual que el material rodante hemos echado mano del que ya teníamos, del cedido por las llamadas Compañías de Teatros Nacionales y el de las propias agrupaciones que intervenían en los programas. Para el año próximo, desaparecido lo excepcional de la improvisación—signo que ha presidido nuestras actuaciones en el presente—, podremos dedicar más atención y dinero a la adquisición de materiales escénicos.

CARVAJAL.— ¿Prefieren ustedes aire libre o local cerrado para las representaciones?

PONS.— Siempre que nos ha sido posible hemos preferido el aire libre, por tres razones fundamentales. Porque el aforo es mayor en las grandes plazas o en los extensos jardines; porque la época de montaje de «Festivales de España» la hacemos coincidir con las de mejores tiempos en cada localidad y porque al aire libre se consiguen marcos—que en teatros cerrados serían imposibles—de un aspecto más popular. Queremos siempre que «Festivales de España» vaya al encuentro del público.

(Una señorita asoma su rostro en el despacho para decir: «Señor Riancho, le llama por el otro teléfono don Cayetano Luca de Tena.» «Dígale que espere un momento.» Manuel Riancho se vuelve a nosotros para, entre sonrisas, aclararnos: «Esta entrevista es una conversación con frenos de teléfono.»)

EL MITO DE LA PEQUEÑA CIUDAD DE LONA

SALCEDO.—Pero en el Norte de España es frecuente que llueva durante la noche.

VALVERDE.—Para evitar este inconveniente dotamos ya a los teatros al aire libre de Santander y Oviedo de sus correspondientes toldos. El de Santander tiene una extensión de dos mil



Manuel Riancho señala los objetivos cubiertos y los inmediatos a cubrir de «Festivales de España»

metros cuadrados de lona y bajo él caben más de seis mil quinientas personas; es otra de las grandes aportaciones que los Festivales deben a Jacobo Roldán.

CARVAJAL.—¿Qué sistema se usa para dejar instalado el monumental techo?

VALVERDE.—El toldo corre sobre unos carriles que tienen sus bases opuestas en las casas de la Plaza Porticada y en una viga maestra aferrada a las espaldas de los graderíos. En extenderlo y recogerlo se invierten treinta y seis segundos.

SALCEDO.— ¿Características del empleado en Oviedo?

VALVERDE.—El de la capital de Asturias es una donación, al igual que los graderíos del teatro, de la Diputación Provincial de Oviedo, y mide más de cuatro mil metros cuadrados.

CARVAJAL.—¿No se nos vaya, señor Valverde! (El arquitecto ya ha emprendido su pequeña retirada.) Esta pregunta que le voy a hacer sólo puede contestarla usted. Háblenos de máximas y mínimas dificultades de montaje.

VALVERDE.—El que más problemas planteó y el que más horas de mi sueño se comió fue el de Sagunto. En el anfiteatro levantino se invirtieron los términos. El público ocupó la escena y los actores trabajaron sobre las caveas que hace bastantes siglos ocuparía un público muy distinto al actual. Los festivales de Sevilla también entrañaron dificultades grandes

por los numerosos escenarios montados. La facilidad estuvo con nosotros cuando llegamos a Valencia para hacer los escenarios en los jardines de los Reales Viveros. Estos jardines son un teatro natural de enorme tradición. Y no me pregunten por tiempo máximo y tiempo mínimo, que ello viene determinado por la escala de dificultades encontradas.

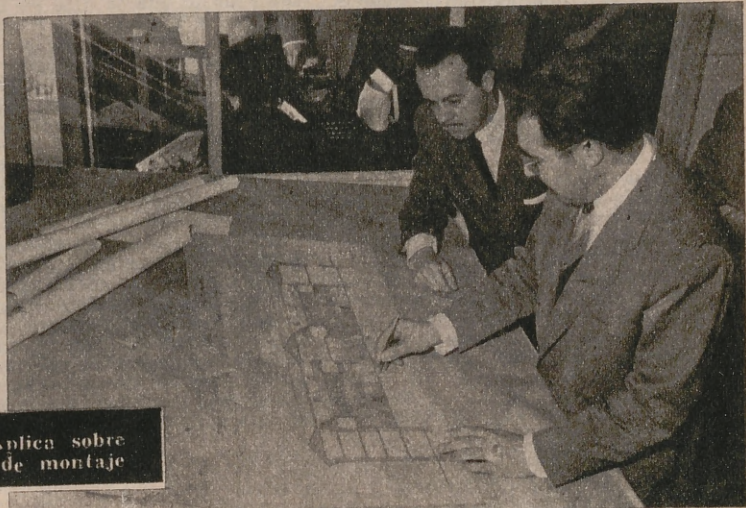
LA ECONOMIA SIEMPRE ES UN PROBLEMA

(De la conversación se ha ido desprendiendo nuestra creencia de que estos «Festivales de España» deben significar millones de pesetas. Y a cada paso nos enteramos que los conceptos presupuestarios no se alteraron. Aquí hay misterio y a descubrirlo vamos.)

SALCEDO.— ¿De qué medios económicos se han servido para hacer realidad los festivales?

PONS.—El aspecto económico entrañó mayores dificultades que ningún otro; pero podemos afirmar que el Ministerio de Información no gastó ni una peseta más de su presupuesto ordinario. Nada de créditos extras. El esfuerzo del Patronato, que preside el Ministro de Información, y de la que es cabeza de trabajo don Florentino Pérez Embid, ha superado las necesidades económicas.

«Festivales de España» tomó el actual presupuesto «en marcha». Este primer año de «arte



El arquitecto Jesús Valverde explica sobre el tablero a Riancho un plan de montaje

que gira» ha sido posible gracias a la generosidad de las distintas Direcciones Generales del Ministerio de Información, que respaldaron plenamente a nuestro llamamiento. Las fórmulas empleadas en casi todas las ocasiones es la misma: el festival se hace posible por estas ayudas de que antes les hablé, por el dinero recaudado en taquilla y por las subvenciones provinciales; bien salidas de las arcas de los Gobiernos Civiles—caso concreto de Santander—, de los Ayuntamientos o de las Diputaciones.

CARVAJAL.—¿Qué beneficios de tipo monetario producen las representaciones?

RIANCHO.—Ninguno. Aquí el negocio está propuesto a los fines culturales. Fácilmente se comprenderá que el negocio casi se olvida si le afirmo que con entradas a cinco y tres pesetas para oír a la Orquesta Nacional, en Sevilla, resulta imposible ganar dinero, y que en Santander, en la temporada anterior, el abono a una localidad de graderío costaba cinco pesetas por función.

CARVAJAL.—¿No existen localidades de mayor precio?

RIANCHO.—Esas no llegan a la cuarta parte del aforo total. La distribución de localidades, en cuanto a precio, con la sola excepción de Sagunto, siempre la hicimos de acuerdo con estas proporciones: dos cuartas partes del total de entradas a precios populares, comprendidos entre las tres y ocho pesetas; otra cuarta porción de billetes intermedios entre las ocho y quince pesetas y el cuarto restante de entradas más caras, que siempre valieron de veinte a veinticinco pesetas. Así que el premio medio de las localidades nunca, menos en Sagunto, superó el precio de diez pesetas.

CARVAJAL.—Si en el futuro

se produjesen beneficios, ¿a qué fin serían destinados?

RIANCHO.—En caso de haber beneficios, cosa que vemos aún como improbable, serían destinados a la adquisición de materiales escénicos. Mire, la Quincena de Teatro de Barcelona fué posible gracias a la cesión gratuita por parte de los teatros nacionales de decorados y vestuarios; cesión hecha por la Dirección General de Cinematografía y Teatro. También tenemos pensado que, en caso de beneficios, en determinadas provincias dejaremos parte de ellos a los Patronatos Provinciales, que ya están funcionando en Asturias y Santander.

Al hablar de Asturias es justo hacer el mejor elogio del Gobernador Civil, señor Labadie Otermin, a quien se debe de modo decisivo el formidable impulso que los Festivales tienen este verano en toda aquella importantísima región.

SALCEDO.—¿Por qué las preferencias del Patronato en materia escénica se inclinaron del lado del teatro clásico?

RIANCHO.—Existe una razón de exclusivo tipo óptico—la grandiosidad de montajes del teatro clásico impresiona de modo más vivo al público—que decidió nuestras preferencias. Para el próximo año, pensamos realizar una campaña divulgadora de teatro moderno nacional y extranjero. Si les puedo afirmar que los mayores éxitos artísticos se los apuntó «Festival de España» con obras de Calderón, Lope, Shakespeare y Sófocles.

SALCEDO.—¿El público está de acuerdo con esas preferencias por lo clásico?

RIANCHO.—Les voy a contar una anécdota ocurrida en Sevilla que les puede dar una idea sobre este punto. Se había montado en el parque de María Luisa

aquella noche «La cena del Rey Baltasar». El público regresaba, y mezclado con él un matrimonio modesto y sus dos hijos. El marido hacía grandes elogios de lo que acababan de ver. La mujer dijo solamente: «Sí, sí, muy bonito; pero nos hemos gastado cuatro duros que sabe Dios si necesitaré mañana.» La respuesta del marido llegó tajante: «¿Y qué son cuatro duros para lo que acabas de oír y ver? ¿Viste algo mejor en tu vida?» El comentario lo dejó a gusto de ustedes y del público que lo lea.

CARVAJAL.—¿Dónde fué mejor acogido «Festivales de España»?

VALVERDE.—(Hacia tiempo que Jesús Valverde no entraba en el despacho. Acaba de cruzar el umbral y es él quien responde.) La acogida por parte del público fué sorprendente. El entusiasmo que en Sevilla despertó el ballet español de Pilar López no lo había visto en ninguna otra parte. Puede decirse que el gran protagonista de estos festivales ha sido el público popular. Y no crea que este público no tiene calibradas sus facultades para distinguir entre lo bien hecho, lo regular y lo malo. En Murcia se sustituyó al protagonista de «Edipo» por otro actor unas horas antes de la representación. Claro está que el hombre dijo sus parlamentos prendidos a la memoria con alfileres y fue precisamente en las localidades populares donde primero captaron los titubeos interpretativos.

SALCEDO.—¿El gran público obliga a la superación de los artistas?

RIANCHO.—(Por fin ha vuelto a hablar con Cayetano Luca de Tena.) Eso no se puede discutir. Pilar López dijo en Sevilla después de su segunda actuación que nunca había trabajado más a gusto, y eso que la enorme ma-

DE LAS PIEDRAS, PAN

EN el discurso de inauguración de las dos nuevas emisoras de Radio Nacional de España, Gabriel Arias Salgado dijo cosas considerables. Arias-Salgado habla muy poco, y no creemos que haya hecho alguna vez un discurso de estos que se denominan de «circunstancias». Pues bien, del discurso de referencia, que tampoco era de «circunstancias», queremos anotar dos ideas que podrían convertirse en dos temas de meditación para numerosos escritores, incluso españoles. En las potencias occidentales, dijo Arias-Salgado, se echa de menos una abierta moral de victoria y una tensión espiritual desbordante y dinámica, por el confusiónismo originado por la compaginación de principios de relativismo con dogmas religiosos, de actitudes materialistas y normas morales, de prácticas indiferenciadas y concepciones idealistas. Otra idea: «Es tal la superioridad positiva y ontológica de la concepción religiosa y política de la que España es adelantada, es de tal magnitud esta superioridad frente a las ideas que han prevalecido en los dos últimos siglos, que es inexplica-

MORAL DE VICTORIA

ble la pérdida de posiciones que tuvo lugar en las luchas pasadas, y son incomprensibles las torpezas que todavía se cometen, cuando desde el campo político se disputa al comunismo la conquista de las conciencias».

Las palabras de Arias-Salgado son como la antítesis de lo que se lee y de lo que se dice en tantas revistas y núcleos intelectuales y políticos, algunos de origen católico o por lo menos cristiano, en Francia, en Italia e incluso en la misma Alemania. He regresado recientemente de un viaje por esos países y tengo la impresión que el slogan de la propaganda comunista para los sectores intelectuales europeos es éste: La revolución comunista está en el sentido de la Historia. O, si se quiere: la revolución comunista es un imperativo histórico que está por encima de nuestra voluntad: se realizará inexorablemente. Esta supuesta fatalidad ejerce una especial fascinación sobre numerosas inteligencias y sobre numerosos grupos juveniles universitarios de tipo confesional y aún adscri-

tos a sectores políticos de la derecha. El slogan que quiere ser objetivo, profundo, filosófico, pero que es tan sólo propaganda, tiene una eficacia extraordinaria. Acaso explique el neutralismo de tantas revistas redactadas por católicos en Francia. Frente a ello, Thierry Maulnier escribía recientemente en «Preuves»: «Nos dicen que debemos separarnos de Estados Unidos, pero ¿cómo no se pide también que la Europa oriental se separe del bloque soviético? ¿Por qué no nos damos cuenta que la escisión entre Europa occidental y los americanos modificaría, de hecho, el equilibrio de las fuerzas actualmente en pugna en beneficio de la U. R. S. S.?»

El neutralismo europeo parece haber olvidado que la victoria del comunismo excluye toda «coexistencia» durable, basada en el respeto mutuo de las instituciones opuestas y dentro de una lealtad verdadera. El neutralismo lo ha olvidado todo, como cegado por el mito del progreso necesario e indefinido y siempre a la izquierda.

sa espectadora la había obligado a un esfuerzo de superación al que no estaba acostumbrada. El artista que participa una vez desea volver a actuar en el mayor número de representaciones. Actores en compañías que no trabajan con nosotros este año nos han llamado para pedir al Ministerio que a la menor oportunidad que tuviésemos los incluyéramos en nuestros programas, dejando incluso su trabajo profesional.

CARVAJAL.—¿Significan estos festivales una vuelta al sentido clásico de las representaciones con todo el pueblo como espectador?

PONS.—En casi todas las ciudades que «Festivales de España» ha visitado se dejó sentada una conciencia de festival. Una conciencia que estimará en el futuro estas representaciones como imprescindibles para la vida de la población.

SALCEDO.—(La entrevista se va haciendo exhaustiva, pero la terna grande de «Festivales de España» parece animarse cada vez más y ante el anuncio de nuevos temas.) ¿Quién plantea mayores problemas, el público o los actuantes?

PONS.—Los espectadores sólo crean problemas con la petición de localidades cuando ya está agotado por completo el aforo. En cuanto a los artistas, hay, por fuerza, que distinguir. Está el caso de Pilar López y su ballet de clásico español, que supieron comprender el auténtico espíritu de los festivales y a él se entregaron con cuerpo y alma. Por el contrario, tenemos el caso de una compañía teatral—¿para qué vamos a citar su nombre?—que ha procurado aprovechar todas las circunstancias imaginables para crearnos problemas. Esta compañía llegó a sustituirnos un primer actor tres horas antes de la representación y a pretender



Exposición íntima en las oficinas centrales de Claudio Coello, número 18, de carteles de festivales

cambiar el programa cada dos por tres.

RIANCHO.— ¿Puede hablarnos del futuro de los «Festivales de España»?

PONS.— (Meditación de este catalán fino y casi deseos de

conciliábulos con sus compañeros. Por fin, la respuesta.) En la estructuración de una secretaría, dentro de la Dirección General de Información, con sus distintos servicios, y en hacer gran propaganda de «Festivales de

Unos amigos míos de Lyon, católicos, pero hasta cierto punto admiradores del comunismo, me decían que, en definitiva, frente al avance social de los comunistas, no podemos oponer nada; que la victoria de un comunismo democratizado, civilizado, educado, cristianizado, así lo calificaban ellos, está inscrito en el porvenir del mundo. Estas ideas constituyen en Europa un tópico, una sencilla vulgaridad. No obstante, sobre esa vulgaridad se levanta la actitud de los que quieren abstenerse prudentemente de luchar contra un comunismo que tiene a su favor, según ellos, el tiempo y el futuro. Sobre esa vulgaridad se justifica la táctica de tratar dulcemente, sin «provocación», a los sectores comunistas. Sobre esa vulgaridad se realizan las maniobras de apaciguamiento al objeto de provocar una revolución o una guerra abierta, ya que mediante el apaciguamiento podremos vivir—creen ellos—en nuestra civilización unos cincuenta años, y mediante una guerra abierta todo terminaría en un período de uno, de dos, o de cinco años. Así se abandona la iniciativa en manos del enemigo, así

se le va cediendo nación tras nación, reducto tras reducto, provincia tras provincia, idea tras idea... Estamos hablando, repito, de una mentalidad muy frecuente en Francia y en Italia. En contraste, leemos en el discurso de Arias-Salgado: «¿Imagináis las dificultades del general de un Ejército que fuera incapaz de otra cosa que de concepciones tácticas, defensivas, frente al general de otro Ejército más débil, pero capaz de conducirlo con arreglo a las leyes de la estrategia y de la táctica ofensiva combinada?»

Los slogans y la propaganda con que el comunismo ha adornado muchos sectores de la inteligencia europea no son cosa nueva. Nosotros pensamos en la propaganda hitleriana cuando hablaba de que el imperialismo alemán, el nazismo, la prepotencia de aquel país y los espacios vitales que exigía, estaban también en el sentido de la Historia. Por este supuesto sentido de la Historia, se entregó Checoslovaquia, Austria y tantos y tantos territorios. La propaganda nazi, tan eficaz como su Ejército, paralizó la capacidad defensiva de Francia

y de otros muchos países. Hemos de reaccionar, como ha dicho Arias-Salgado, contra la moral de la derrota. «Es hora ya de agotar la pugna en el terreno intelectual, como de defenderse en el terreno físico y al igual que la violencia agresiva de la U. R. S. S. y de sus satélites impone o impondrá a los pueblos occidentales la necesidad de la lucha militar, la superioridad de nuestra posición religiosa y moral impone como necesario un replanteamiento ideológico, unitario y decisivo para tener en forma el corazón y la cabeza en los momentos culminantes.»

Creemos realmente que estas palabras constituyen como un imperativo moral para todas las fuerzas de la inteligencia que quieran servir las grandes coordenadas que definen a nuestra civilización y a nuestro ideal cristiano, jamás alcanzado y que, por lo mismo, se manifiesta como una esperanza intacta y nueva en el mundo de hoy.

Claudio COLOMER MARQUES

España» para el extranjero con vista al turismo exterior. Sabemos, porque de ello tenemos pruebas fehacientes, que fuera de nuestras fronteras existe enorme interés por estas manifestaciones artísticas en rotación por todas las tierras de España y queremos aprovechar los motivos turísticos naturales y nuestras representaciones, para de esta forma canalizar una corriente turística hacia las ciudades hispanas en los días que acúe «Festivales de España».

SALCEDO.—¿Se puede pensar o hablar de monopolio por parte de «Festivales de España»?

RIANCHO.—¡De ninguna manera! El Patronato y la Junta funcionan como organismo de emergencia para organizar los festivales de aquellas ciudades que no tienen una institución o compañía comercial encargada de montar estas representaciones populares. Y como prueba de ello les puedo decir que en Oviedo la Semana de Opera se da incluida en nuestro programa aunque organizada por el Ayuntamiento asturiano, como todos los años. «Festivales de España» lo único que hace en este caso concreto de Oviedo es realzar la importancia de la Semana de Opera. Que el Ministerio no es de monopolios lo prueba el hecho de que en Valencia la temporada de ópera fué montada por la Sociedad Filarmónica Valenciana independientemente de nosotros. Además son bastantes las ciudades donde pretendimos incluir en nuestros proyectos y realizaciones a elementos empresarios del teatro y la música. Por distintas circunstancias no pudieron realizarse estas uniones deseadas por nosotros. Este año de 1954, los Festivales se iniciaron en Murcia, para desplazarse luego a los jardines y plazas sevillanas. Más tarde tuvo lugar la decena de arte dramático en Barcelona, para continuar hacia las tierras de Valencia. También acusaron su presencia en otras ciudades, como Cartagena, Tarrasa, Mataró, Reus, etc. Las fiestas jacobinas los recibirán en el Obradoiro y en la plaza de la Quintana. Los cincuenta programas del Festival Internacional de Santander están ya en marcha con pleno éxito, y en ellos tendrán una especial significación los dedicados a la música y al «ballet». Después emprenderán la ruta por Tarragona, La Coruña y Asturias. En esta última región existe un gigantesco plan, que abarcará las zonas rurales y mineras.

(Muchas carreteras de España esperan en este verano el paso de los «Festivales de España». En el piso de Claudio Coello se ultiman los precisos detalles de la próxima ruta. Allí dejamos a esta terna de hombres que sobre planos y mapas van recorriendo todos los caminos de España. ¡Buen viaje y... mucha suerte!)

LEA Y VEA
TODOS LOS SABADOS
"EL ESPAÑOL"

NOTAS Y APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

EL GOBIERNO DE LOS TRISTES DESTINOS

ALLENDESALAZAR O LA TRANQUILIDAD

HUNDIMIENTO DE LA COMANDANCIA MILITAR DE MELILLA

EL GENERAL FERNANDEZ SILVESTRE EN VALLADOLID

AQUEL COMANDANTE QUE FUE UNA TARDE DE VERANO A PALACIO

Por Francisco CASARES

DESPUES del asesinato de don Eduardo Dato, el Rey encargó de formar Gobierno al señor Maura, que, una vez más, era la sugestión, el hombre providencial de cuya capacidad y prestigio se esperaba la solución para todos los problemas. Pero Maura no halló las facilidades que creyera indispensables. El Monarca pensó, tras de las consultas con los jefes de los distintos equipos políticos, que el Gobierno de la Nación debía seguir por algún tiempo en manos de los conservadores. Y fué don Manuel Allendesalazar el designado para presidir el Ministerio que sucedía al presidido por el infortunado jefe del partido liberalconservador. El señor Allendesalazar, hombre ya entrado en años, de figura voluminosa y una barba picuda, como era entonces casi obligada para los hombres respetables, era senador. Su característica fué siempre la de una modestia que le mantenía en segundos planos. No hubiera pensado seguramente en la posibilidad de ser Presidente del Consejo de Ministros. Y hubo de serlo en las circunstancias más trágicas y difíciles. Los que vivimos de cerca, como testigos y como informadores, aquel período de la vida española podemos afirmar que, si los ha habido agitados y llenos de intenso dramatismo, aquél tuvo la tónica del desventurado destino. La catástrofe de Annual, uno de los episodios culminantes del primer cuarto de siglo en la Historia de nuestro país, se produjo en ese período de gobierno del señor Allendesalazar.

Este era un hombre de positivo prestigio en el mundo de las finanzas, en la política y en su carrera: ingeniero civil. Profundamente católico, salía todas las mañanas de su domicilio para comulgar en una iglesia cercana. Vivía don Manuel en la Carrera de San Jerónimo, en el 34, casa de su propiedad, que fué recientemente derribada para construir en el mismo lugar el edificio del Banco Exterior de España. Recuerdo, como si la estuviera viendo ahora, la residencia del que inesperadamente fué primer Ministro español. Estaba en el piso principal de esa casa y, sin ser



Don Manuel Allendesalazar

una vivienda suntuosa, podía considerarse elegante. Había un ascensor que funcionaba por procedimiento hidráulico, con un cilindro metálico del espesor de un buen tronco de árbol que lo empujaba hacia arriba cuando subía y que se sumergía en tierra, haciendo pensar que llegaría a muchos metros más abajo del subsuelo, cuando el armatoste descendía. En esa casa visitamos los informadores a don Manuel más de una vez. Era amable, pausado en el hablar. Se formó una reputación de hombre sereno, al que no le importaban las acometidas de los enemigos ni le preocupaban demasiado los conflictos, porque ponía por encima de todo la idea del cumplimiento de su deber. Esto se vió de manera clara —que llegó a ser pintoresca— en los debates legislativos que hubo de librar su Gobierno para aprobar la ley de Presupuestos. El sistema parlamentario daba lugar a que las enmiendas se multiplicasen. Cada artículo y cada capítulo de la ley económica costaba varios días. Las intervenciones se hacían deliberadamente largas. Se trataba de la



El agreste paisaje marroquí, escenario de una dura guerra

famosa táctica de la obstrucción. El Presidente abandonaba el Congreso o salía del Senado después de una de esas sesiones farragosas, interminables, en las que apenas se conseguía un pequeño avance de la discusión planteada. Y decía:

—Se han metido violentamente conmigo. Me han dicho cosas feroces. Ha faltado poco para el insulto personal. Pero se ha aprobado un nuevo capítulo del Presupuesto. En siendo de Zaragoza...

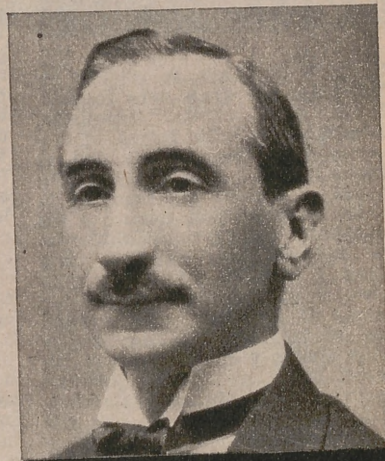
Esa tranquilidad, que lindaba con el estoicismo, irritaba a las oposiciones, que en los discursos, en los respectivos salones de sesiones, en los comentarios en los pasillos y en las naturales proyecciones sobre la Prensa dedicaban al Presidente los ataques y hasta los dísticos más agrios y más duros. El señor Allendesalazar no se daba por enterado.

En esa casa de la Carrera de San Jerónimo, donde vivió hasta su fallecimiento, se instaló después el Hogar Vasco. Había por la parte de detrás un amplio frontón, y allí se jugaban partidos de pelota muy interesantes. En el piso tercero se montaron las oficinas de la Unión Económica Nacional, centro de estudios y entidad de defensa de las grandes organizaciones bancarias, económicas y financieras, como los ferrocarriles—todavía no nacionalizados en la Red Nacional Española—, los navieros, cementistas, industrias eléctricas y otras. Presidía esta organización don Ramón Bergé, ilustre hombre de negocios, que era consejero-delegado de la Constructora Naval y había sido muchos años consignatario de la casa Ibarra. Bergé era una personalidad de gran prestigio, y por su talento y ecuanimidad significaba el más eficaz aglutinante de todos los elementos patronales de la alta industria y de la Banca española. Dentro de esa organización se creó un gabinete de estudios que, probablemente, ha sido el de más altura que ha habido en España hasta que, después del Movimien-

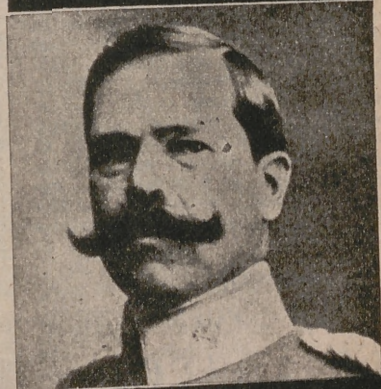
to, se instauró el Instituto de Estudios Políticos, que ocupa la sede del antiguo Senado y el Consejo Nacional de Economía. Estaba al frente de esa sección don Mariano Marfil, el redactor-jefe de «La Epoca», al que ya he aludido más de una vez en estos apuntes para mis Memorias, y al que tendré que referirme en otras ocasiones. Y bajo su experta dirección publicábase una revista mensual titulada «Economía Española», cuyos números eran verdaderos libros, espléndidos ensayos de temas de economía y finanzas. El año 1933, cuando, por razones de que ya he hecho mención en otro capítulo, dejó Marfil «La Epoca», y yo me consideré en la obligación de seguirle, me llevó a la Unión Económica Nacional, dándome trabajo y un sueldo que sustituía con amplitud el que recibía como redactor en el diario conservador. Recuerdo que muchas tardes acudía a nuestras oficinas de la Carrera de San Jerónimo el general don Emilio Mola, que había sido director de Seguridad cuando Marfil fué Subsecretario de Gobernación en el último Gobierno de la Monarquía. Desde entonces, el glorioso general y mi jefe y padrino hicieron una gran amistad. Estaban compenetrados. Mola, al que la República persiguió sañudamente, andaba en mala situación económica. Y en aquella organización se le protegió, haciéndole colaborador de la revista. Publicó varios artículos. Se le daba una cantidad mensual que compensaba la reducción de sus emolumentos castrenses impuesta por el rencor de los republicanos.

ACTOS SOLEMNES EN VALLADOLID.—ALLÍ VI POR ÚLTIMA VEZ AL GENERAL FERNÁNDEZ SILVESTRE

Retrocedo en mis evocaciones al año 1921, en que se perfiló el



Vizconde de Eza, Ministro de la Guerra



Don Manuel Fernández Silvestre

signo de la desgracia para España, y concretamente para el Gobierno que la regia en esa infortunada etapa. Era yo todavía redactor palatino de «La Epoca».



El general Martínez Anido

El día 3 de mayo se celebró en Valladolid un gran acto militar. Y fui a la capital castellana, acompañando a los Reyes, el Gobierno y su séquito. El convoy especial llegó a la ciudad del Pisuerga a eso de las tres de la tarde. La población tributó a los Soberanos un gran recibimiento. Yo tomaba nerviosamente mis notas y, todavía aquella misma tarde, a última hora, pude telefonar al periódico, que publicó una información detallada de los actos civiles y castrenses que tuvieron lugar en aquella jornada histórica en la ciudad castellana. Histórica he dicho, y no sólo por la grandiosidad de las ceremonias y la importancia simbólica de los actos. Es que, después, andando el tiempo, se hubo de hablar mucho de lo que ese día pudo significar para el curso de la Historia de nuestra Patria. Los Reyes, desde la estación, se trasladaron a la catedral, donde se cantó un solemne teócum. Desde allí, a Capitanía General. Desde el balcón presenciaron el desfile de las fuerzas que habían rendido honores y cubierto la carrera. Inmediatamente se procedió a la colocación de la prime-

ra piedra de la nueva Academia de Caballería. Se hizo con el símbolo y rito que se estilaban para estos casos, y le bendijo el arzobispo. Seguidamente, otra primera piedra: la del edificio de la Asociación de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles Españoles. En este acto, el Ministro de la Guerra, vizconde de Eza, pronunció un discurso. A continuación hubo una recepción muy brillante en el Ayuntamiento. Recuerdo que desde uno de los despachos de la Casa Consistorial dicté mi crónica. Y también me acuerdo perfectamente de la figura estilizada y de noble empaque de don Federico Santander, uno de los más populares Alcaldes que ha tenido la capital vallisoletana, y que fué asesinado por los rojos al comienzo del Movimiento en Madrid.

EN VISPERAS DE LA CATASTROFE

Y al día siguiente, en el Campo Grande, se celebró la ceremonia militar, que era el número más relevante, de más trascendencia, de la regia visita. Se entregó por la Reina un nuevo estandarte a la Academia de Caballería, y fué investida del cargo honorífico de Coronel del Regimiento de su nombre. Y ahora voy a decir por qué a la jornada de Valladolid se le dió después carácter de histórica. Había acudido a presenciar los actos el general Fernández Silvestre, comandante general de Melilla, que pertenecía al Arma de Caballería. Estaba accidentalmente en Madrid y fué invitado a los actos de Valladolid. Se dijo, no sé con qué fundamento, que en la ciudad castellana conversaron, privada y largamente, el general y el Monarca. Esto puede y debió ser cierto. Nada más lógico. Si las noticias de Marruecos eran ya inquietantes, si había proyectadas unas operaciones y el general ostentaba el puesto de segundo jefe militar en la Zona del Protectorado, parece natural que informase al Rey y que cambiase con él impresiones acerca de la situación y de las perspectivas. De eso a la afirmación calumniosa que se lanzó más tarde, y que fué base de apasionadas y sectarias campañas, en el sentido de que el Rey conoció con todo detalle los planes del general, que hubrían de concluir con el hundimiento de la Comandancia, hay un abismo. Comoquiera que fuese, en las exigencias de responsabilidades, en los comentarios posteriores, en los debates parlamentarios, no faltaron insidiosas insinuaciones que aprovechaban la tremenda desgracia nacional para acentuar los ataques contra la institución monárquica y su personal encarnación.

Volvimos a Madrid. «La Epoca» publicó una nueva reseña circunstancial de los actos y ceremonias de Valladolid, y al día siguiente se imponían al general Fernández Silvestre, en el negociado de Marruecos del Ministerio de la Guerra, las insignias de la Gran Cruz del Mérito Naval, que recientemente le había sido concedida. Por la noche salió para Melilla. Ya no había de volver. Poco después se producía la catástrofe. Y en ella, el ilustre soldado perdió la vida.

BARCELONA. — ATENTADOS.—ACTITUD INDEPENDIENTE DE MARTINEZ ANIDO

Entre tanto, en las Cámaras no nos faltaba quehacer a los informadores políticos. El ambiente se hacía cada vez más denso. Los debates resultaban en cada jornada que transcurría más encendidos y apasionados. Una de las causas de desazón, y que al Gobierno preocupaban fundamentalmente, era la situación en Barcelona, donde el terrorismo campaba por sus respetos. Todos los días, atentados de carácter social. La sangre corría por las calles. El general Martínez Anido, Gobernador Civil a la sazón, corría con mano dura y gran energía aquellos crímenes y procuraba imponer la autoridad para evitarlos o sancionarlos. Pero no era suficiente. Por otra parte, el general había adoptado una actitud de franca rebeldía, llegando a afirmar que no tenía nada que ver con el Gobierno, que apenas mantenía diálogo con el Presidente y el Ministro de la Gobernación, y que se proponía seguir actuando por su cuenta, sin más norma que la de su concepto del deber. En Barcelona continuaban los atentados, y como algunos de los elementos que combatían al Gobernador Civil le acusaban de ejercer una represión exagerada y sangrienta—además de inútil, según su enjuiciamiento, ya que no evitaba los crímenes sociales—, los patronos y los elementos de orden de la Ciudad Condal organizaron y rindieron al general Martínez Anido un grandioso homenaje que, en cierto modo, era también una réplica, un envuelto ataque al Gobierno del señor Allendesalazar. En el Gobierno Civil de Barcelona se reunieron las representaciones de entidades patronales y económicas, en número superior a doscientas personas. El presidente de la Sociedad Fomento del Trabajo Nacional, señor Cussó, pronunció un discurso expresando la adhesión al Gobernador. En sus palabras hubo esta afirmación: «Necesitamos la permanencia de V. E. en Barcelona y estamos dispuestos, por cuantos medios podamos disponer, a que no deje el mando de esta provincia.»

MELQUIADES ALVAREZ, EN PALACIO

La situación política seguía difícil. Sólo la estoica serenidad del señor Allendesalazar era capaz de aguantar aquello. Todos los días, a la puerta de Palacio, nos acercábamos al Presidente los informadores palatinos. Le hacíamos numerosas preguntas. Le sacábamos a relucir los temas del día. Insinuábamos las posibilidades de una inmediata crisis. El Jefe del Gobierno se sonreía, un poco metafístico, y tomaba su coche, sin dar nunca una respuesta concreta a las preguntas de los periodistas. En ese arte de la evasión, de la contestación que no dice nada, de la diplomacia para tratar con los reporteros, el político conservador llegó a verdaderas filigranas. Los liberales, entretanto, como siempre, desunidos, sin llegar a entenderse, ha-

LEA USTED LOS
POEMAS DE

DORA VARONA

(cubana)

EN EL NUMERO 30 DE

POESIA ESPAÑOLA



El general Fernández Silvestre al llegar a Madrid el 11 de diciembre de 1911

cían inauditos esfuerzos para agruparse y dar a su unión un sentido de eficacia y disciplina. Una tarde, en la que me hallaba solo en Palacio, vi llegar a don Melquiades Alvarez. Pensé en una visita al Monarca, de esas que, fuera de protocolo, se hacían en casos extraordinarios, generalmente a última hora de la tarde. Pero no era visita. Acudía el jefe reformista a firmar en uno de los álbumes de Mayordomía, porque era el cumpleaños del Rey. Yo di la noticia a «La Epoca» y mi jefe, don Mariano Marfil, debió considerarla interesante, porque al día siguiente le dedicó un comentario.

La sucesión de atentados en la Ciudad Condal, la actitud de independencia del general Martínez Anido, que repetía a diario: «Obraré con arreglo a mi criterio»; la subida de las subsistencias, como se llamaba entonces a la carestía de la vida; la inquietud determinada por noticias nada tranquilizadoras de Marruecos, el tono cada vez más apasionado de los debates parlamentarios y la inestabilidad de un equipo ministerial que se había formado en circunstancias críticas, pero que no respondía a la voluntad homogénea y disciplinada de un partido, eran las características de aquella etapa.

El verano avanzaba. Antes de la iniciación de la jornada en Santander y San Sebastián, tuvieron lugar en Burgos los actos conmemorativos del centenario de la catedral y el traslado de los restos del Cid, que quedaron depositados en el crucero del templo.

¡AQUEL COMANDANTE DE ESTADO MAYOR!

Regresamos a Madrid el Ministro de Instrucción Pública, don

Francisco Aparicio, ciervista—era burgalés y charlé con él para una entrevista en su casa del Espolón—; el séquito, y los periodistas. Y unas horas más tarde, apenas llegados a la Corte, se recibieron las primeras noticias de la que se llamó «Catástrofe de Annual» o «Hundimiento de la Comandancia General de Melilla». No voy, naturalmente, a incluir en estas notas de evocación mías, personales, una descripción de las noticias que llegaron, de la emoción del país, de los acuerdos ministeriales y de la repercusión del tremendo y trágico suceso en las Cortes, en la Prensa y en el pueblo. Eso es cosa de la Historia. Sólo me interesa dejar constancia de lo que vi o viví de cerca. El 23, por la tarde, como tantos días, habíamos «montado nuestra guardia», en noble competición, Eladio Portasany y yo. Y estábamos, como de costumbre, en el patio central del Alcázar, charlando, en espera de lo que pudiera «llegar». Y llegó un jefe del Ejército, que atravesó raudo el patio y pasó a las habitaciones del duque de Génova, donde se hallaba el Monarca. Un criado de Palacio nos había informado confidencialmente: «Espera Su Majestad a un comandante que viene de Africa. Debe llegar de un momento a otro. Han avisado que aterrizó en un aeroplano en Cuatro Vientos.» En efecto: el comandante se dirigió a la residencia estival del Rey, que había llegado aquella misma mañana de San Sebastián, pasó inmediatamente a ver a Su Majestad y permaneció con él por espacio de una hora larga. Dudamos mucho mi compañero y yo sobre la pertinencia de acercarnos al que suponíamos portador de sensacionales noticias. Los rumores que ya corrían de modo

insistente por Madrid sobre sucesos muy graves en nuestra Zona de Protectorado, concretamente en Melilla, y la llegada del Rey precipitadamente desde el Norte, eran suficientes motivos para que dedujéramos que la visita de aquel jefe de Estado Mayor, que llegaba desde Africa en avión, y al que recibía Don Alfonso inmediatamente, tenía más trascendencia que la de una audiencia regia cualquiera. Nos acercamos. Cortés, pero seco, nos contestó el comandante que no podía decirnos nada. Y se fué. Entonces, su nombre apenas significaba gran cosa en la vida nacional. Hoy, pasados treinta y tres años, es de interés recordarlo, porque se trata de personalidad que ha ocupado puestos preeminentes, políticos y castrenses, y que goza de un gran prestigio. Aquel comandante de Estado Mayor era don Juan Beigbeder. ¿Qué noticias llevó al Soberano? Sin duda, una referencia directa y algún mensaje del Alto Comisario, general Berenguer, para Su Majestad.

A partir de ese día, todo el interés quedó concentrado en la catástrofe. El Ministro de la Guerra, a la sazón el vizconde de Eza, daba consternado las noticias y las impresiones—que no podían ser más graves—a la Prensa. El vizconde de Eza, hombre de estudios sociales, abogado ilustre terrateniente muy rico, con aficiones técnicoagrarias, era el político más indicado para el Ministerio de la Guerra? Eso, la Historia lo juzgará. En cierto modo lo juzgó ya, en vida del ilustre prócer, que puso en la función su mejor voluntad, su patriotismo, su buen deseo. Pero que no era un militar conocedor de problemas de orden bélico y estratégico. Era un político y, más que eso, un sociólogo.

CUBA, LA LA MILLONARIA



Las noches, a las nueve en punto, desde el castillo del Morro se tira un cañonazo, como aquellos que se disparaban en tiempos coloniales para anunciar que se cerraba el puerto

«Me gusta por la mañana, después del café bebido, pasearme por La Habana»

EL PARAISO DE LOS FUMADORES

YA NADIE SABE CANTAR HABANERO

“A LA HABANA ME VOY, TE LO VENGO A DECIR”

EN La Habana hay que levantarse muy de mañanita. A las seis, poco más o menos, las calles que rodean al hotel Plaza, donde me hospedo, tienen el mismo aire que las calles céntricas de Madrid a la una y media de la tarde. La habitación que cupo en este hotel da a la calle de Lusarrate, sin moverme de la cama puedo ver el pintoresco rascacielos Bacardí, y a la hora de la siesta («Cuba, the land of fiesta and siesta», rezan los lemas de las guías del turismo, norteamericamizando una vieja sentencia colonial española), a la hora de la siesta puedo ver también docenas de ventanas y balcones poblados de mecedoras, donde gruesas haba-neras dormitan sin dejar de hacerse aire con el paypay. Las «guaguas» (autobuses) transitan sin cesar, y yo tengo que levantarme porque ya no hay quien pegue ojo. Me doy la primera de las diez duchas que cada día he de soltarme, me visto lo más fresco que puedo y bajo al ancho vestíbulo del hotel. Son las siete de la mañana, y los enormes ventiladores que refrigeran las dos filas de mecedoras (sus hélices son como las de pequeños aviones), me hacen creer que los 80° Fahrenheit, con su 75 por ciento de humedad, no son tan bravos... En el vestíbulo del hotel hay cinco o seis personas sentadas: un señor con aires de película del Oeste (camisa de colorines y sombrero blanco de anchisimas alas), una mulata que ya pasó de los treinta, dos jovencitas que sonrien sin cesar, otra señora, ya vieja y con los brazos como odres desinflados, y la chica que atiende al estanco, lugar éste que no falta en ningún establecimiento público de La Habana, y en el cual, además de las infinitas variedades de tabacos, se venden las impresionables maracas («Souvenir de Cuba»), perfumes, cestas de pal-

ma, cinturones y bolsos de piel de cocodrilo, abanicos, y qué se yo la de cosas más.

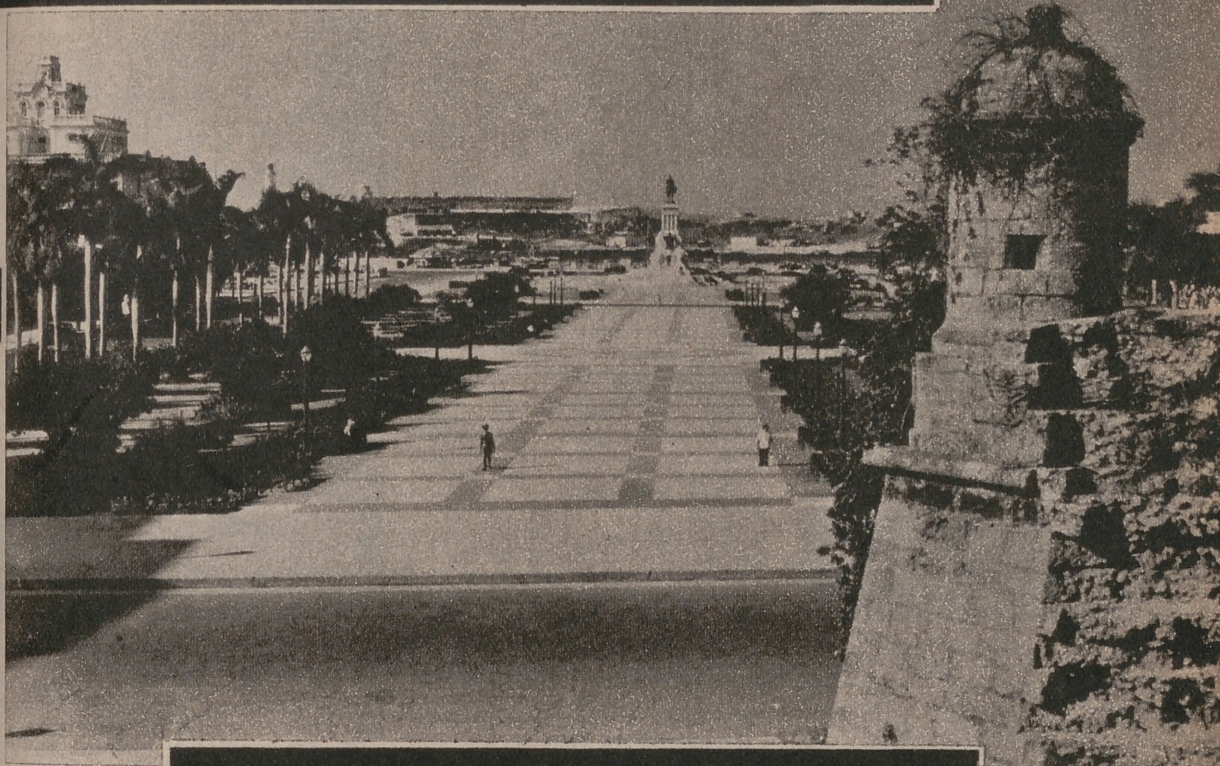
En la puerta del hotel hay un negazo muy simpático vendiendo periódicos y revistas: «El Diario de la Marina» (cuyo edificio visitamos los otros días, acompañados de su director José Ignacio Rivero, y en el cual se han hecho recientemente mejoras por valor de \$2.000.000), «Mañana», que dirige el magnífico José López Bilaboy, uno de los hombres más inteligentes que cuenta la Cuba del Mayor General Fulgencio Batista y Zaldívar; «Life», «Carteles», «Bohemia»... (Por cierto que hojeando esta revista pude comprobar hasta qué punto quienes la dirigen ignoran las palabras de José Martí, escritas en bronce en la fachada del «Diario de la Marina»: «La Prensa no es aprobación bondadosa o ira insultante; es proposición, estudio, examen y consejo»).

APRENDA USTED A DESAYUNAR, CABALLERO

Frente al hotel, haciendo también esquina a Parque Central, hermosísima plaza donde están el Centro Gallego y el Centro Asturiano, está el famoso restaurante Oriental, especializado en «Chop Suey», al que vamos a desayunar. Son las siete y cuarto de la mañana, y ya co-



En el lugar donde se alza este templo dijo la primera misa



La magnífica avenida de las Misiones, en La Habana

mienza la calle a parecerse más y más al aliento de una vaca. El tráfico es incesante, y en las aceras, los negros extienden ante el viandante los carteles con los números de la lotería que venden: cada semana se juegan en La Habana \$175.000, y riase usted de los madrileños en esto de ser aficionados a la lotería. La camisa (una transparente «Premier», de nylon) se me pega al cuerpo. Pero en el Oriental hay ventiladores. Este comedor está servido por chinitos de cara de palo. Hay jóvenes yanquis sentadas en las mesas, tomando huevos con butifarras y jugo de tomates. Me siento, pido media toronja, una tortilla de apio, dulce de guayabas y café.

«MARIA DE LA O» EN LA CATEDRAL DE LA HABANA

Después del desayuno echamos a andar por una serie de calles de La Habana vieja, y ba-

jando por una muy larga que llaman Empedrada, la cual está interrumpida por una plazuela con aires de solar en obras, en la que don Miguel de Cervantes, en blanquísimo mármol, se tuesta al sol, llegamos ante la maravillosa catedral de La Habana, consagrada a San Cristóbal, de airosa fachada barroca: aun se llama Catedral Colombine, debido a que, durante muchos años, albergó los supuestos restos mortales del Almirante de Castilla. Esta plaza tiene vastos edificios de nobles arcadas, palacios que en la época dorada de la colonia fueron mansiones señoriales de los condes de Casa Bayona, marqueses de Arcos y de Aguas Claras, y de otras linajudas familias españolas afincadas en Ultramar. Hoy, en uno de estos palacios está el restaurante París, y en otro hay un comercio de recuerdos haba-neros.

Entramos en la catedral a oír misa. En aquel momento cantaban el Himno Eucarístico. Nosotros pasamos a una capilla que hay a mano derecha entrando: los latines tenían acento antillano. No había mucha gente en la catedral, y la poca que había era en su ma-

yor parte, zagalas y viejas mulatas. Mientras el sacerdote rezaba su misa, de un patio vecino llegaba una voz fresca y juvenil que cantaba una canción que yo oí en mi pueblo siendo niño:

Maria de la O, que desgraciata tú eres teniéndolo tó...

EL PARAISO DE LOS FUMADORES: CINCUENTA Y OCHO MILLONES DE LIBRAS DE TABACO, QUE IMPORTAN \$37.000.000

Cuando salimos de la catedral volvimos a Parque Central. Grupos de jovencitas tocadas con gorritos casi castrenses nos hicieron comprar por \$0,10 «El Mensajero de los Postreiros Días», órgano oficial del Bando Evangélico Gedeón. Ya se pueda suponer cómo reaccionamos nosotros, aunque eso sí, muy respetuosamente. Como sucede siempre en La Habana, aquellas lindas evangelistas vendían su publicación en español y en inglés: «The Last Days Messenger!»...

No más llegar a La Habana, uno se da cuenta de que aquí la gente fuma a todo drapo; la Isla es, desde luego, la primera consumidora de tabaco. Un amigo nos lleva a la casa Montecristo. Vemos los grandes almacenes, en los que los fardos de hoja envueltos en yagua (palma) se alinean interminablemente. Esta casa hace los famosos «María Guerrero», y el gerente nos cuenta que ello se debe a que siendo el antiguo dueño de la casa, Pepín Rodríguez, muy amigo y admirador de

La Habana se asoma al mar desde su Malecón, como una novia que envía y espera buenas noticias de España



Escena del carnaval en las calles de La Habana



La catedral de La Habana dice en Perla de las Antillas que los españoles anduvieron por el mundo mirando al cielo

doña María Guerrero, puso a unas vitolas el nombre de la famosa actriz. En las largas naves hay cientos de mulatos y mulatas «torciendo» tabaco, esto es, haciendo cigarrillos puros. En mitad de la nave hay una especie de púlpito, desde el cual un viejo lee folletines y periódicos a los operarios y éstos, al final de la jornada le pagan. Ni la radio ni nada ha podido desterrar esta vieja costumbre del lector. En esta casa se hacen también los «Romeo y Julieta», desde 1870. Los tabacos se dividen, por categorías, en alta regalía, media regalía, e inferior regalía. Un buen operario se «tuerce» en la jornada cien cigarrillos. La vitola «Montecristo» exporta 1.710.000 cigarrillos. La exportación cubana es de 43.798.000 cigarrillos, y en la Isla se consumen 350.000.000... Los fabricantes compran la hoja a los vegueros para elaborarla después. La vega más fina es, sin duda, la de Vuelta Abajo. Esta industria, la tabaquera, es la segunda de Cuba. Hay en la Isla 27 grandes fábricas y muchas pequeñas, y las fincas tabaqueras son 5.404, con 42.957 hectáreas de cultivo. La producción normal anual es de 58 millones de libras, unos 410.000 tercios, lo cual representa un valor de \$37.000.000, correspondiendo a la exportación \$29.000.000. Según nos dicen, los consumidores principales, después de Cuba, son los Estados Unidos, Inglaterra, Argentina, Alemania, España y Francia.

Las zonas tabaqueras principales están en Vuelta Abajo y Semivuelta, en Pinar del Río; Vuelta Arriba y Remedios en Las Villas, y algunas zonas de la provincia de Oriente. Y, sin duda, el tabaco de Vuelta Abajo es el mejor del mundo. Por cierto que ha sucedido con el tabaco lo que con la propia América: que ésta lleva el nombre de un Américo que no la descubrió, y el tabaco aparece científicamente apadrinado por Juan Nicot, embajador francés en Lisboa, por cuyo apellido, muchísimo tiempo después que Rodrigo de Xerez lo descubriera,

la maravillosa hierba aparece bautizada en botánica como «Nicotiana tabacum», y todo porque el tal Juan Nicot llevó a María de Médicis un poco de rape para su mal de narices.

ENCUENTRO CON EL DOCTOR MACREY PIONERO DE LOS BUSCADORES DE NAFTA

Cuando regreso al hotel me doy cuenta de que sudo como una vulgar estrella del Shanghai. Una duchita, y al vestibulo rápidamente, bajo los ventiladores, cuyo zumbido se me antoja dulce como el de un enjambre de turpiales. En uno de los sillones que hay junto a las ventanas que dan frente a la Manzana de Gómez (laberinto de comercios de tejidos y de calzados), veo al señor aquel que estaba allí cuando yo salí de mañana, con su aire de película del Oeste. Me aproximé a él y entablamos conversación. Se llama el doctor Macrey, hijo de irlandés y de catalana, hermano de un almirante de los Estados Unidos y padre de dos oficiales del Ejército norteamericano. Tiene planta de hidalgo buscador de oro. El doctor Macrey es nada, menos que el pionero de los buscadores de nafta en Cuba. Es un señor de más de setenta años, fuerte como un roble y de bondadosa sonrisa. Allá por el año 1913 estuvo en España buscando, y sin encontrar, petróleo en tierras de Burgos, formando parte de una Sociedad de capital hispanoamericano. Actualmente el doctor Macrey busca nafta (gasolina natural) en Motembo y en Jatibonico, allá en la provincia de Santa Clara. Hasta ahora se han extraído más de 120 millones de galones, pero esta producción no cubre las necesidades de la República: cuando se producían 12 millones de galones al año se consumían 130 millones importados. El doctor Macrey ha viajado por todo el mundo, buscándole al suelo su riqueza. Ha fundido veinte veces su fortuna, y otras tantas veces se hizo rico. Cuba, que se vino teniendo por un país únicamente agrícola, tiene en la actualidad 4.091 concesiones mineras, a lo largo de 809.000 hectáreas. De la Isla se extrae cobre, hierro, manganeso, cromo, tungsteno, oro, asfalto, mármol y petróleo. La exportación se eleva a 512.125 toneladas, por valor de \$5.000.000, y las inversiones norteamericanas suponen \$50.000.000. «Potencialmente, amigo—termina diciéndome el doctor Macrey—, éste es uno de los países mineros más importantes de América, y esto, como en el caso de la nafta, constituye algo que, dadas las condiciones generales de la Isla, yo llamo un disparate geológico, pues nadie creería que aquí hay nafta, y de la mejor...»

«CAFE, CAFE», PERO SOBRE TODO: CAFE CON MUCHA AZUCAR

Hay en casi todas las calles de La Habana, y más aún en la parte vieja, unos cafetines de «tres kilos», o sea: de a tres centavos la tacita. Los negros y los mulatos que ofrecen en mitad de la calle su «serenata cubana»



Tras la verja de estirpe española puede verse al vendedor de frutos ofreciendo su sabrosísima y típica mercancía...

(con guitarra española y maracas caribes), piden siempre «tres kilos» para café. Es para lo único que se emplea la palabra «kilo», pues aquí todo se pesa y se mide de espaldas al sistema métrico. En estos cafetines sirven unas tacitas minúsculas, y la gente, que debe estar más acostumbrada a tomar café que en Madrid, pongo por caso, se echa muchísima azúcar en la taza. Cuando yo argumenté que en España los «entendidos» pretenden que el buen café se toma con poca azúcar, el dueño del cafetín se me quedó mirando como a un lunático. Señores: en La Habana he descubierto que el café es una hierba aromática; sí, la «coffea arabica», el café, café, en fin, se parece al que nos sirven en Madrid tanto como una ostra a un caballo. En Cuba hay 6.600 caballerías de excelentísima tierra (unas 89.000 hectáreas) produciendo café, distribuidas principalmente en Oriente, Trinidad y Pinar del Río. Existen unos 12.000 cosecheros, y el promedio de cosecha anual es de 750.000 quintales, que suponen \$13.000.000... ¡Oh, cafés de Palma Soriano, Guantánamo, Las Villas, Cienfuegos y Candelaria...! Saboreando este néctar (al cual lo genealogiza la leyenda poniendo contentas hasta la cabriola a las ovejas de cierto derviche en Etiopía), bebiendo las tacitas que nos sirve este locuaz mulato de Parque Central, no tengo por menos que perdonar el disparate histórico de ciertos versos que leí hace ya muchos años en un «Blanco y Negro»:

Colón a América fué
lleno de ardorosa fe
no a conquistar tierra y gente:
¡Fué a América solamente
a conquistar el café!

GENTES DE COLOR, PERO SIN PROBLEMAS RACIALES

No es posible dar un paso en La Habana sin encontrar gentes de color, y cuanto más negros



Se puede ir un grupo de turistas al Morro sin que la típica serenata cubana los preceda: mulatos, guitarra andaluza, «maracas» con el ritmo dentro y canciones suaves...

son, más amigos son de lucir prendas blancas, zapatos blancos, enormes sombreros blancos. Por las aceras porcheadas de la ciudad antigua se ven negros limpiabotas, arrodillados ante un descomunal sillón con apariencias de trono. Gran parte de los conductores de automóviles («carros») y «máquinas» suelen ser negros o mulatos. Es gente sencilla y servicial, pero a la que debe regatearse el precio que fijan por cualquier cosa. Como en La Habana no tienen los taxis contador,

si uno no se anda listo, le cobran un peso donde sólo debieran cobrar cuarenta centavos. No creo que aquí exista problema racial. Todo el mundo se habla con camaradería, se tutea. También puede observarse que se está verificando un fenómeno de absorción racial, que da lugar a un tipo especial de cubano, sin el pelo crespo y anillado, fuerte y musculoso, y, sobre todo, en las mujeres, muy bello. He aquí la distribución de la población en los últimos cuatro censos:

	BLANCOS		NEGROS	
	Núm.	%	Núm.	%
1943	3.553.312	7 4.4	1.225.271	25.6
1931	2.883.238	7 2.8	1.079.106	27.2
1919	2.104.193	7 2.8	784.811	27.2
1907	1.440.013	7 0.3	608.967	29.7

Ritmo de aumento de la población por razas:

	BLANCOS		NEGROS	
	Núm.	% aumt.	Núm.	% aumt.
1943	670.074	2 3.2	146.165	13.5
1931	779.042	3 7.0	294.295	37.3
1919	664.183	4 6.1	169.844	27.8
1907	372.659	3 4.9	103.524	20.4

No sé cuánta gente de color habrá en La Habana (1.544.000 habitantes), pero debe ser mucha. Pululan por las calles. Hay barrios en que la mayoría de ellos es «plastante». Organizan bailes y reuniones exclusivamente de color. No creo que ya existan en Cuba aquellas sectas secretas, náufigas, tan cacareadas por los folkloristas, y si existen, sin duda que ya no tendrán aquel carácter sanguinario que les atribuían los viajeros de hace cincuenta años. Creo que en Cuba, las oportunidades de promoción social son por igual del blanco, del mulato y del negro, y he tenido la satisfacción de conocer a más de un mulato ocupando importantísimos puestos, con una capacidad cultural y una sensibilidad que para sí qui-

sieran muchos hombres de pelo rubio y ojos azules.

RELAJO Y RELAJITO

Un relajito, en La Habana, es lo que en España se llama una juerga. Aquí hemos tenido ocasión de curiosear el relajito en varios sitios: en Tropicana, por ejemplo, considerado el cabaret más lujoso del mundo; en Montmartre, donde una botella de whisky, un «White Sabel Scotch», costó casi ochenta dólares, y en cuyo amable «show» vimos a Elpidio y Margot, los reyes del danzón cubano; en Charley Ling, y en Bambú Club, y en Río Rita,

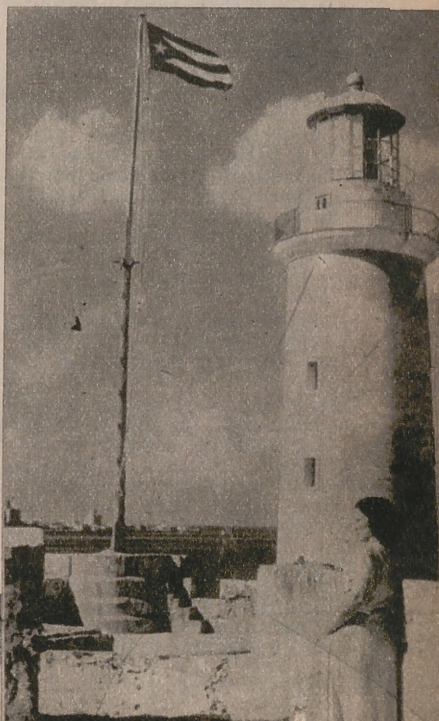
La bandera cubana acariciada por la brisa marinera

en la sugerente carretera de Guanabo, y... en muchos sitios más. Pero fué en el Shanghai donde nos quedamos estupefactos, entre negros y mulatos que se carcajeaban y fumaban enormes veleros, entre chinos impasibles con pómulos que hablaban de la perseguida «marihuana».

Hay que refrescar en La Reguladora, teniendo como generoso anfitrión a Félix Menéndez, un asturiano estupendo que entre otras cosas es dueño de la casa Upman, la más importante fábrica de cigarros que hay en Cuba, es decir, en el mundo. Félix Menéndez nos obsesquió con whisky escocés y con unos maravillosos «daiquiris», especie de néctar tropical. Y hay que refrescar en Floridita, tomando el «mango» puesto entre hielo picado, o en Bahía, allá en el puerto, saboreando el cangrejo y el coco...

*Yo no tumbo caña,
que la tumba el viento,
que la tumba Lola
con su movimiento...*

Si, eso de tumbar caña no debe ser muy agradable. En automóvil me ha llevado hasta Mairal este excelente cubano que se llama Tulio Díaz Rivera, al que conocí en Madrid, en el despacho de don Luis Jordana de Pozas, con motivo de un entrañable Congreso Hispanoamericano de Cooperación Social. No he visto nunca una carretera como esta que lleva de La Habana a Pinar del Río, pasando por la alegre Guanajay y por el magnífico rancho de San Francisco, de noble casona colonial. Esta carretera es como la de un paraíso, Cruzando este hermosísimo valle, este palmeral de ensueño, uno entiende que Colón no exageró nada al decir que esta es la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto. El automóvil se desliza a cien por hora. Quedan atrás zonas de cultivo, pastos asombrosos, bohíos escondidos entre la manigua, cañaverales de cuatro metros de altura. He estado en el puerto de Mairal, y he visto el monumento a Maceo a orillas del mar. He estado en un





o de los buzones de Correos en La Habana: «Correspondencia interior y península»

gigantesco ingenio azucarero, y aunque ya pasó la zafra, he podido ver hacer la dulcísima miel de caña. Con lo que un peón gana durante la zafra—recolección de la caña y fabricación del azúcar—, puede vivir durante todo el año. La caña es la vida de Cuba. El 30 por 100 del territorio nacional está dedicado al cultivo de la caña, y él supone el 81 por 100 de la exportación de la Isla, y el 75 por 100 del transporte por ferrocarril, empleándose anualmente en estas faenas más de 500.000 trabajadores. El azúcar supone en Cuba el 40 por 100 de la renta nacional, y el 92 por 100 de los ingresos nacionales. Me dicen en este ingenio que el capital invertido es de \$1.050.000.000, distribuido en la siguiente forma: norteamericano, \$695.000.000; cubano, \$403.000.000; español, \$50.000.000, y francés, \$2.000.000. Y fueron los españoles, naturalmente, los que introdujeron este cultivo en la Isla, y tan pronto, que ya en 1515 llegó a la Metrópoli el primer cargamento de azúcar americano. Yo me he metido entre la caña y el calor es tremendo; se explica uno que los peones, después de los noventa días que dura la zafra, se tumben a la bartola y no den golpe. Ganan bastante plata para hacerlo y, además, este trabajo agota. No es de extrañar, pues, que el lírico mulato de las canciones prefiera que sean el viento y Lola los que tumben la caña.

CAPITULO EN EL QUE CONOCEMOS A UN MECENAS FABULOSO

Una noche, después de andar correteando por la calle de Monte, hoy Máximo Gómez, frente al Capitolio, llegamos al hotel a darnos la consabida ducha antes de cenar. En el vestíbulo nos presentaron a un señor de unos cincuenta y tantos años, de mirada inteligente y bondadosa. Nada había en él, a primera vista, de extraordinario. Este señor nos invitó a cenar en Floridita. Allí nos presentó a algunos amigos suyos:

al señor Hermosilla, llamado «el Marqués», que por cierto tiene una hermana que es famosa modista madrileña; a un señor montañés apellidado Del Río; a un célebre tirador llamado Cuervo... Cenamos como emperadores romanos. Nuestro anfitrión, con tono reposado, nos habló de Santayana, cuyos libros se sabe de memoria. Y nos habló de pintura, demostrando ser un experto en ella. ¿Quién era este hombre amable, de modales puritanos y constante sonrisa? No lo sabíamos. Supimos, eso sí, que era generoso con sus invitados y que el «maitre» de Floridita le llamaba respetuosamente don Jesús. Nada más. Don Jesús, vestido muy sencillamente, sin darle importancia a la cosa, nos preguntó que qué tal andábamos de fondos... «Bueno, habrá que arreglar eso», dijo como para sí. Después de cenar salimos a pasear por aquel barrio (¡oh, amables calles de Lusarrate y del Egido, transitadas amicalmente con el Mecenas!), y al pasar frente a la iglesia del Cristo, don Jesús nos invitó a entrar. En un edificio contiguo a la iglesia hay unas escuelas nocturnas, en una de cuyas aulas había un grupo de niñas cantando bajo la dirección de su profesora. En honor nuestro, aquellas niñas cantaron un pasodoble español. El locuaz Martínez, director de la revista «Ella», empezó a aclararnos el misterio: don Jesús costaba casi enteramente aquellas escuelas; los últimos materiales que allí veíamos los había donado él. Y también enviaba de vez en cuando un cheque de treinta mil dólares a las Hermanitas de los Pobres... «Es que sor Rafaela tiene mucho poder, es muy brava. ¿saben?», nos dijo don Jesús como excusándose por lo que hacía. Y el habladorísimo y buenísimo Martínez nos dijo confidencialmente que a don Jesús no le gustaba que supiesen lo que hacía. Salimos de allí boquiabiertos. Más tarde se nos unió un gran periodista cubano, José Montoto, de eterna sonrisa tras sus lentes

ahumados. El nos enteró más aún de quién era don Jesús. Y resultó que don Jesús había dado unos cuantos miles de dólares en premios para la II Bienal de La Habana. Paseamos por la ciudad, y llegamos hasta el palacio de Bellas Artes, inaugurado dos días antes. «¿Creer ustedes que se venden estas obras?», nos dijo don Jesús ante las esculturas de José Clará. «Me gustaría que se quedaran aquí, en La Habana, para que la gente las viera.» Yo llevaba una camisa de nylon marca «Premier», y don Jesús me dijo que era calurosa, y que ya nos daría otras más frescas. Nosotros seguíamos viendo visiones. «No se amontone, amiguito, me dijo Montoto: Jesús hace esto con todos los españoles que le caen bien.» Y Montoto nos fué contando una serie de cosas de don Jesús, que no dudamos en calificar de extraordinarias. Cuando acabamos de pasear, don Jesús nos llevó hasta el hotel. «¿Tienen algo que hacer mañana domingo?», nos dijo. Y quedamos en que él nos recogería a las ocho en punto de la mañana. Cuando nos quedamos solos dimos rienda suelta a nuestro asombro. Hablábamos en voz alta, y el chico que había en la contaduría del hotel, nos dijo con una especial sonrisa: «¡Ah, sí..., don Jesús. ¿Y quién no le está agradecido por aquí?»

SANTA MARIA DEL MAR, UN LUGAR QUE HARA FAMOSO AL SOL

Serían las siete de la mañana cuando sonó el timbre de mi teléfono. «Soy yo», dijo la voz de don Jesús. Me vestí rápidamente. Bajamos al vestíbulo, y allí nos esperaban don Jesús y Montoto. Salimos, desayunamos en un cafetín que hay próximo a la calle del Egido, y luego nos montamos en uno de los «carros» de don Jesús. Fuimos hasta unos enormes almacenes, aunque era domingo, allí había personal esperando a don Jesús. Entramos, y aquel personal estaba a las órdenes de nuestro Mecenas. «Sí, esto es mío», dijo distraidamente don Jesús mientras entraba en un despacho. «Tomen, para que se lleven un recuerdo del centenario de José Martí, para que sus mujeres se hagan una pulsera», y nos dió unas monedas de oro... Y un sobre cerrado... Y un fardo de camisas de hilo y de nylon, y bañadores, y corbatas, y guayaberas de finísimo hilo, y blusas, y... ¿cuántas cosas más, oh, amigo nuestro de unas horas y para siempre? Nosotros estábamos perplejos, sin saber qué hacer ni qué decir. Los dependientes nos miraban sonrientes, acostumbrados a tales acciones del jefe... ¡Estaba resultando que las marcas «Premier», «Packard», «Fancy Club» y cien más eran de don Jesús! ¡Pues qué, ¿es éste el tipo de millonario que cacarean las películas? ¿Un hombre sencillo, amante de las bellas artes y de la filosofía de Santayana, que vivía solitario, entre libros, cuadros y periódicos, repartiendo pesos a cada mulatito que se le acercara, costando escuelas y sanatorios, y todo con un aire de modestia que... ¿Pero...? Salimos en automóvil, nos paramos en algún lugar a comprar agua mineral, y conti-



Soportales del Ayuntamiento de La Habana. Este tipo de construcción de la ciudad vieja preserva del sol y de la lluvia. Las avenidas modernas carecen de las ventajitas que brinda la ciudad colonial



Una belleza cubana

nuamos en dirección a Guanabacoa, hermosísima tierra de palmeras y bohíos, lleno su cielo del vuelo majestuoso del «aura tifoosa», una rapaz que protege el Estado, porque limpia los campos de carroña.

Lector, si no has estado en Santa María del Mar, di que no has visto lo que más puede parecerse al bíblico paraíso. Santa María del Mar es una playa maravillosa, y no la habrá mejor en el litoral de su vecina Miami. En Santa María del Mar («Un lugar que hará famoso al sol», según reza el slogan turístico), don Jesús tiene una casita incomparable. allí nos equipamos de playa, gracias a los generosos armarios del dueño de la casa, el cual, no contento con la que ya había hecho, cuando acabamos de bañarnos nos dió unos maletines estu- pendos, para que metiéramos en ellos todo el vestuario de baño que nos había regalado. Entonces, como antes, nos dimos cuenta de que a don Jesús le molestaban las muestras de agradecimiento. Disfrutamos en Santa María del Mar la que llamamos «la mejor mañana de nuestra vida». Montoto, como un delfín de arena, se bañó también. Luego tuvimos de todo, pues una gigantesca neveta que había en la cocina resultó ser el cuerno de la abundancia. Cuando volvíamos a La Habana, al pasar entre los palmerales, Montoto nos recitó de nuevo aquello de

*Guanabacoa la bella,
con sus murallas de guano:
hoy se retira un cubano
por que el hambre lo atropella...*

Si, Guanabacoa la bella y Santa María del Mar la bellísima... Siempre recordaremos aquella luminosa mañana, y nunca olvidaremos al fabuloso señor que en



Las playas de La Habana harán famoso al sol...

Cuba da las más altas lecciones de hidalguía española, nacido en Viveros, en la Galicia de nuestro señor Santiago: nuestro amigo Jesús, uno de los más entrañables representantes de España en Cuba. Porque has de saber, lector, que nosotros no fuimos un caso excepcional: con cuantos hablamos de nuestro inteligente y enigmático amigo, nos contaron cosas como las que yo acabo de contar... ¡Oh, amables horas de tertulia con el amigo Jesús, en su casita de Lusarrate o en Bahía, frente al hermosísimo puerto de La Habana, mientras el trasatlántico «Reina del Pacífico» multiplica sus luces en las quietas aguas del mar... ¡Oh, tipos que sólo da España...! Permítame tu modestia, amigo Jesús, que yo te saludé con las palabras de Horacio:

«¡Oh, Pernas... atavis edite regibus...»

Más cosas contaré otro día. Mientras tanto, señor director de EL ESPAÑOL, tengo el sentimiento de comunicarle, para que usted lo haga saber a don Alber-

to Puig Paláu, que ya en La Habana nadie sabe cantar habaneras. Pero yo, que como todo español, y más siendo del Sur, las oí cantar a mi madre, en el vestíbulo del hotel Plaza, ante un grupo que me escuchaba muy atento, canté una noche un sin fin de habaneras, habaneras que sabían a piano burgués y a novia del novecientos, entre las cuales no pude olvidar aquélla con la cual, un amante se queja a su amada de no poder estar tan lejos del amor suyo y que se dispone a cruzar el mar de nuevo... Y ahora, a muchos miles de millas náuticas del hotel Plaza, uno entiende que no era tan cursi aquel capitán de nuestra Marina mercante que cantaba:

*Quando salgo de La Habana
con el rumbo a Tenerife,
quisiera que en un esquife
me siguiera una cubana...*

(De nuestro enviado especial a La Habana, ANTONIO MANUEL CAMPOY, exclusivo para EL ESPAÑOL.)



LA HUIDA

NOVELA

Por Alfonso **ALBALA**

«Borrador para la carta que tengo que me lo parecerá muchas veces, porque también ahora soy incapaz de creer que esta carta la vas a recibir tú, y que la leerás con tus propios ojos. Yo creo que mi gozo de hoy es esta tranquila y confiada esperanza de que ha de llegar a tus manos...»

QJERIDO hijo: No puedes imaginar cuánto he deseado este momento, ni la necesidad de él que tengo, ni tampoco el temor que esto me produce, y el miedo que me da escribirte, Pepe Luis. Tú pensarás que si fui capaz de escaparme de casa... Ya voy logrando alguna indiferencia, ante el bochorno continuo en que vivo. Tú debes creer, porque eso sé que se dice de mí, que yo soy una vulgar..., y esto de escribirte ahora, y comunicarme contigo, obedece a un plan de futuro armisticio, por fracaso o cansancio en lo vivido. Yo sólo quisiera ser capaz de aguantar escribiendo aquí, tiempo y tiempo, hasta contártelo todo. Esto de tener resuelto ya tanto, y tranquila la conciencia, en lo esencial por lo menos, me hace vivir y sentirme en un abandono que tiene su poco de gozoso. De lo que me da miedo es, creo yo, de escribirte a ti, de tenerte que contar todo esto, pidiéndote algo de perdón, también...

No sé; pero tengo miedo, hijo mío. Me da miedo que tengas el carácter de papá y perderte también a ti, para siempre acaso, ahora que, desde hace algún tiempo a esta parte, parece que estoy encontrándote, como descubriéndote, hijo mío. No sé, no sé. Porque, fíjate que ahora estoy hasta contenta, y si no fuera por el mucho sufrir que tengo encima, yo creo que me gustaría ésta como picardía de darte una sorpresa al recibir tú mi carta sin conocer yo tus señas. Las tengo aquí, en una nota que ya he copiado hasta tres veces, digo yo que por si se me perdían, y con una letra primorosa, sobre todo tu nombre, porque en los apellidos ya me turbaba un poco. Las tres veces me ocurrió lo mismo.

Tengo como alegría de estar escribiéndote. Yo creo que, más que por escribirte, será por haberme decidido a ello, a escribir, mi chico. ¿Verdad que te extraña el que te llame así? ¡Hijo de mi vida!... Mentira me parece decir esto yo, y que me salga con un escozor de gozo y hasta de alegría. Esto es lo que se me hace extraño: hoy; esta alegría en medio de tanta aspereza como he sufrido y he de sufrir todavía, que bien lo merezco. ¡Qué doloroso ha sido todo, y más para mí, que soy una mujer cobarde y tímida y, además, totalmente incapaz de tomar una decisión como aquella de irme de casa. ¡Qué cosas!... Hoy sigue pareciéndome mentira, y

Yo creo que este episodio es el que más parte de culpa lleva consigo, en lo de mi escapada. Fué aquí donde la calumnia hizo lo suyo. Para mí, lo fué todo Ramona. Cuando aquel comportamiento que tuvo contigo, poco antes de marcharte al colegio, yo misma me extrañé de decirlo todo lo que la dije, y de aquella manera que lo hice. A partir de entonces estuvo conmigo hasta zalamera, de extremosa, sobre todo en un achuchón más de nervios que tuve poco antes de salir de casa. Fué ella quien me habló de un sobrino suyo, que estaba abriéndose mucho campo en el pueblo, y con él se presentó un día en mi cuarto, sin decirlo nada yo. A mí nunca me han visto médicos; pero ya creo que, de haber sido hombre, me hubiera gustado mucho eso de ir de consulta y cuidarse bien. Quitá fué por esto por lo que sentí tanta y tan viva curiosidad por los libros de tu abuelo, que leí todos, uno a uno. Al sobrino de Ramona le llamó mucho la atención el ser yo así. Por lo visto él te conoce: estaba interno en el hospital cuando tú empezaste la carrera. Fué el que te buscó pensión, por encargo de Ramona, cuando papá tuvo aquellas cartas con el padre Leonardo. Sí; Rafael es como se llama: Don Rafael, que le dicen allá. El caso es que conmigo no se portó mal.

Yo debo ser una mujer rara, y acaso se deba

a esto la poca afición que tu padre me tuvo siempre. Yo creo que he tratado pocos hombres en mi vida: mi padre, el tuyo, Rafael... Debí ser muy torpe siempre, y ridícula. Con decirte que, después de años de casada, todavía era incapaz de llamar a papá de tú; te darás cuenta de mi caso. Eso de haber sido la hija de su mayordomo pesa mucho. Claro que tu padre tuvo siempre para mí algo que no sé explicarme bien; pero lo siento vivamente y no puedo remediar el que se me acorche un poco la voz ante él.

Con el sobrino de Ramona me ocurrió todo lo contrario. Mi vida ha sido una soledad y un aislamiento continuo y permanente: en lo afectivo y en lo físico. Bien es verdad que yo soy un poco anormal, porque lo afectivo, en mí es también orgánico.

Yo no lo sé bien; pero sí que aquellos días últimos que pasé en casa fueron algo que no puedo decirte, José Luis. Hundida en la lona de la hamaca, doliéndome el cuerpo todo—la espalda y la nuca, mucho—, abanicándome, aplanadísima, con una congoja que apenas si me dejaba respirar y un ansia de ponerme a llorar un poco escandalosamente.

Rafael me atendió mucho y bien, con una discreta delicadeza que me agradó, ya te digo, mucho. Fué un día con otro, haciendo mi historia clínica, cogiendo hilos sueltos y atando cabos, y el pobre hombre se enamoró de mí perdidamente, según me dijo en la última visita que me hizo estando yo presente, como enferma. Yo le oía hablar, con estupor en los ojos y en el abanico, desde la hamaca. Se levantó un poco afectado, viniéndose hacia mí, y me levanté yo dignamente y, además, herida por aquello. No sé cómo podría llegar yo a ser capaz de presentar batalla, o mostrarme, al menos, ofendida. Sí que había hecho amistad con Rafael, y le estimaba, y me había servido para mucho desahogo, con lo de tratar mi caso y demás.

Pero no creas que me mantuve así mucho tiempo. Confieso, pobre de mí, que nada más ponerme de pie con aquel garbo y venirse todo abajo, con el abanico, y echarme a temblar, fué todo uno. Rafael, entonces, se sentó; pero yo no pude más y el pánico me sacó, atropelladamente, del despacho. Al abrir la puerta tropecé con Ramona, que curioseaba por el ojo de la cerradura.

Lo de Ramona no me gustó nada y temí mucho. Estuve unos días con una zozobra grande, como esperando algo siniestro sobre mí. Lo primero que se me ocurrió fué decirselo a tu padre, y se lo dije al día siguiente. Entré en su cuarto, a la hora de siesta. Estaba sentado en la cama, cuando entré, y me miró extrañado, colgándole un calcetín en la mano. Al verme allí, en su pieza íntima, sentí una leve, una amorosa necesidad de ponerme a esperar algo de ternura, una caricia, de él... Yo creo que fué por esto por lo que empecé a dar tanta importancia a lo ocurrido.

Tu padre, puestas las manos en las rodillas, se miraba los pies desnudos, y cuando yo callaba, porque me daba mucha pena que me hiciera tan poco caso, él decía: «Qué más, venga, venga; qué más...»

Cuando terminé me preguntó, displicente, si eso era todo. Menos mal que dije que sí antes de empezar a llorar, porque él, tumbándose en la cama, se limitó a decir: «Pues con procurar que ese prójimo no vuelva a pisar aquí, está todo arreglado». Ya ves.

Yo se lo dije así a Ramona; pero al día siguiente vino ella, con una carta del sobrino, dirigida a mí. Si tu padre me hubiera hecho caso el día anterior, a él se la hubiera dado directamente; pero ya no me atreví. Abrí la carta y la leí, llorando mucho y tendido. Me pedía perdón, acusándose y justificándose con una delicadeza que me entusiasmó, Pepe Luis. Había en toda la carta un tono recio, muy varonil, como de una gran seguridad sobre sí mismo—sobre el médico, claro—, que arrastra mucho, y aquello, al menos para mí, suponía una fuerza y una protección que daban ganas irresistibles de sentirse descansada sobre ellas y protegida. Luego planteaba mi caso clínico: Por lo visto estaba en esa zona nerviosa de lo maniaco depresivo, y me era necesario decidir por mi cuenta si papá no me hacía caso, y no tenía más medicación que la de marcharme fuera una temporada y descansar de todo ello, y en cuanto a lo otro me recomendaba que hablara con un sacerdote verificado, que él no sabía qué decirme.

«Lo otro» es algo, mi José Luis, que me cuesta mucho decirte y no sé si seré capaz, a pesar de que es por esto por lo que te escribo, porque hoy

quien más me interesa eres tú. Es de justicia satisfacerte a ti el primero, hijo mío.

La carta de Rafael me dejó un desasosiego tremendo—yo no sé por qué será así—, y empezó a darme miedo, un miedo profundo y sobrecogedor, absoluto, que seré siempre incapaz de razonar. Imagina cómo me quedaría cuando tu padre llegó a cenar. Empezó por llegar puntual, sin borrasca, porque ya sabes que el pobre papá llegaba bien bebido todas las noches. Se sentó a la mesa y se puso a comer. Observé, miedosa también, que comía con apetito; pero el pan, no; se limitaba a mordisquearle, como pensativo. De pronto llamó a Ramona, y Ramona acudió: «Mira—le dijo tu padre ofensivo—, vas a decir a tu sobrinito Rafa que tenga cuidado con no sobrepasarse ni un tanto así, que yo le doy el escopetazo. Estoy harto de todos vosotros, y tengo derecho hasta a pedirnos cuenta del aire que respiráis, porque os habéis pasado la vida robándome y medrando a costa mía. ¿Has oído? Pues te aseguro que le doy un tiro...»

Ramona no dijo nada. Yo sentí mucha piedad hacia papá, en aquel momento, y cariño: me hubiera gustado quedarme recostada sobre sus brazos y consolarle algo. Fíjate que aquel mismo día la calumnia era ya del dominio público.

Pero, en cuanto a mí, tu padre no me dijo nada: salió del comedor y volvió a darme miedo, aquel miedo, este miedo mío de siempre que me anula tanto. Me hubiera quedado toda la noche sentada en la misma silla, en el comedor. ¿Desconfiaría tu padre de mí? ¿Intentaría ponerme a prueba? ¿Querría decirme algo?...

Ya te digo que no sé cómo escapé de casa; sólo sé que fué al día siguiente de esto que te cuento. No recuerdo qué hice aquella noche. No veo más que a Ramona entrando en mi cuarto, con aire de misterio y afilida, para decirme. «Señora, mi sobrino Rafael se marcha mañana». No sé por qué dije yo, porque creo que sí, que lo dije: «La que se marcha mañana soy yo», el caso es que Ramona vino con una maleta y quiso prepararme ropa. Yo la interrumpí, y la dije que me dejara descansar, que yo no saldría de casa nunca sin permiso de mi marido. ¿Por qué diría yo aquello? Yo he sido siempre un poco fantástica, y me gustaba lo sugestivo,



desde mi hamaca o mi butacón de invierno, en el de pacho, donde tanto y tanto he leído.

Me pasé la noche dando vueltas a lo del viaje, obsesionada con lo de salir a algún sitio: v. y a ver a José Luis—pensaba—y a consultar con un buen psiquiatra, que a lo mejor él puede resolverse también «lo otro». Al pensar en ti, hijo mío del alma, me dió miedo del viaje; pero yo estaba ya obsesionada, posesa, con la idea, y se lo dije a tu padre al día siguiente, sin saber aún cómo fui capaz. Lo diría como pensando en voz alta. Yo no sé. Pero fíjate que tu padre me dió permiso, y además de buenas maneras. Era, aquel día, el primero de ferias. A él debió gustarle que fuera a verte, precisamente porque andabas de exámenes entonces, y eran las ferias.

Tu padre no me dijo nada más que esto: «¿Qué dinero tienes?» «Tengo dos mil», le contesté. «Toma», y me dió tres mil que tenía en la blusa y se marchó al rodeo. A la tarde, a primera hora, llegó un vaquero a casa, de prisa y corriendo, en un caballo sudoroso, y me trajo, de parte del señor, treinta mil pesetas. Esta es la hora que no comprendo aquel gesto. En seguida pensé que lo que quería era que tardara en regresar, y que era también la prueba de que no me quería, etc., etc.

Así me marché, José Luis, bien sabe Dios que con ánimo de regresar. Pero yo soy una mujer enferma y terriblemente miedosa.

Como para ir a verte hay que subir antes a Madrid, pensé quedarme allí unos días para lo del psiquiatra. Saqué segunda, y, ya con el billete en la mano, empecé a darme miedo y sentirme muy triste; pero me entretuvo lo del andén, aunque bien me cuidaba de no ser indiscreta mirando y mirando. Al entrar en el departamento me acordé de ti de pronto, porque iba allí un sacerdote. Al verle, y pensar si sería versado aquel padre, por lo que Rafael me aconsejó, empecé a ponerme azorada, y me sentí más extraña todavía. Empezaba a darme como una vergüenza inconfesable de ir allí. Ahora recuerdo que, no obstante aquello, de buena gana me hubiera asomado a la ventanilla, de vez en cuando. No sé por qué me haría notar la falta de papá lo que te digo de la ventanilla, pero echarle de menos y sentirme rebelde, furiosa, contra él, fué todo uno. Esto era algo nuevo en mí, porque lo sentía sin miedo alguno.

Así fué como empecé a pensar, más que en quedarme en no volver a casa. Pero lo pensaba como un soñar despierta, porque quedarme para siempre no podía, de no ponerme a servir. Fui rato dándole vueltas a todo aquello hasta que caí en mi aplazamiento característico. No podía dormir y empecé a sentir calor, aunque había mediado ya la tarde. El tren es algo tristísimo. Fíjate que me puse a llorar de pronto, sin saber por qué: pero a llorar de una manera aparatosa, Pepe Luis.

En el departamento, además del sacerdote, había un señor mayor que fué dormido siempre, hasta que yo me puse a llorar, como te digo. Pero fué el sacerdote quien me preguntó qué me pasaba, y más cosas. Hasta que pude decir algo, lloré mucho. El señor que iba allí mismo, enfrente de mí, al lado de la puerta, se salió cuando el sacerdote se puso a hablarme. Yo, tonta de mí, obsesionada con lo mío, le pregunté en cuanto pude, como a quema ropa, si era él un sacerdote versado.

Y vaya que sí lo es. El fué quien me sacó de apuros, y a él debo hasta la nota de tus señas, Pepe Luis. Yo, del todo, no le dije lo de mi escapada, porque si me manda volver, como soy una mujer sin criterio, no sé qué hubiera sido de mí. Llegó a aterrarme tanto la idea del regreso, que hubiera sido capaz de todo antes de volver al pueblo. Tu padre me hubiera recibido como siempre, con su vino, un vino que le ponía contra mí a cada sorbo. Y luego Ramona, que notó a mi padre, tu abuelo, como no puedes imaginar, y que yo creo que quiso a tu padre siempre, y que lo quiere de una manera extraña, brutal—Ramona es muy bruta, Pepe Luis—, que yo no sé explicarte y que a lo mejor es imaginación mía, aunque creo que no. Vete a saber, porque yo soy, sin darme cuenta, algo embustera, de lo imaginativa y como novelera que soy. La cabeza no me para y por eso me dolerá tanto, pienso yo.

El sacerdote aquél que te decía me llevó, ya en Madrid, a una residencia, donde aun vivo. La casa es pequeña y maja, con mucho de jardín y terrazas. Por dentro a mí me resulta más bien pequeña. No estamos muchas: unas ocho señoras habrá ahora. Lo más divertido es que la casa la llevan unas monjas que aquí viven y todo, pero que no visten de hábito.

Fué aquí, ya te digo, donde me trajo don Luis, el sacerdote del tren. En esta casa reciben y recogen a señoras que están en condiciones como la mía, poco más o menos, con alguna desgracia, etcétera. Don Luis es un sacerdote incansable, que arrastra mucho, desde el principio, por lo bueno que resulta. Tiene una cosa que llama mucho la atención, y es que no te mira cuando habla, pero, sin embargo, está atendiéndote, diciéndote cosas, vuelto hacia ti, y mirándote a la cara; pero tú tienes la impresión de que, desde luego, no te ve.

La vida que hacemos aquí es una vida intensamente espiritual. Yo dije lo del médico y lo consulté todo bien con don Luis. El dice que lo interesante es que me haga una mujer de oración, que lo demás vendrá como por sobre ruedas, aunque una cosa es religión y otra, muy distinta, enfermedad. Yo no sé decirte como él lo dice.

Al principio esto me dejaba del otro lado. Ahora ya lo voy entendiendo. El insistió siempre en que regresara a casa, con mi marido, como él dice; pero lo supo todo y tuvo que ir al psiquiatra. Estuve yendo a pasar consulta durante bastante. Lo de la historia clínica me costó mucho, Pepe Luis. Las observaciones no tanto, porque veía que me atendían bien. Yo, hijo mío, donde me son cariñosos allí me quedo hasta que me echen.

El médico es un santo. ¡Qué maneras, hijo, y cómo te lo dice todo. Don Luis quiso que yo escribiera a papá, pero el médico—que está totalmente identificado con don Luis—me dijo que no, que no nos convenía ni a papá ni a mí. Fíjate que yo me puse mala otra vez cuando me mandó aquello de volver a casa. Y me lo mandó porque es que yo no tardé mucho en decirle que quería quedarme aquí para siempre.

También aquí he leído mucho, muchísimo, sobre todo al principio, en mi cuarto siempre, porque en la sala de lecturas y en la biblioteca de estas monjas hay un sillón parecido al nuestro de casa.

Ahora ya—debo parecerle rara—quiero volver, ¿sabes?, y te necesito a ti, mi chico, para volverme con tu padre, a quien quiero y querré más. Sí que es cierto (Dios bien lo sabe).

Lo que me pasó con tu padre es distinto de lo que contigo. Bueno, sabrás que don Luis es quien me manda escribirte y quiere que te lo cuente todo, porque tú ya eres bien mayor y dice que tú me comprenderás mejor, y que necesitas más que tu padre, porque él, con que yo haya sido una mujer honrada, y buena, y tú me apoyes, no tardará mucho en pasárselo todo. Y en cuanto a lo del pueblo, don Luis y el médico que me ha tratado pueden llevarme o hacer algo—ya se les ocurrirá a ellos—para que tu padre tenga la satisfacción pública que es debido, por lo que allí se dirá de mí. También me dice que Ramona sería conveniente que no estuviera en casa y que debe verla el párroco, para lo cual él le escribiría. De todos modos parece que no les convence mucho esto. Y dicen que lo mejor sería que nos vengamos todos aquí o a donde tú te coloques y pongas consulta.

A mí ya no me importa que tu padre cambie ni que me trate mal. A mí lo que me importa es la voluntad adorable de Dios sobre mí y en mí, y papá es esto para mí. El misterio del dolor es algo que me enloquece y no me canso de estarle toda embobada considerándolo. Quiero la felicidad, quiero ser muy querida, hijo mío, pero esto es lo que a mí me apetece. También lo quiere el Señor; pero hay una voluntad permisiva, como diría don Luis, que es necesario aceptar con el mismo abandono y la misma generosidad. Aquí es donde empieza eso que te digo que me estremece y me emboba tanto.

Yo quiero a papá y, además, tengo que ser una especie de ángel tutelar suyo. Ya veremos cómo me las apañó ahora. Desde luego me da rabia—a lo mejor esto no está bien—haber perdido tanto tiempo. No creas que la culpa es de papá; es que nos casamos por las buenas, a lo que venga. Es muy triste. Con la grandeza humana y sobrenatural que hay en el matrimonio. He leído mucho sobre esto y me apena que sea tarde. Bendito sea Dios.

Me dijo el médico que mi caso no tiene solución científica. Y él mismo me propuso esta solución. Don Rafael, el sobrino de Ramona, ya ves que vino a decirme poco más o menos. El de Madrid bien me dijo que necesitaba un sacerdote versado para todo; que él sí que me diagnosticaba, pero que en esto, si la cosa no se coge de raíz, es inútil todo empeño; que o cambiaba el

marido o cambiaba la esposa, y el ponerlo todo como Dios manda y cambiar yo era cuestión moral y no médica.

Por lo visto cuando yo me casé—esto sí que es verdad—me limité a obedecer, una vez más, a mi padre. Creo que yo tengo un fondo psicopático indudable y encima me casaron en una edad muy delicada para una chica sin madre, como era yo, y por ello sin iniciación alguna en ningún aspecto. Yo no sabía de la misa a la media; nada de nada. A veces recuerdo con nostalgia y como con pena aquella inocencia mía de entonces. ¡Si vieras la envidia que me daban al principio estas monjas de aquí! Y ahora no creas que las envidiaría menos si no fuera por el apeguillo inútil que supone. Me parece raro estar yo casada.

Ahora a veces me resulta más extraño que cuando me enviaron de Madrid el traje aquel de boda, porque lo que tu padre me dijo en aquella ocasión sí que no tenía nada de raro. No se me olvida: «María, tú te vas a casar conmigo.» Yo no dije nada. Me puse muy colorada, un poco como asustada y me quedé como estaba, de pie, cayéndoseme la cabeza hacia el pecho y con un cenicero en la mano que llevaba a papá. El alargó la mano digo yo que por cogerme el cenicero que le di, pero el cenicero lo dejó en la mesita del comedor y volvió en seguida por mi mano. Yo no supe hacer nada. Me cogió bien la mano y tiró un poquitín de mí... y nada más. Yo observé cómo le temblaba un labio, tanto que me hizo gracia. Aquello no debió gustar a tu padre, porque se apresuró a decirme, yo creo que un poco turbado: «Tú ya no eres una criada; eres mi novia, ¿sabes?», y tienes que llamarme de tú.»

Esto de llamarle de tú me hizo recordar, medrosamente, a mi padre. Me entró un sopor con aquello y una congoja que se me saltaron las lágrimas; yo estaba de pie todavía, con la mano estúpidamente adelantada y abandonada—ni me atrevía ni era capaz de retirarla—sobre la de papá, pero insensible a todo, como una muñeca de trapo.

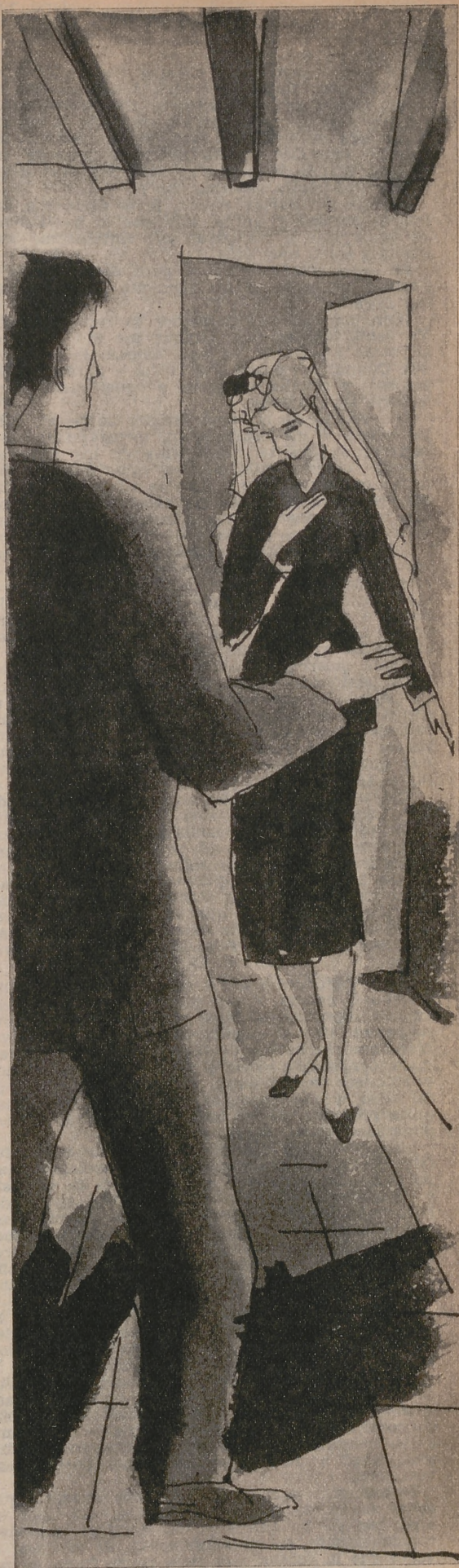
Lo que se dice llorar, no lloré; me caían sólo, lentamente, dos lágrimas, que debieron ser grandes, porque tu padre las vió pronto, y también debió contrariarse con esto. El al verme así se limitó a decir, con mucho aire, «Atiza», y se levantó y salió del comedor.

Hasta el día siguiente, que llegó el vestido—¿quién lo encargaría?—, no soy capaz de recordar bien. Lo del traje sí, porque era negro, de chaqueta, y yo nunca había tenido uno así. Tu padre me preguntó, sosamente, si me gustaba. Si que recuerdo que esta vez supe acogerlo todo con una sonrisa que me dejó muy tranquila, porque tenía siempre un miedo grande a no saber acertar, por los cachetes que mi padre me daba a cuenta de esto. ¡Si vieras las bofetadas que me dió dos días antes de la boda! Después que vi bien visto el traje y me lo puse yo sola en mi cuarto, empezó a darme mucho apuro y a sacarme de quicio todo lo que pensaba y temía y me torturaba. En seguida, sin pensarlo siquiera, caí en la cuenta de que sólo las mujeres que se casan pueden tener hijos, y esto, de pronto, me escalofrió el cuerpo.

A mí siempre me han gustado los niños, hasta vol verme loca besándoles las manecitas y las mejillas; pero créeme, Pepe Luis, que yo no sabía nada más de esto, y me daba miedo y hasta vergüenza pensarlo. Te diría que nunca he sufrido tanto si no hubiera sufrido tantísimo después.

Lo de aquellos días fué de angustia, pero de una angustia que aun me vuelve al recordarlo. Me asomaba tras los cristales del balcón grande a ver pasar mujeres por la calle, y las miraba con una avidez medrosa. No tenía a nadie a mano, y a Ramona sí que no me atreví a preguntárselo, porque me parecía que yo ya no era una mujer honrada o iba a dejar de serlo en sus mismas narices con una frescura de susto.

Pero ¿es posible—pensaba yo—que todas las mujeres casadas pasen tanto apuro y todas quieran casarse? Lo de que hay tantas que mueren al nacer el hijo me parecía tan natural por mi ignorancia que... no sé, hijo mío, no sé lo que pasé aquellos días. Yo soy una mujer enferma y terriblemente medrosa. Fíjate que fui hasta capaz, en mi desesperación, de decirselo a mi padre. ¿Por qué se me ocurriría aquello, Señor? Faltaban dos días para la boda y mi padre me había ordenado aquella tarde que esperara a papá en el comedor, cosiendo. ¡Qué zozobra y cuántas veces me pinché con la aguja! Creo que más que puntadas di.



Sentía todo mi cuerpo allí—yo estaba haciendo pespunte en una sábana—, sentado en la silla. Cuando él llegar a tu padre me estremecí toda. ¿Por qué sentiría tanta vergüenza?

Tu padre llegó como siempre llega a esas horas. Arrastró torpemente una silla baja sin decirme nada y se sentó enfrente. De pronto se puso de pie, más cerca de mí, me cogió de la barbilla y me hizo mirarle a la cara. Volví a sonreír, mirándole azorada, y sentí invadirme toda de una ternura grande, conforme sonreía. Entonces sí que no me importaría casarme con él.

«Nunca me hablas nada», le oí decir con una lengua pastosa y gorda. «Es que lo de llamarle de tú...», dije y me quedé así, sintiéndome muy buena y como muy niña.

En esto entró mi padre para decirnos que el párroco confesaba al día siguiente a aquella misma hora.

¡Con qué doloroso pormenor lo recuerdo todo! Yo tenía mucha paz, aunque me era tremendo el tutear a papá. Y por aquí empezó la cosa otra vez. Cuando me quedé sola volvió a darme aquella zozobra, y aquella angustia, y aquel sudoroso escalofrío en el cuerpo.

Al meterme en la cama aquella noche me dolía la cabeza y me compungían, torturándome, esos temores de que te hablo, tras de los que veía siempre, obsesionante, fatídica, como una traición, la figura de tu padre, y la veía viscosamente, turbia, recordando sobre todo aquel latirle el labio que me dió risa una vez. Menos mal que yo me moriré—pensaba—con lo del hijo.

Este pensamiento me apaciguó un poco; pero volví a las mismas y me entró hasta frío con el miedo que tenía. Debí darme mucha fiebre y me asusté. No sé por qué y tan decidida me levanté a medianoche y me fui al cuarto de mi padre. Llamé a la puerta muy quedo, y me volvía ya cuando apareció mi padre.

«¡Qué quieres, imbécil!» (El, el pobre—Dios le haya perdonado—, sólo quería llamar suyo a lo de papá.) Yo me asusté aún más; la puerta se cerró tras de mí y me quedé frente a mi padre, castañeteándome los dientes. «Padre—le dije—, que yo no sé qué pasa cuando una se casa, ni qué hay que hacer para casarse, ni nada, y a lo mejor el señor, don Enrique...»

Nunca me había dado mi padre una bofetada como aquella. Cuando abrí la puerta me sentía arder toda dentro del camión. Y salí del cuarto con otra bofetada de mi padre encima. Se me quedaron las zapatillas sobre su alfombra y no sé qué sería de ellas, porque no volví a verlas. Recuerdo el alivio que sentía pisando las baldosas, porque yo dormía aún donde la servidumbre: en el segundo piso. Me dormí a fuerza de llorar. Yo soy muy cobarde, Pepe Luis; algo que no está bien.

Desde entonces acá yo creo que no he vuelto a levantar cabeza. Y eso que la confesión fué estupenda, gracias a Dios, porque además estuve luego con él, con el párroco, en su despacho, hablándole mucho. Me lo dijo todo con mucha ternura, con mucho alivio, y lo comprendí muy bien y el miedo se me quitó, aunque yo creo que no del todo, y me encontré más capaz. Sentía un ansia profunda de ser buena, muy buena, sintiéndome acariciada, muy querida.

Lo esperé todo con dulzura. Aquella noche fui feliz. Pensaba muchos proyectos: entretener a papá para que no beñera, hacerle platos de su gusto y obligarle a llevar las camisas como es debido. Pero más intensamente pensaba en estarnos mirando mucho a los ojos y en cogernos las manos con muchísima ternura, y en estar me en sus brazos y qué sé yo. Además me tranquilizó mucho comprobar que el señor cura habló lo suyo con tu padre.

Esto fué la víspera. La ceremonia no te la cuento porque fué tristísima y muy sosa. Lo demás todo fué desolación y tragedia. Dice don Luis que yo tengo una sensibilidad enfermiza y morbosa y que hay que saber tener un poquito de alma gorda en muchas ocasiones, pero en esto él me da la razón. No puedo olvidarlo; lo recuerdo como recién ocurrido, se me repite la escena en la memoria continuamente, a veces con mucha brusquedad e insistencia, como una puerta desventajada.

Pienso que para recordar habrá siempre que echar mano de recuerdos; pero es que esto es algo que yo no quiero y, sin embargo, me vive continuamente en la imaginación. Es tan real a veces que la escena está toda como fuera de mí

y yo la presencia. He tenido muchas veces que cerrar el libro cuando leo—yo estoy siempre leyendo—, porque la veo representarse allí, en las páginas. Lo peor es cuando cierto los ojos para no verlo y se me hace más viva e intensa en lo oscuro.

Yo no sé, yo no me explico por qué papa hizo eso conmigo. Aun le vez venirse hacia mí furiosamente, rabiosamente, desorbitados los ojos... Muchas veces, soñando, he dado el mismo grito de pavor que di entonces. ¡Cómo me quitó el ramo de las manos y lo tiró allí mismo! (Era un ramo como para ponerlo en algún sitio.) Me quitó la chaqueta y la tiró también. Yo no sabía qué hacer, estaba asustada, y no sé si era curiosidad o miedo lo que tenía, que no me dejaba hacer nada. Cuando tu padre me quitó el ramo de desposada me hubiera gustado decirle, con mucha delicadeza y hasta mimo, que era mejor guardarlo. Cuando me quitaba la chaqueta no me pareció mal, pero el tirarla al suelo me dió una rabia que debió notármela bien, porque me apreté en sus brazos y me arañé los espaldas con sus uñas.

Entonces fué cuando grité y corrí hacia la puerta, que en vano intenté abrir. Al verme acorralada sentí una fuerza tremenda y una gran audacia. Hasta que me acometió, defendiéndome, le di rabiosa dos sonoras bofetadas. Desde entonces le llamo de tú y desde entonces también le he odiado, Pepe Luis. ¿Me comprenderás tú, hijo mío?

Lo peor no ha sido el odio, sino la repugnancia que siento hacia el pobre papá. Odio, gracias a Dios, ya no siento. Pero esta repugnancia es como algo orgánico, algo alérgico. El psiquiatra me dijo que toda mi enfermedad nerviosa hay que explicarla como una inconsciente defensa mía para liberarme de la repugnancia que siento hacia mi marido. ¿Te das cuenta, hijo mío, cómo soy yo?

Yo creo que no debía continuar. Se me hace a mí que tienes suficiente ya para entender mi caso y comprenderlo. Mis reacciones han sido siempre las de una mujer cobarde y enferma. Ahora, ya, de aquí en adelante, si todo sale como es debido, no será así. Ya lo verás, chiquito. Tú eres bueno, José Luis; tú tienes que ser bueno y en ti espero mucho, y te necesito para que me ayudes a salir adelante. Comprendo tu situación y bien que la he llorado; pero a mí me parece que puedo, que debo ser perdonada. Es terrible; fíjate que todas mis caídas están siempre allí donde he sentido un apoyo. He sido siempre así, sin darme cuenta, con mi desordenada sed de ser querida, de ser entendida, de qué sé yo... ¡Qué hallazgo lo de Cristo! Ahora sí que no me importa sufrir. Creo yo que es al contrario. Por lo visto, según dice don Luis, lo difícil aquí es la caridad.

Te necesito, hijo mío, para todo esto. Tú no puedes negarme tu apoyo. Esto sí que se lo he pedido a la Señora, y lo espero con una seguridad y una fe tan vivas que sin esto no te hubiera escrito, a pesar de que en lo de escribir no hago más que obedecer simplemente, porque me cuesta su poco de vergüenza, aunque me imagino yo que habrá madres a las que todo se les da bien, que contarán por lo menos a sus hijas todo para que luego no les ocurra, cuando se casen, lo que a mí. Claro que hablarlo con las hijas debe importar menos.

¿Me negarás tu apoyo, José Luis? Yo necesito verte, saberme tu mamá, acariciarte, si no te molesto. Es una impaciencia que me da como fiebre,

y esto no debe estar bien, porque lo tengo todo en manos de Dios, y ya pondrá El las cosas en su punto. A lo mejor me ocurre esto por el miedo que tengo.

Te imagino llegar a verme dispuesto a perdonarme y a ayudarme de veras, y entrar yo en la sala de visitas y abrazarme a ti llorando y estarme mucho rato así, abrazada a ti, llorando, y llorando también tú conmigo. Fíjate qué imaginación tendré y qué preocupada no sere cuando he pensado ya muchas veces ir con cuidado de que no se me olvide cerrar la puerta por dentro por si van a utilizar la sala de visitas estando nosotros allí.

No sé por qué me acordaba ahora de Ramona. Pienso que yo no te he dado buen ejemplo como madre. Esto de «buen ejemplo como madre» no me gusta nada. No me parece propio. ¿Tú concluyes una madre torturada continuamente con la presencia y hasta el recuerdo de un hijo? Lo del hijo (esto quizá no lo comprendas hasta que no seas papá) es un misterio tremendo. Sobre esto yo no sabré procurarte ni un solo atisbo. Tú has sido para mí, hijo mío, el recuerdo, la memoria constante de lo de tu padre. (Lloro al confesártelo y siento mucha congoja). A veces has sido como un poner en presente inmóvil, quieto, todas las escenas de la vida descompuesta que él me hizo participar. No he sabido nunca acariciarte bien, acariciarte del todo, cuando pequeñín, y aquella torpeza se me fué haciendo una pesadilla más de las mías, hasta tener prisa de que fueras mayor porque no necesitaras tanto mis brazos. ¡Pobre hijo! Te quería mucho y hubiera dado la vida entera por ti a cada momento; pero al mismo tiempo había algo en mí hacia ti, mi Pepe Luis, que jamás sabré explicarte bien.

Yo me quedé muy debilitada, y cuando el médico dijo que trajéramos un ama sentí alivio. A veces me daba una pena enorme ver tu boquita mamando en otro pecho. Y créeme que nunca me faltó la ternura que dan los hijos pequeños; pero siempre con esta agria mezcla de recuerdos y sentimientos. Me ponía a juguetearte contigo y tardaban poco en aparecer los recuerdos de siempre, unas veces más intensos y otras menos. A veces, las más de ellas, no es que viera aquella pasada escena; era sólo una congoja que me entraba igual que la de aquel día que te he dicho, cuando di dos tortas al pobre papá.

Así, con esto me he quedado muchas, muchísimas veces suspensa ante ti, como si de pronto cayera en la cuenta de que el hijo a quien acariciaba no era el mío, y me volvía de espaldas a la cuna para llorar algo mirando al jardín. Los primeros meses lloré mucho por esto. Y luego, que el nacer tú yo creí que papá cambiaría para conmigo. Ni por ésas, hijo. Al principio él te miraba algún rato, teniéndote yo en brazos, pero pronto lo dejó. Esto también me hirió mucho. Cuando vi que él ya no se quedaba así, mirándote, no tuve mucho inconveniente en lo del ama.

Lo peor fué un día. No sé si contártelo. Estaba yo sentada en la galería—de allí a poco naciste tú—y me encontraba bien, haciéndome gozosa la incomodidad de mi estado. De pronto, mirando al jardín, me pareció todo nuevo, como recién estrenado. Era por la tarde. ¡Qué bonito me pareció el limonero grande! «Le regaré yo misma—pensé—cuando dé a luz.» Fíjate que una vez que se movieron algo sus hojas sentí yo como un estreme-

cimiento igual... y tuve prisa de que llegara. Me acuerdo de papá, y tuve prisa de que llegara. Me sentía con una fuerza extraña. Como con una savia nueva, y me levanté para abrir una de las cristalerías y oler el jardín. No me costó trabajo incorporarme, y cuando miré el césped de los macizos sentí mucho cariño—yo debo ser una mujer muy rara—hacia el jardín, como si su tierra fuera yo misma o algo así. ¡Qué alegría me dió aquello!

En esto llegó tu padre y puse mucha diligencia en servirle la merienda, y me senté a verle merendar, y me daba satisfacción verle comer con apetito. Cuando se puso a hacer el cigarro me dieron ganas de sentarme en sus rodillas, pero no me atrevía. Fui a quitar el mantel y los vasos y me acerqué tanto, intencionalmente, a él por estar más a su lado que se retiró un poco, como confuso, y me dijo: «Anda, María, ve». Fíjate, Pepe Luis.

Pero aquella vez no me dió por llorar ni nada; llamé a Ramona para que se llevara los platos, me senté en el sillón y volví a crecerme el desprecio contra tu padre. Aquella vez no pensé si le gustaba o no o si me quería, ni nada. Me parecía que no me importaba y que no estaba sola tampoco. No me extraña lo que me contó luego mi padre reprendiéndome y molesto: que cuando tú naciste me pasé horas dando voces contra el señor, insultándole a más y mejor. Algo sí que recuerdo yo, pero no creí que llegara a tanto. ¡Pobre papá!

Luego vino lo otro, mi tragedia de mamá, de la que ya te he dicho lo más saliente, lo de más bulto. Yo creo que comprendes ya mi amargura y, sobre todo, aquel desvío hacia ti, pobre hijo. Esto será anormal, pero así me ocurrió. No es que yo quisiera vencerme, porque yo siempre he sido pasiva para todo, pero así que a veces el cariño me empujaba hacia ti, aunque sin ser capaz yo de poner el poquito de esfuerzo en dejarme arrastrar. Me parecía quererte más cuando estabas en el colegio. ¡Qué rara soy! No sé me olvidaba una vez que viniste hacia mí, a mi sillón, y me preguntaste si me pasaba algo, cariñoso y triste. No recuerdo cómo empezamos a acariciarnos, porque sólo recuerdo todavía como recién ocurrido que en el momento de ir a besarte asocié aquel repugnante olor de boca de tu padre y me dió la misma náusea, y volví a sentir la dureza y como la traición de aquel asalto. Yo soy anormal para todo esto. Fíjate que cuando estoy en la cama muchas veces—yo creo que siempre—me sueña el corazón como si le tuviera en la oreja, golpeando contra la almohada. Yo me paro a oírle, como si me extrañara, tumbada de costado, y cuando se me llena toda la almohada de un mismo corazón, repetido y continuo y como hueco, tengo que cambiarme y tenderme de espaldas, porque recuerdo aquel batán que se oye desde casa las noches de invierno. ¡Con lo que yo he pasado en aquel cuarto, sola y temiendo siempre la llegada de alguien!...

Tienes que ayudarme, Pepe Luis. Ya puedes poner que lo tuyo no me cuesta. Es más: lo deseo, lo ansío, porque soy una madre inútil—¡no te doy pena?—, y ya sabré yo quererte, mi chico, y sobre todo... No sé. Ya no me importa que seas tú la memoria de todo lo vivido con tu padre. Pero sí es que ahora todo lo de papá es como un regalo para mí. Tal vez no lo comprendas y no puedas imaginar cómo lo siento. Por lo menos respétalo, hijo mío; hay que tener mucho cuidado con el misterio en que Dios nos hace vivir la vida. Yo pienso ahora con un entusiasmo desbordante, aunque—¿por qué no decirlo?—siento reparos—yo soy muy cobarde—, pienso, digo que tu padre y yo volveremos a vivir juntos, contigo, y esta vez todo irá bien. Si él no cambia, más ocasión tendré de hacer penitencia y de ofrecer cosas por él por su salvación.

Pero sí que ha cambiar, te lo aseguro. Ahora me extraña el decirte yo así, con tanta seguridad. Pero no me arrepiento. Se lo he ofrecido a Dios y lo tengo ofrecido todo por papá, hasta la misma vida. Yo no puedo más y Dios no podrá menos. Recuerdo cuando don Luis me decía, al principio, que lo interesante era que yo me hiciera una mujer de oración. No debo serlo todavía, por desgracia, pero tengo esperanzas de que llegará todo. Por lo menos sí que comprendo ya, gracias a Dios, todo lo que don Luis quería que comprendiera. Yo no sé, pero la contemplación íntima de Dios es algo más, muchísimo más que tener un hijo y quererle... Yo no sé, Pepe Luis. No sé explicártelo. Es como si Dios se le enfiñciera a



una y todo el ser mamá lo tuviera una en el alma.

Así he ido viendo, un día con otro, la dura realidad de nuestra casa. ¡Vaya que si cambiará tu padre! ¿Cómo iba a faltarnos Dios? La fe se me hace a veces como una gran llaga, y he pedido que se me haga fuego para arder toda en esta cosa, en este misterio de la fe. ¡Vaya que si cambiará papá! Pero no creas que me importa por mí, hijo mío. Es sólo por él, por papá. Toda la repugnancia de que te hablo la acepto por amor de Dios.

No dejo de admirarme, fuera de quicio, hijo mío. ¡Qué hallazgo lo de Cristo! A veces le he dicho hasta «majó», después de llamarle «Esposo mío». No sé si estará bien, pero es que esto me da una fortaleza, y un desprendimiento, y un olvido de mí misma, y un ansia de que todos, menos yo, sean felices... ¡Qué hallazgo lo de Cristo! Como que me gusta más llamarle «el Señor», porque así llamaba yo a tu padre cuando tanto le respetaba, siendo hija de su criado mayor. Fijate que un día, haciendo oración, se me confundían el Señor y papá. Me asusté, porque me pareció una irreverencia grande; pero tanto me confortaba la consideración que me quedé en la penumbra de la capillita como quien espera a que le abran la puerta del cielo. Miraba yo al Señor... (Esto de «ver» y «mirar» creo que lo entenderás) y le veía en el Huerto de los Olivos, cuando lo de aceptar el cáliz. Era infinito el asco de Dios a cargar con todo aquello...—¿cómo será la repugnancia del Señor?— Pero cargó con todo, hijo mío. Con lo de papá también.

Esto de que todo lo de mi esposo haya estado ya en tales manos—esfuérzate en comprenderlo, Pepe Luis—me obliga, con una fuerza descomunal que siento, y mucho, muchísimo amor, a buscar desesperadamente a papá, al señor, a mi señor... ¿Fracasaré? Tú tienes que ayudarme.

Quizá no te lo cuente bien. Don Luis dice que en Dios hay que buscar la razón de todo, y por eso yo me atreví a buscar mi caso en la oración. ¡Cuántas horas ante el sagrado, Pepe Luis, pidiendo

conocer aquel secreto! Un día creí volverme loca en la capilla. Porque eso de buscar a Cristo en los pobres, en los miserables y demás—pienso en los borrachillos como papá—me extrañó siempre como no puedes imaginar. ¿Cómo querían que yo buscara al Señor precisamente en tu padre? No lo entendía y hasta temo haberme rebelado alguna vez en lo interior contra esto, porque me pareció siempre imposible y como irreverente.

Esta vez lo de ser una mujer sin criterio me convino, porque yo, como el padre en las pláticas se ponía así, me callaba y cedía. A causa de eso lloré un día en la capilla, y lloré con mucha consolación espiritual, hasta debí hablar algo en voz alta; estaba atenta, fija en lo de que el Señor se hizo pecado, y al llegar a esa pregunta que hizo a su Padre, y que a mí me da tanta pena el leerla, de «Padre mío, ¿por qué me has abandonado?», te vi, mi Pepe Luis, te veo lejano y no puedo más con esta horrible ausencia que hasta me da como conciencia de pecado. Fué la primera vez que lloré limpiamente, sin amargura. Así lloro ya hace unos días.

Yo no veo del todo clara la comparación de esto con mi caso, y tal vez no pueda haberla, pero creo que bien me puedes creer—me dolía el alma de gozo aquel día—que hay una intención recta en mi búsqueda de vosotros y una justificación de mi conducta en cuanto a lo que os dificulte el comprender mis anomalías. Ahora ando procurando el tener caridad hasta el olvido total.

Pero el olvido empieza por una misma. Esto me temo que no lo lograré hasta que volvamos a casa y os atiendan... Ahora mismo debo tener fiebre, Pepe Luis. Para tomar algo tengo que violentarme pensando en vosotros, y me cuido por papá y por ti...

Dime si has comprendido mi situación y mi conducta en todo lo pasado, si tengo perdón y si podré volver. Dime si te ha herido mi carta. Dime, hijo mío, dime—te lo suplico con ansiedad—si puedo llamarme de veras mamá tuya. Ayúdame. No te importe, no te cohiban las anomalías psíquicas que me han ocurrido contigo. Todo eso está ya en el Señor. Yo no sé si sigo estando enferma. Ya ves que el médico me dijo que había que tomar las cosas de raíz. Pero no quiero coaccionarte. Espero que la misericordia de Dios nos una y espero purgar bien mis cobardías, mi mal ejemplo de esposa y, sobre todo, de madre. ¿Te espero, hijo mío? ¿Podré contar contigo?

Te adjunto una tarjeta de la Residencia con mis señas y todo. Dime que vienes... Bueno, perdóname, porque la impaciencia no está bien. Es una imperfección mía que demuestra mucha falta de fe. Bien es verdad que toda la mamá que llevo dentro me hace de las suyas. ¿Hasta cuándo, José Luis?...

Ya no puedo escribir más. Os querré a todos mucho. Un abrazo con una fuerza que me hace llorar y me fatiga...»



CON EL CALOR SE SUDA...

y la raíz del cabello queda débil... se cae; pierde brillo, suavidad y hasta cuando es rizado natural, tiende a perderlo.

No se descuide! Unas fricciones por entre las raíces con la estupenda

LOCION AZUFRE VERI

le devolverán su pelo, es decir, fuerte, vigoroso y no se caerá, quedará LLENO DE VIDA.

Muchos médicos la usan y recomiendan para cuidar el cabello, evitar que se caiga y combatir la caspa.

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente sólo cuesta ptas. 17,10; el tamaño pequeño ptas. 11 (impuestos incluidos).

Si desea un folleto, escriba a INTEA, Apart. 88, SANTANDER.



FABRICADO CON GARANTIA FARMACEUTICA

En el número 30 de

POESIA ESPAÑOLA

encontrará las siguientes firmas:

Manuel Alvarez Ortega, Joan Arus, Jorge Blajot, S. J.; Fausto Botello de las Heras, Ramón de Garcíasol, Pío Gómez Nisa, Ildefonso M. Gil, José María López Abellán, Esteban A. Peicovich, Victoriano Rivas Andrés, S. J.; Rafael Romero Moliner, Emilio Rubio, José María Sánchez-Silva, Miguel de Salabert, Apolinario Héctor Sosa, Dora Varona y Juan Antonio Villacañas.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5. Madrid

EL CANAL DE SUEZ

Un punto crucial y singular en la geografía del mundo



La estatua de Lesseps, constructor del Canal de Suez, en Port Said

INGLATERRA SUELTA A REGAÑADIENTES UNA DE SUS VIEJAS PRESAS

EGIPTO, no hay más que mirar el mapa, es un punto crucial y singular en la geografía del Viejo Mundo. Algo así como su plataforma giratoria. El contacto, en fin, entre los tres partes orientales del mundo: Asia, Africa y Europa. De aquí toda la inmensa y trascendental importancia geográfica y estratégica de este país. Ello basta para explicarnos por qué Egipto no quedó jamás excluido de ninguno de los grandes planes de dominación de la tierra, surgidos en el cerebro de los grandes capitanes de la historia de todos los tiempos y de los más ambiciosos programas políticos de los imperios modernos. Egipto, en efecto, sirvió de campo de batalla a Alejandro, a Roma y a Napoleón, y de objetivo atraído a Guillermo II y Hitler, así como, en fin, de asentamiento esencial del sistema defensivo de Inglaterra. De una Inglaterra ya ahora en decadencia, que, por ello justamente, suelta a regañadientes una a una sus viejas presas.

Pero Egipto, en nuestro caso.



El mayor general Edward Benesa, con sir Ralph Stevenson, embajador británico en Egipto (izquierda), y el «premier» egipcio, coronel Nasser, firmando el acuerdo sobre el Canal de Suez

es, sobre todo, el canal de Suez. Es verdad que el istmo de Suez relaciona continentes y que sirve de paso entre Africa y Asia, pero, sobre todo hoy, dicho istmo, cortado por un canal de 161 kilómetros, es un camino entre el Rojo y el Mediterráneo, que relaciona nada menos que el Oriente con el Occidente, constituyendo así el canal marítimo más importante del mundo, vez

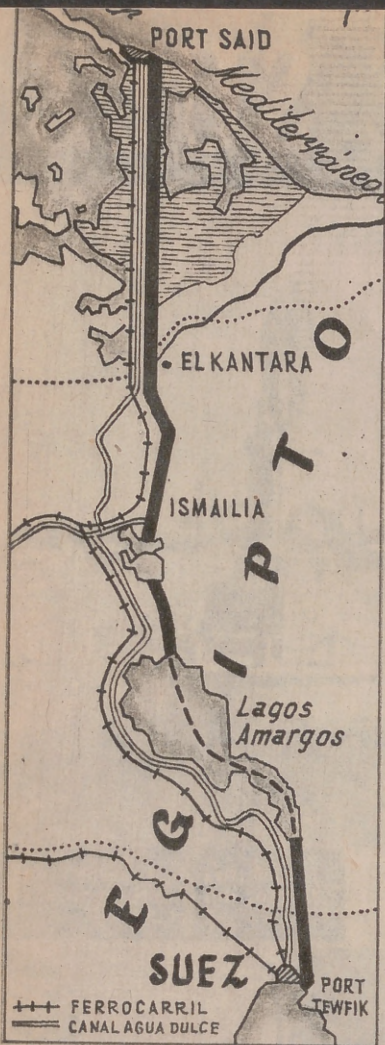
y media más largo que el de Kiel; dos veces más que el de Panamá y veintisiete veces de la longitud del de Corinto. Su tráfico es también notoriamente superior.

UNA CONQUISTA RECIENTE DE LA CIVILIZACIÓN

El paso de Suez ha sido una conquista reciente de la civiliza-



Gráfico comparativo del movimiento marítimo de los tres grandes pasos del mundo en 1951



El Canal de Suez, que aprovecha algunos lagos interiores, como los Amargos, tiene 161 kilómetros en longitud (la distancia de Madrid a Aranda de Duero), de 70 a 125 metros de anchura (el de Panamá, de 91 a 300) y de 11 a 12 de profundidad (el de Panamá, de 12,5 a 13,7). El Canal de Suez es la vía marítima más activa del mundo después del Estrecho de Gibraltar.

ción. Debíó, se asegura, haber existido alguna ruta marítima a través del istmo en tiempo de los faraones, pero la apertura de un verdadero canal es cosa históricamente reciente. Fué menester antes, para hacer factible esta colosal obra, que ocurrieran grandes acontecimientos en la navegación. A la iniciativa de nuestro Blasco de Garay de aplicar la propulsión mecánica a los buques que habían pasado lentamente del remo a la vela, sin ninguna nueva progresión radical luego, se añadió felizmente la construcción, por Fulton, del primer buque de vapor. En 1819 cruzaba el Atlántico el primer barco de esta clase movido a ruedas: el «Savannah». En 1825 entraba en servicio, en la línea de Oriente, el primer navío de vapor. Este barco, llamado «Entreprise», haría la navegación de Inglaterra a Calcuta en ciento trece días. Natural-

mente este viaje implicaba por entonces seguir el mismo camino de los portugueses, todo a lo largo del contorno occidental de Africa. Sin embargo, la ruta de Suez era ya practicada. Los buques procedentes de Europa descargaban, al llegar al istmo, las mercancías que, transportadas por tierra, se volvían a cargar en otros barcos en el Rojo. La aplicación del vapor a la navegación había de permitir, sin embargo, el gran milagro. Hacia 1868 había sido inventada la máquina «compound». Las grandes empresas navieras —la «Peninsular and Oriental» y «Messageries Maritimes», entre otras— se decidieron a reemplazar su vieja flota de veleros por vapores. Algunos años después los primitivos barcos de ruedas debían ser sustituidos por los nuevos de hélice.

La navegación a vapor permitía que un buque pudiera pasar por un canal estrecho, cosa prohibida a los barcos de vela, que navegaban dando bordadas, a menos de ser remolcados. Esta circunstancia y el descubrimiento del error en el que habían caído los sabios que acompañaron a Napoleón a Egipto, atribuyendo un absurdo desnivel al Mediterráneo y al Rojo, iban a hacer definitivamente factible la apertura del Canal, cuyas obras quedaron culminadas en 1869, en cuyo año fué inaugurado el día 17 de noviembre. En «L'Aigle», que hizo la inauguración, iba nuestra Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses. Ochenta barcos de todos los países, de ellos cincuenta de guerra, tomaron parte en la solemne ceremonia. La puerta marítima entre Oriente y Occidente quedaba así abierta. El mar era una vía mucho más expeditiva que la vieja ruta de los desiertos, seguida por Marco Polo. La trascendencia de la obra, pronto se vería, era enorme.

MOPIA INICIAL DE INGLATERRA

Inglaterra —cosa extraña— no había deparado en ello. Su inicial impulso fué obstruccionar el proyecto de Lesseps. La primera emisión de la naciente Compañía Universal del Canal de Suez apenas si comprendió más que 400.000 acciones a 500 francos cada una. En total, veinte millones de francos. Al cambio actual apenas ¡dos millones de pesetas! Una cifra, que se nos antoja totalmente ridícula hoy, fué suficiente, sin embargo, en aquella época para abordar las obras. De aquel total de acciones, Francia se llevó más de la mitad (exactamente 207.000). España suscribió 2.000. Otros países, diversas cantidades. Inglaterra, ¡87!

Pero Inglaterra pronto comprendió su error y se apresuró, para tomar posiciones, a adquirir el paquete de acciones reservado al Jedive. Inglaterra apareció pronto así como gran poseedora de acciones de la Empresa, para intervenirla financieramente en la medida de lo posible, aunque como ello no le bastara, no tardaría mucho en asentarse en Egipto, con el propósito decidido de dominar la ruta del Canal. Previsiblemente se había situado ya antes y después de esta etapa

esencial del camino de Oriente. En el Mediterráneo había detenido incluso Menorca y las islas Hyeres. Había intrigado en las Cortes italianas para asegurarse la posesión del Mediterráneo. Había mantenido un protectorado sobre las islas Jónicas entre 1815 y 1864 y, sobre todo, poseía Malta, Chipre y Gibraltar.

El canal de Suez, que beneficiaría al mundo en general, a la postre beneficiaba como nadie a Inglaterra misma. Su ruta de la India se había reducido de golpe, prácticamente, a la mitad. El pabellón británico transitaría así, desde el principio, con más frecuencia que ningún otro este paso. Inicialmente, tres, de cada cuatro buques que pasaban por el Canal, eran ingleses. Luego este tráfico ha disminuído notablemente. En 1938, poco antes de la última gran guerra, era sólo inglés un barco de cada dos que hacían esta travesía. Actualmente no es más que uno de cada tres. Es verdad que el pabellón británico figura siempre a la cabeza de este tráfico, pero su declive en la estadística es evidente. Inglaterra acusa así la decadencia relativa de su Marina, y singularmente el desmembramiento de su antiguo imperio colonial.

No más lejos que el primero de julio último se reunía en París la Asamblea general de accionistas de la Compañía Universal del Canal de Suez. Se trataba de que el presidente diera lectura al informe reglamentario del Consejo de Administración relativo al ejercicio último, ante la 96 Asamblea de la Sociedad. Doscientas setenta y ocho accionistas, que representaban en total 420.812 acciones, oyeron el «rapport» del presidente. El tránsito aumentaba siempre sin cesar; Port Said figuraba a la cabeza de los puertos del mundo por la intensidad de semejante tráfico; los beneficios, en consecuencia, eran también cuantiosos. Aquí la susceptibilidad singular de los asistentes se puso inmediatamente de manifiesto. El «rapport» en cuestión recoge los vivos aplausos que subrayaron semejantes palabras.

En 1953 las travesías del Canal, esto es, el total de buques que le pasaron, habían ascendido a 12.731. En 1951 no habían pasado el Canal más que 11.694. En 1946 habían sido sólo 5.057, y en 1917, apenas 2.353. El movimiento de buques representaba un total de 92.905.000 toneladas de desplazamiento en 1953. De la importancia de semejante cifra dicen bien estos breves antecedentes. En 1870 el primer año que estuvo abierto el Canal, el desplazamiento total de los buques que le salvaron no pasó de 500.000 toneladas. Poco antes de la primera guerra mundial había ascendido ya a 20.000.000 de toneladas, y el año anterior a la última conflagración subió casi a las 36.500.000 toneladas.

EL CANAL, UN ARMA POLITICA

Suez, bien se advierte ello, resulta ser así un punto esencialmente activo del tráfico marítimo mundial. De los treinta y

EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DEL TRAFICO DE MERCANCIAS

tantos mil buques que navegan sin cesar de un lado a otro del globo, por todos los océanos y mares del mundo, teóricamente uno de cada tres pasa al año una vez por el Canal. Ningún otro paso, salvo, naturalmente, nuestro estrecho de Gibraltar (frece el ejemplo de una intensidad de tráfico semejante. Dominar el Canal es dominar, a la vez, gran parte del movimiento marítimo mundial; en definitiva, es dominar también casi íntegramente la navegación entre Oriente y Occidente de nuestro Viejo Mundo. A Inglaterra no podía escapársele esto. Su presencia en Egipto, primero; su custodia del paso, después, resultaban un imperativo de sus ansias mundiales de dominación. El camino de Suez le cerró o abrió antaño a su exclusivo antojo. Por ejemplo, impidiendo que la escuadra rusa del Báltico marchara a Oriente, durante la guerra ruso-japonesa de principios del siglo, cuando Londres estaba en estrechas relaciones de amistad con Tokio y frente a San Petersburgo. Por ejemplo, también, y al contrario, abriendo las puertas de este paso a la flota rusa del Negro, en esta misma guerra, para que el almirante Nebogatof llevara a Oriente sus viejos buques, carentes de todo valor militar, por cuyas circunstancias esta Escuadra fué objeto de una excepción. Antes ya Inglaterra había obstruido el paso, por el Canal, a nuestra Escuadra del almirante Cámara, en los días aciagos de las guerras ultramarinas y de la campaña de Filipinas. Luego Inglaterra dificultaría, a su vez, el paso de los buques italianos, con ocasión de la guerra de Abisinia, porque si bien no se atrevió esta vez a impedir el paso, al menos le gravó cuanto pudo.

A esto se ha reducido, en la práctica, el convenio sobre la libre circulación de buques por el Canal. Inglaterra, al revés, le ha empleado como puerta propia. No es de extrañar, en consecuencia, que sus enemigos hayan pretendido, en caso de guerra, conquistar el paso por las armas. Por ejemplo, los turcoalemanes, en la primera guerra mundial, que llegaron prácticamente a sus orillas, pero que no lograron poseerlo. Por ejemplo, también, los italianogermanos, donde debieron quedar detenidos definitivamente, para replegarse seguidamente después.

Inglaterra sabía muy bien la importancia del paso y le guardó, hasta aquí, todo lo celosamente que era menester. Para dominar el mar el instinto británico acertó siempre a dominar sus pasos vitales. El dominio de estos accesos ha dado siempre el dominio de los más amplios océanos. Ese dominio de Suez le era vital. Y a decir verdad, el paso no ha perdido, ni mucho menos, importancia en el transcurso del tiempo. Antes bien, le ha ganado. Arriba hemos visto el incesante y progresivo crecer de su tráfico. Cada año aumenta con respecto al anterior el número de barcos, y su desplazamiento que pasan el Canal. Idéntica progresión se observa en la estadística de los pasajeros. En 1917, por ejemplo, pasaron embarcados el Canal 142.313. En 1951, esta cifra se convirtió en 588.947. Por excepción, en 1946, la desmovilización de la guerra última dió lugar a un movimiento sin igual, que llegó a ser de 932.007 pasajeros.

Pero sobre todo son excepcionalmente las mercancías transportadas las que, sin duda, dan singular importancia al canal de Suez. En éste como en todos los canales y pasos del mundo, el movimiento no es igual, ni siquiera semejante, en los dos sentidos. En Panamá, por ejemplo, el tráfico es mucho más intenso del Pacífico al Atlántico que al revés. El primer movimiento representa, en general, en este caso, el tráfico de materias primas. El segundo, el de productos industriales y manufacturados. Y siempre aquel comercio representa volúmenes y desplazamientos de carga superiores al último. En Suez, como en el estrecho de Gibraltar, el movimiento mayor es el de Oriente a Occidente. En el Canal, concretamente, el tráfico del Mediterráneo al Rojo representó el último año, un total de 22.500.000 toneladas. El movimiento inverso, de Sur a Norte, fué de 67.900.000; esto es, tres veces superior.

EL PETROLEO, PRODUCTO CLAVE

Antes de la última gran guerra, del Mediterráneo al Rojo pasaban, generalmente, metales fabricados y maquinaria (2.889.000 toneladas), abonos, cemento, celulosa, papel, sal y petróleo, por el orden de importancia de car-

gamentos. En dirección inversa se transportaban, sobre todo, cereales, oleaginosos, minerales de todas clases y también carbón. Todo este orden de transportes ha sido revolucionado en la posguerra. El petróleo ha ganado puestos preeminentes en el comercio del mundo y, por tanto, en el tráfico estadístico del canal de Suez. He aquí una nueva coyuntura, que ha terminado, últimamente, por incrementar aun más la importancia estratégica del paso. Porque bien es sabido que el petróleo es la primera materia estratégica en la guerra moderna. ¡Como que el petróleo es la aviación, la marina, los carros de combate, la motorización y la savia, en fin, de todos los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire!

El tráfico por el Canal en dirección Norte-Sur se ha incrementado el año último en un 2,3 por ciento. Pero este aumento obedece principalmente a la mayor cantidad de petróleo transportado. Las mercancías llamadas «secas» señalan un incremento mucho más reducido. Ha habido algún aumento a este respecto a consecuencia de los envíos de alimentos hechos por los Estados Unidos, sobre todo cereales, al Pakistán, la India y Ceilán y, en compensación, un descenso de la exportación europea de productos manufacturados, especialmente metales, cemento, maquinaria y abono, consecuencia todo ello del creciente, aunque lento, desarrollo industrial de Oriente.

A la inversa, el tráfico de Suez de Sur a Norte ha sufrido un incremento mayor, aproximadamente del 10,5 por 100, con respecto al año 1952. Pero de este incremento el 8 por 100 corresponde, precisamente, al petróleo. Singularmente este transporte de hidrocarburos recoge la producción de Kuwait. El petróleo que pasa por el Canal, en la dirección citada significa el mayor volumen de cargamentos con diferencia; exactamente el 47 por 100 de los transportes. A Inglaterra se dirigen 18.000.000 de toneladas de este petróleo; a Francia 12.000.000 y a los Estados Unidos, incluso, cinco millones y medio. Los cargamentos de minerales, en cambio, no pasan de cinco millones de toneladas de esta corriente de transportes.

En la ruta en cuestión del In-

Una bella perspectiva del Canal de Suez



dico y Rojo al Mediterráneo ha disminuido últimamente el tráfico, en general, de minerales, cereales, oleaginosas o, cuando más, permanecen estacionarias las cifras de antes de la guerra. El tráfico que proviene de Australia, ha representado, por excepción, algún incremento. Pero el tráfico de arroz representa apenas el 15 por ciento del de entonces; el del yute, el 83; el de cobre, el 85; el del algodón indio, el 54, todo ello debido a la situación actual del Extremo Oriente y al aumento interior de consumo en Asia.

El petróleo es el que, como decimos, sigue ganando puestos en la estadística del movimiento del Canal, hasta el punto de convertirle en un singular y colosal oleoducto naval. Comparando las cifras del año próximo pasado con las de antes de la guerra última este tráfico de petróleo representa, nada menos, que un incremento del 115 por ciento en la dirección Norte-Sur y un aumento del 220 por ciento en la ruta Sur-Norte. Hoy pasa, en fin, por el canal de Suez diez veces más petróleo que en 1939, de Sur a Norte y seis veces más de Norte a Sur. Y esta progresión no cesa de crecer.

EL EMPENO DE INGLATERRA POR PERMANECER EN EGIPTO

Hasta aquí los datos que prueban la excepcional importancia del canal de Suez. Esta importancia no ha dejado ciertamente de ser reconocida por Inglaterra. Es verdad que su tráfico propio, por este paso, tiende a disminuir, como antes se ha dicho. Pero aun la Gran Bretaña representa exactamente el 33,7 por la asiduidad de su bandera en semejante movimiento. Tras de Albión la Flota noruega acapara el 15 por ciento del tráfico; la francesa—muy activa últimamente por los acontecimientos de Indochina—, el 9,1; la panameña el 8,6, y sucesivamente figuran luego las Marinas de Liberia, Italia, Holanda y de los Estados Unidos. Es verdad, también, que el imperio oriental se le marcha rápidamente de las manos a Inglaterra. Pero a la postre aun es muy importante y todavía conserva en los países ahora autónomos intereses capitalísimos. Pero para Inglaterra el Canal no sólo era su paso—el camino de la India, y de Australia y Nueva Zelanda, tan suyo—sino, singularmente también el camino de los demás; el camino del mundo Dominando el paso, dominaba por añadidura, las rutas de los otros y aseguraba, a la vez, las propias.

Se explica muy bien su resistencia a no dejarse despojar de una presa que había retenido por las armas, incluso, en las dos guerras mundiales anteriores y que ahora se pretendía arrebatársela en plena paz. Se explica, incluso, esa disidencia interior de los conservadores ingleses porque un grupo de entre ellos quería a toda costa ahorrar a Albión lo que se les antojaba una humillación. Todo ello resulta, sin duda, en efecto, explicable. Inglaterra es una nación singularmente tradicionalista. Se inspira en el pasado, porque en el pasado fue justamente grande. Y, naturalmente, se duele mucho cuando debe de renunciar a derechos que supone inalienables y eternos. Pero se explica, igualmente del

mismo modo la posición de Egipto. El Canal y la zona del Canal son suelo egipcio. Y, naturalmente, allá no agrada, como no agrada en ningún lugar del mundo, ver tremelar sobre la tierra patria pabellón alguno que no sea el nacional. Es cosa que los ingleses debieron comprender a tiempo, y que al final, gracias a Dios, han comprendido al fin. Porque, al fin, en efecto, tras de una larga historia de acontecimientos graves y sensibles, que no hay por qué recordar, la cuestión del Canal parece zanjada. Un acuerdo angloegipcio regulará en lo sucesivo el régimen de la zona correspondiente. En una habitación del palacio de verano del Gobierno egipcio, al pie de las Pirámides—¡histórico y grandioso marco para la también histórica escena!—, el primer ministro de Egipto, Abd-el-Nasser, y el secretario británico de Guerra, Anthony Head, acaban de firmar un «acuerdo de comprensión mutua y firme amistad». Su texto es bien conocido; en un plazo de veinte meses las tropas británicas evacuarán la zona del Canal; pero las bases serán ocupadas de nuevo en caso de un ataque contra los países árabes o Turquía. La previsión frente a Rusia es evidente. La base inglesa hasta aquí militar será reemplazada por una organización civil, en la que incluso el personal británico no llevará uniforme. Tales son, en esencia, los puntos capitales del acuerdo.

SATISFACCION INTERNACIONAL POR EL ACUERDO ANGLO-EGIPCIO

Se comprende también que semejante resolución haya sido acogida en el mundo anticomunista y libre con señales inequívocas de alegría. Aparece, en fin, despejado el horizonte, en Egipto, en donde la meteorología política venía haciendo, desde hace algunos años, cada vez más preocupadores pronósticos. ¡No es ello ciertamente poco en este mundo de confusiones y de riesgos en el que vivimos en sobresalto constante! Ello explicaría muy bien este júbilo general que, reflejado en la Prensa del mundo entero, ha tenido, como primera y trascendental repercusión, la determinación americana de apoyar seguidamente, con toda preferencia, a Egipto en sus necesidades y en sus armamentos. No creemos, como temen en Israel, que la nueva situación degenerate en un nuevo conflicto armado entre árabes y judíos. Para evitar a la postre semejante riesgo no hay sino que seguir una estricta política de paz en Jerusalén. Es el pueblo judío el que debe evitar toda nueva provocación contra los árabes. Es de Israel de donde parten habitualmente todas las agresiones.

Para nosotros, como para la opinión general, el pacto anglo-egipcio, al revés, es una singular aportación a la solidaridad occidental y un paso firme en el camino de la paz. El Occidente podrá ahora incorporar a su causa, más fácil y sobre todo más rápidamente, la colaboración y aun el apoyo de este mundo árabe, que por musulmán es también anticomunista. Siempre resultará, en efecto, más sencillo defender el Canal, egipcios y británicos con-

juntamente, que el riesgo de una grave disidencia, en caso de una guerra que podría ser fatal. En fin, la amistad es más sólida arma, frente al peligro exterior, que la enemistad. He aquí lo que Londres acaba de comprender y de aceptar. Los conservadores ingleses disidentes han debido comprenderlo también. El argumento de Churchill de la indefensión del Canal frente a la bomba de hidrógeno ha debido impresionarles. En realidad el Canal no es defendible, en efecto contra ese tipo de proyectiles. Al revés, es sumamente vulnerable contra los proyectiles todos, de la clase que sean. Si los turco-alemanes de la primera guerra europea, en vez de empeñarse en apoderarse del Canal integramente, sin dañarle, se hubieran contentado con obstruirle, aquella ruta hubiera ya entonces quedado cortada al tráfico.

En la segunda guerra mundial se recordará que el Canal quedó obstruido e inutilizado por la aviación alemana, que le bombardeó con explosivos. En todo caso, para la eventual defensa contra ataques aéreos en el caso de una guerra futura, es indudable que la cooperación anglo-egipcia, e incluso americana, no podría resultar más que beneficiosa.

Para Inglaterra, al fin, la recuperación de sus tropas de la zona del Canal—unos 100.000 hombres—es causa de reforzamiento de su sistema defensivo integral. Ello es muy importante en una nación como la Gran Bretaña—verdadero imperio mundial—, llamada a hacer, en consecuencia, geoestrategia, en vez de estrategia local. Dos divisiones bien nutridas y una brigada de selectas tropas de paracaidistas quedan disponibles desde ahora para futuros y eventuales destinos. El Estado Mayor británico, que debe de observar con preocupación el total desgarnicionamiento de las Islas, seguramente habrá visto el acuerdo con más alegría que nadie. Todo en fin, parece ser júbilo y contento en torno del acuerdo sobre el Canal. Un acuerdo llamado, por añadidura, a tener muy amplias consecuencias. Por de pronto, a repercutir en todo el ámbito mediterráneo seguidamente. Porque Suez, es bien sabido sólo es un extremo de este gran corredor que, entre Europa y Africa, relaciona el Oriente con el Occidente. El otro extremo es Gibraltar.

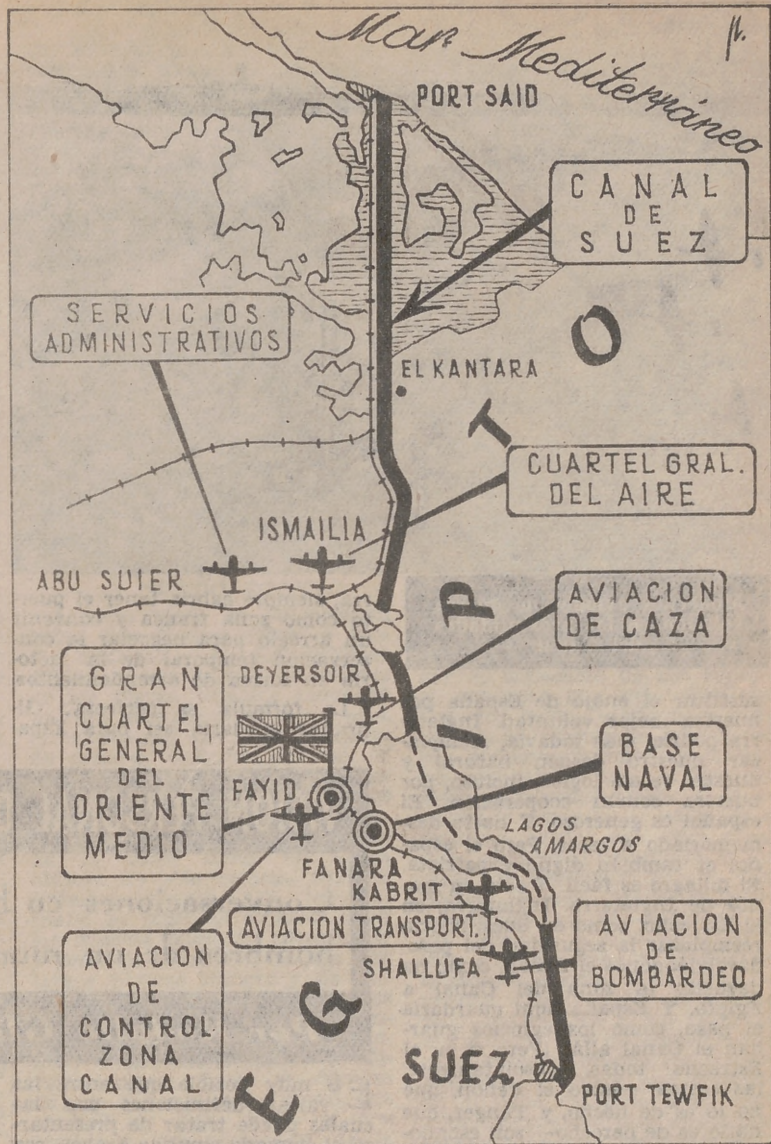
GIBRALTAR, LA OTRA LLAVE DEL MEDITERRANEO

¡Gibraltar! ¡El Estrecho! He aquí en efecto, la otra boca; en realidad, la verdadera «gran boca» de la botella mediterránea. Porque el estrecho de Gibraltar es, con mucho, más importante paso que el canal de Suez. Por de pronto, el eco del acuerdo angloegipcio resuena en la cuenca del Mediterráneo a través de acontecimientos que se anuncian más o menos inmediatamente. Francia se dispone a abordar el problema inaplazable de Africa del Norte. Un acoplamiento general, se nos antoja, en toda la órbita del viejo «Mare Nostrum»

debe de seguir al pacto de Egipto y de Inglaterra. La Prensa mundial recoge ya los primeros síntomas de ese acontecimiento. Inglaterra deberá revisar el estatuto de Malta. Grecia exige que se la devuelva Chipre. Francia, ya lo decimos, deberá, quiera o no, someter a revisión general la situación del norte de África. La política tradicional de Francia y de Inglaterra en el Mediterráneo está en trance de mutación inmediata. Ello resulta fatal y obligado. Y, sobre todo, providencial. La nueva política debe cambiar de signo totalmente. A la opresión y al enojo debe de sustituir la cooperación y la amistad. ¡Tiene que ser así! Y sin duda será así. El acuerdo del Canal da la pauta.

El estrecho de Gibraltar es el gran colector de las rutas de navegación del mundo. Cada cuarto de hora, puntualmente, un barco desfila, como un eslabón más de la cadena sin fin del tráfico, a la altura de nuestro semáforo de Tarifa. Van y vienen, sin cesar, buques cargados de toda clase de mercancías; productos manufacturados, cereales, aceites, minerales, pero, sobre todo, petróleo. Alternan con ellos los más suntuosos trasatlánticos y, desde luego, también, los buques de guerra de todas las Marinas. Los pequeños y sospechosos navíos soviéticos, incluso. Por allí, por las aguas españolísimas del Estrecho, desfilan al año vez y media más buques que por los canales de Panamá y de Suez reunidos y, desde luego, triple cantidad de mercancías que por este último paso. Discurren por allí, por nuestro Estrecho, buques con todas las banderas del mundo: americanos, ingleses, españoles y franceses sobre todo.

Inglaterra, anticipadamente, comprendió la importancia de este singular paso. Ahora hace justamente dos siglos y medio —1250 años!— que el almirante Rooke nos despojó, alevosa y arteramente, del Peñón. La historia es tan sabida como dolorosa. Uná previa lucha desigual, entre una flota y todo un ejército contra un centenar, apenas, de españoles. La bandera del pretendiente austriaco —se libraba en realidad una guerra civil, aunque con intervenciones extranjeras— se izó primero en el Peñón. Pero luego, contra todo lo pactado, contra todo derecho, contra toda corrección y norma del honor, la bandera de Albión reemplazó a la del archiduque. El despojo fué así. Desde entonces —¡doscientos cincuenta años!, repetimos— España no ha cesado en sus demandas. Primero fueron las armas luego la diplomacia y ahora un estado integral de opinión lo que reclama y exige a Inglaterra la devolución de la Roca. Por usurpada ilegalmente. Por española, sobre todo. El pleito está entablado, porque la soberanía no prescribe jamás. Inglaterra debió oírnos hace mucho tiempo. Torpemente, al revés, ha persistido sorda. Y unas veces, según nuestras vicisitudes históricas peninsulares, se ha impuesto para exigirnos impertinentes e indignas medidas desmilitarizadoras; otras, en fin, ha intentado complicar el problema del Estrecho inventando ese Gibraltar absurdo que se llama Tánger, de acuerdo con



Despliegue aéreo británico en la zona del Canal de Suez

Francia, cuando Tánger no es, ni más ni menos, que una ciudad más de la Zona española marroquí de protectorado.

Pero los tiempos avanzan, laborando siempre por la justa y nobilísima causa española. No hay por qué repetir los naturales temores que sobre la inexpugnabilidad del Peñón sintieron los Estados Mayores y los estadistas occidentales durante la última gran guerra y las lastimeras y tiernas invocaciones que, en consecuencia, se hicieron a la sazón para invocar la buena neutralidad y amistad españolas. Podríamos recoger aquí la misma tesis que ha servido al propio Churchill para sacar brillantemente adelante, en el Parlamento de Londres, la ratificación del pacto angloegipcio. Si el canal de Suez —entiende, no sin razón, el «premier» británico— resulta indefendible contra la bomba «H», ¿qué no podría decirse de Gibraltar, indefendible no ya contra los proyectiles termonucleares modernos, sino incluso contra los antiguos explosivos, la aviación y la Artillería gruesa, como comprendieron y declararon hace años ya los más prestigiosos militares y técnicos del mundo entero: españoles,

alemanes, franceses, americanos o ingleses, incluidos, desde luego?

Pero no insistiremos en la extensión de la lógica de Churchill. Optamos en esta ocasión por brindar la nuestra; la misma, por cierto, que parece haber imperado en la habitación del palacio de verano del Gobierno de Egipto. Inglaterra ha preferido la amistad egipcia a la enemistad. Inglaterra ha optado por trocar un estado de hostilidad latente, por uno de alianza cordial. Inglaterra ha aceptado confiar la guarda del Canal, en la paz, a los propios egipcios y recuperar así sus tropas de la zona. Inglaterra, en fin, podría, con el mismo éxito y con el mismo buen sentido, del que tanto ha blasnado, no sin razón, en la Historia, repetir su determinación en la otra boca del Mediterráneo.

UNA SOLUCION QUE LLEGARA

Inglaterra podría lograr en el occidente de este mar, sobre su boca principal, un éxito político, en definitiva, análogo al que ha logrado esta vez su cautelosa y previsora diplomacia en la oriental. Inglaterra podría fácilmente



Modernos aviones de guerra volando en las proximidades del Canal

sustituir el enojo de España por nuestra mejor voluntad. Inglaterra podría, más todavía, reemplazar nuestro desdén natural y nuestro recelo lógico, incluso, por nuestra común cooperación. El español es generoso. Y hasta desmemoriado a veces. Pero el español es también digno y patriota. El milagro es fácil. Y está en manos de Inglaterra. Inglaterra, en el Estrecho, como en Suez, podría reemplazar la seguridad del paso devolviéndonos el Peñón, como ha devuelto la zona del Canal a Egipto. Y España aquí guardaría el paso, como los egipcios guardan el Canal allí. ¡Pero si en el Estrecho todas, absolutamente, las costas —salvo el Peñón, que no lo es de hecho, y Tánger, que no lo es de derecho— son españolas o están bajo nuestra tutela! Inglaterra podría incluso sacar de la Roca esa guarnición especializada, que tiene allí presa y que está constituida, para citar sólo las unidades más importantes, por dos regimientos de Artillería de fortaleza y uno de Ingenieros. Unas tropas que podrían solidificar, sin duda, la armadura del Imperio británico y de la causa occidental en otros sitios en donde son bastante más necesarias. Inglaterra podría hacer más; podría contar con nuestro apoyo, con nuestra amistad y con nuestra alianza si el baldón histórico quedara, al fin, borrado definitivamente. ¡España, no lo dude, vale bastante más que el Peñón!

Hace algún tiempo que nuestro Caudillo explicaba a un corresponsal inglés la necesidad de que la Gran Bretaña se diera pronto cuenta de que Gibraltar tenía escaso valor; de que nuestra reivindicación —¡Gibraltar es la única colonia extranjera en el continente europeo!— era justísima y de que, al fin, Inglaterra ganaba a la postre devolviéndonos la Roca.

Franco añadía entonces esto que parece ahora profético, porque, en efecto, es lo que Inglaterra ha venido a hacer en Egipto: «Si se llegara a una franca inteligencia entre España e Inglate-

rra, siempre cabría tener el puerto como zona franca y convenir un arreglo para negociar la conservación temporal de la factoría en forma de arrendamiento».

La fórmula es perfecta; Gibraltar quedaría así para Espa-

ña. España guardaría el Peñón como parte integrante de su suelo. Como guardaría el Estrecho. Sin que excluyera esto, ante la eventualidad de una guerra general, toda clase de cooperaciones amistosas y aliadas frente al enemigo común, que para el Occidente no es más que uno y siempre el mismo: el comunismo oriental.

Sin duda alguna, nos lo dice alguna voz interior —esas voces que no engañan nunca, porque, como decía Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no conoce»—, esta fecha dos veces y media centenaria de la pérdida y despojo del Peñón, ha de traer nuevos rumbos para la historia y el «statu quo» del Estrecho. ¡El acuerdo del Canal va a tener muchas repercusiones en el mundo mediterráneo, sin duda alguna! Una de ellas debe de ser esta de Gibraltar. Como quiere España. Como necesita el mundo occidental. Como conviene, incluso, a Inglaterra misma.

HISPANUS

VISION PERSONAL DEL MUNDO ARABE

Conversaciones en El Cairo con los hombres de un mundo sin fronteras

Por Rodolfo GIL BENUMEYA

ES muy posible que entre las varias definiciones con las cuales puede tratar de presentarse al llamado «mundo árabe», sea la más exacta aquella de que es «mundo sin fronteras». El arabismo, unas veces sentido por motivos históricos, otras, por recuerdos raciales, y muchas más llegando hasta donde llega el uso del idioma, rebasa siempre todos los límites de sus Estados y sus zonas de posesiones ajenas hasta diluirse entre infinitas interferencias geográficas culturales y religiosas. La causa principal de todo esto obedece a que entre los árabes y los arabizados predominan los factores humanos sobre los territoriales. Las naciones consideradas como entidades legales son siempre condicionadas por las personalidades de los hombres que las conducen, pues en el «mundo árabe» los individualismos predominan siempre sobre los factores teóricos. Así, en esencia, la vida del arabismo en evolución rápida siempre puede resumirse por las vidas de sus conductores y orientadores, en un entrecruce de tendencias personales.

Recientemente en El Cairo, y con motivo de las fiestas que conmemoraban el segundo aniversario de la revolución egipcia, se concentraron muchas de las más interesantes figuras de la Arabidad.

Después del primar aniversario, del verano de 1953, en el cual las fiestas sirvieron para proclamar la unificación interior egipcia, es-

te de 1954 ha tenido carácter de afirmación externa no sólo para presentar la realidad de un Ejército bien entrenado de nueva formación, sino porque sobre Egipto han confluído elementos activos de todo el Próximo Oriente, destacando el papel de centro natural que en dicho Oriente y su sector mediterráneo tiene el país del Nilo.

Habiendo yo estado presente, formando parte de las representaciones de la Prensa extranjera que invitó el Gobierno egipcio, pude en tal concepto tener general acceso a los conductores del nuevo impulso de aquel país. A la vez he podido reanudar enlaces personales de siempre con los impulsores de los movimientos árabes en todas partes, encontrando viejos amigos que fueron, son o están en camino de ser símbolos vivientes del removerse de un mundo que su verbo cierra y abre a la vez. Así he visto a los jefes del arabismo desde sus dobles perspectivas exterior e interior.

El general Naguib, Jefe del Estado, continúa desde su puesto colaborando al resurgir de su pueblo. Su figura noble y destacada no necesita ser subrayada en la actualidad. Anteriormente nos hemos referido a ella con toda la extensión que merece.

ABDEL NASSER, UN HOMBRE QUE NO BUSCA LA POPULARIDAD

Gamal Abdel Nasser, teniente coronel de Estado Mayor y Jefe del Gobierno egipcio, resulta la figura más completa de lo actual,

tanto por el relieve que le ha dado en el conjunto del arabismo la firma del acuerdo con Inglaterra sobre el canal de Suez como porque su empeño reconstructor tiende a asegurar para Egipto un efectivo papel central. Visto desde lo teórico, resulta muy curioso, e incluso apasionante, determinar si en Gamal Abdel Nasser predomina el antes inquieto organizador de los oficiales libres que derribaron al Rey Faruk o el teórico autor del libro «Filosofía de la revolución». Pero visto en carne y hueso, hay en él otra curiosa dualidad de aspectos del trabajador infatigable que desde primera hora de la mañana da un ritmo de prisa y tenacidad a todos los servicios públicos, a la vez que del gobernante que voluntariamente está dispuesto a sacrificar en este empeño incluso la popularidad, pues a él mismo se ha oído decir que «lo esencial no es satisfacer o desagradar, sino trabajar en pro del interés del país». Yo, que he estado separado de él sólo por cinco o seis puestos en la tribuna donde pronunciaba su discurso popular ante cientos de miles de almas acumuladas, participante con él en una conferencia de Prensa y a su lado durante la inauguración de una parte de la Exposición Industrial, he podido comprobar tanto la tenacidad de su oratoria, enérgica, que le desgasta, como el empeño de seguir con un gesto a la vez esforzado y fatigado, que es ejemplo de un empeño tan ajeno a los juicios de valor como continuo en la trayectoria.

EL ENTUSIASMO POPULAR EGIPCIO

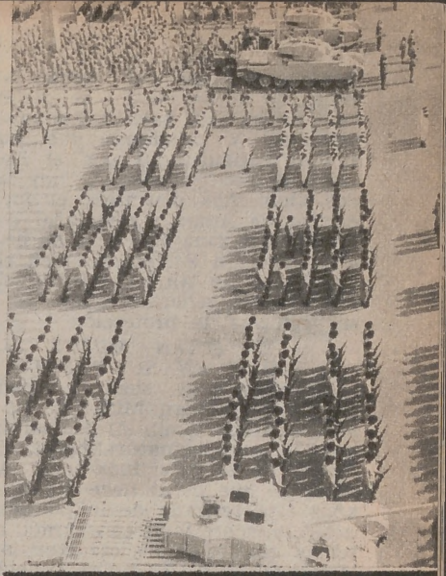
Con el comandante Salah Salem, ministro de Orientación Nacional, hablé particularmente sobre las características del entusiasmo popular egipcio. Salah Salem, que lleva a la vez las negociaciones directas con los Jefes de Estados y Gobiernos de otros países árabes a la vez que las líneas generales de la política sudanesa, ha sido certeramente definido por un periodista español, viajero por Oriente (es decir, Fernando P. de Cambra) como el Goebbels de Egipto. También se le ha llamado un poco imaginativamente «eminencia gris». En la conversación personal lo que sin embargo más destaca es su cuidada serenidad, que le convierte en uno de los elementos más firmes del régimen militar milítico. Firme con

firmeza del país en que se hicieron las pirámides. Pueden y deben citarse otras figuras tan eminentes como la del jefe de las fuerzas armadas, general Abdel Hakim Amer, y otros miembros del consejo que rige a Egipto. Pero continuando en segundo plano la labor de ellos, es muy característico el interés del cuadro de colaboradores, porque entre éstos están los ejemplos más fácilmente visibles del empeño de los elementos juveniles modernizadores. De ellos he podido seguir día por día a algunos de los más activos, tales como el comandante Amin Chaker, director del Gabinete del Consejo de la Revolución, el subsecretario del ministerio de Orientación, doctor Hassan Abu Suud, y el agregado de Prensa del Consejo de la Revolución, Mohamed Adelqader Hafez.

UNA REUNION DEL MUNDO EGIPCIO

Algunas veces se proyectaban todas esas figuras sobre el fondo multicolor de las tribunas cubiertas con toldos de tapices de las plazas públicas atestadas de muchedumbres. Otras veces, en ambientes de inauguraciones de grandes trabajos públicos. Y siempre los que pudieran llamarse colaboradores directos de los gobernantes aflúan a los salones del hotel Continental, que es en El Cairo como un ágora abierta no sólo egipcia, sino de Próximo Oriente. Allí, cara al fondo de pinturas murales o en las mesitas laterales, entre un ir y venir de camareros negros con largas túnicas blancas y de porteros con amplios bombachos bordados, confluyen los dirigentes, los representantes de la opinión y los intelectuales de diversas clases, hasta el extremo de que a veces se ha dicho que el hall de dicho hotel es una réplica o una proyección de la Liga Árabe, incluso más completa y variada que la Liga misma, ya que en el hall hacen tertulia representantes de países y territorios que no figuran en el organismo interarábigo.

En unas y otras partes, es decir, en las tribunas, en el hotel y los actos conmemorativos, han destacado aquellos delegados que representan las proyecciones inmediatas de Egipto fuera de sus límites y bordes en el mapa. Los sudaneses que a El Cairo llegaron acompañando o rodeando al primer jefe de su Gobierno, o



Las fuerzas egipcias concentradas en plaza de la República de El Cairo con motivo del desfile militar del 23 de julio

sea, Ismail al Azhari, formaban tanto por su tez oscura como por lo impecable de sus ropajes el conjunto que más resaltaba. Los del Norte, vestidos al antiguo modo musulmán tradicional, con caftanes flotantes y turbantes amplísimos. Los del Sur con bien planchados trajes de americana y panamás de paja. En el contacto verbal con ellos resultaba evidente el triunfo de la fórmula de transición por la cual Sudán se está ahora regiendo, consistente en la existencia de un Gobierno y una administración que no están ya sometidas al sistema colonial ni tampoco dependen directamente de Egipto, pero que tienden a un paralelismo estrecho con los egipcios, hasta el extremo de que los pueblos egipcio y sudaneses que conviven en el valle del Nilo sean como «dos cuerpos con una sola alma», según la gráfica frase que algún sudanes me ha repetido.

En este sentido Sudán puede considerarse como una lograda prolongación de Egipto. Lo mismo sucede de hecho con una parte de Palestina, o sea, con la zona de Gaza, poblada por trescientas mil almas, que ocupan y defienden tropas egipcias. Gaza tiene un pequeño Gobierno local que se deriva del antiguo Consejo árabe palestín existente en Tierra Santa antes de que surgiese el hostil Estado de Israel en 1948, y que no ha reconocido la incorporación posterior del



El general Hakim Amer pronunciando unas palabras desde la tribuna presidencial del desfile del 23 de julio



El Presidente del Gobierno, teniente coronel Nasser, durante su discurso de la noche del 22 de julio

borde palestín del Jordán al reino de Jordania. Así se da el caso de que los palestineses musulmanes y cristianos que no fueron conquistados por el Estado sionista obedezcan hoy a dos Gobiernos distintos: el jordánico de Amman y el local de Gaza, cuya zona funciona de hecho como un Protectorado en el cual hace de Alto Comisario el comandante general de las fuerzas egipcias de protección.

EL GRAN MUFTI SIGUE EN SU PUESTO

Mi antiguo y siempre buen amigo el ex Gran Mufti de Palestina, Hagg Amin Al Hussaini, sigue ocupando, naturalmente, el centro de lo palestín total. A pesar de que desde hace algunos años esté retirado de la política activa y, sobre todo, consagrado a temas culturales de carácter islámico-religioso. Su suave silueta rubia-gris de musulmán que simpatiza con los católicos, sigue siendo representativa del estilo reposado que en otros siglos distinguió a las tierras de Galilea. Hispanófilo activo y destacado desde hace veinte años, el tema de España fué traído por el cariñosamente a nuestras conversaciones con un predominio de las evocaciones de la España medieval, en la cual, bajo el nombre de Al Andalus, cristianos y musulmanes cooperaron tantas veces en tareas civilizadoras comunes. En torno al Gran Mufti otras figuras que siempre componen un séquito tan renovado como continuo. Así el Jefe del Gobierno de Gaza, Ahmad Hilmi y el Chej Abdullah Alami, representante de la Prensa más destacada en la zona palestinesa de control egipcio. Todos ellos mantienen la presencia palestinesa difusa en el corazón de lo árabe oriental, como un silencio recordatorio de la constante depresión aún no desaparecida en torno a Jerusalén. Por lo cual dan a todas las concentraciones de árabes en que ellos figuran un cierto patetismo.

EN EL CAIRO CONFLUYEN MARROQUINES Y ARGELINOS

Un poco audaz, e incluso demasiado audaz, sería incluir al Norte de Africa entre las actua-

les prolongaciones directas o indirectas de lo egipcio, lo mismo que ocurre con el Sudán y el borde meridional palestín. A pesar de que de hecho el Reino norteafricano independiente de Libia está modernizándose, sobre todo, según patrones y medidas procedentes de El Cairo, y a pesar de que El Cairo es el centro de confluencia y actuación de los marroquíes argelinos y tunecinos que no están conformes con los procedimientos y orientaciones de la acción francesa en los países berberiscos, el Norte de Africa conserva y refuerza su personalidad propia diferente de la egipcia, e incluso del conjunto Oriental del arabismo, al menos, en el carácter de los norteafricanos o maghrebies. Pero, tanto por la concentración política circunstancial, como por el papel de corazón que El Cairo reafirma respecto al conjunto educativo y literario del idioma, es evidente que ahora Marruecos, Argelia y Túnez, tienen en la ciudad del río Nilo su punto más general de referencia. E incluso no es ningún disparate decir que por eso hoy España limita al Sur, tanto con Egipto como con Marruecos. De ese doble límite es símbolo Al-lal el Fasi, profesor y político marroquí, de lejano origen andaluz, residente en El Cairo, técnico del Islam, poeta famoso y jefe del partido nacionalista del Istiqlal o Istiklal. Con su mahiar mesurado y su fina barbita, Al-lal tiene más aspecto de sabio o de antiguo habitante de la Alhambra, que de conductor de masas. Es, sin embargo, el «leader» más antiguo de la llamada a veces «tierra mora». Aunque su papel de portavoz de un pueblo casi entero no excluye en él un margen de tiempo para las evocaciones españolas. Así en la conversación sostenida con él predominaron, naturalmente, temas referentes a Madrid, que Al-lal ha visitado con frecuencia.

PROYECCION ESPAÑOLA DE LO LIBANES

Fuera de todo contacto predominante con Egipto, e incluso fuera de toda delimitación restrictiva en el espacio y en el tiempo, el disperso pueblo de los libaneses ha aparecido y desaparecido en El Cairo de las recientes y pasadas fiestas, lo mismo que lo hace siempre en todas partes, es decir, estando a la vez dentro y fuera, actuando con una presencia que es siempre la más movible al mismo tiempo que afirmando las proyecciones lejanas de su pequeño país, que tiene en la emigración mucha más gente que dentro de la patria. Católicos en mayoría, y musulmanes o de ritos cristianos exóticos en el resto, los libaneses, habitantes de la antigua tierra que fué Fenicia, siguen siendo el pueblo inventor del alfabeto y el comercio de altura. Así, sus representantes en la conmemoración de El Cairo tan pronto se destacaban periodísticamente como por su atención hacia las grandes realizaciones económicas, y con ellos se han entremezclado los libaneses residentes en Egipto, donde ellos fundaron la primera gran Prensa árabe que aun perdura. El ustadz Tueini, director del periódico «An Nahaa», de Beyruth, que es órgano en cierto

modo parlamentario, Anton Assaf, libanés de Egipto, que ha hecho el órgano de Prensa del nuevo régimen para conocimiento de los extranjeros, y Rafael Abuadba, representante de los libaneses chilenos, han resultado tres escogidos ejemplos coincidentes del genio libanés, que aparece dentro y fuera del arabismo como el puente entre éste y lo cosmopolita. Habiendo servido las conversaciones con ellos para comprobar cómo lo libanés, en su proyección mundial, roza siempre los sectores de la proyección española, con la cual muchas veces se confunde.

Ha habido otras muchas presencias del arabismo situado tierra adentro en el sector asiático al otro lado del Mar Rojo, pues precisamente la fluencia de elementos de la resaca Arabia, el Iraq de los cuentos y otras comarcas vecinas, ha sido completa. Siluetas de beduinos, con las capotas de gasa y el pañuelo flotante sujeto por cordones de hilo dorado; yemenitas de la Arabia Feliz, con sus bufandas policromas; sirios de Damasco, con turbantes altos; iraquianos de gorros aplastados... Algunos de ellos en torno a sus emires, como el príncipe Machaal, ministro de Defensa en Saudia, y el príncipe del Yemen, Saif Ul Isla Al Badr. Detrás de todos, otros musulmanes no árabes del Oriente Medio, tales como los numerosos y expansivos pakistanos. Con todos se marca la más interesante realidad del momento en el Mediterráneo Oriental, o sea, la de que Egipto se convierte, no sólo en punto geográfico de concentración central de la civilización que en otros tiempos se llamó «del turbante», sino en epicentro político de todos los movimientos de conjunto que en el Norte de Africa y el Oeste asiático puedan manifestarse.

Si el firmante de estas líneas ha podido en poco más de una semana de conversaciones directas y acumuladas con representantes de todo el arabismo tomar el pulso al más viejo Oriente en sus momentos más nuevos, la misma o parecida experiencia se ofrece siempre abierta a todos de ahora en adelante. Ayudando también la sugestión del ambiente de El Cairo, de 1954, en el cual los rascacielos de formas cúbicas alternan con cilíndricas y caladas torres de mezquitas de fondas «miliunanchescas», y donde los autos más aerodinámicos han de ceder a veces el paso a los camellos. Pirámides y salas de fiestas con orquestas argentinas; museos y fábricas, madrasas y cuarteles; caravanserrallos y cines con películas en diez idiomas; grandes palaces cosmopolitas e interminables cementerios monumentales donde los vivos se construyen casitas para acompañar a los muertos en los días festivos. Una capital recargada con dos millones de habitantes junto al desierto completamente vacío. Los Faraones y el siglo XX. El árbol de la Virgen y aljamas semejantes a la cordoba del Califato. Lo eterno, de siempre, y lo actual, de última hora. Todo enlazado por el correr del Nilo que, siglo a siglo, se desliza con un fluir que tiene algo de persistente sinfonía.



El gobernador general de Alejandría y el Cónsul de España durante la recepción celebrada con motivo de la Fiesta Nacional española el pasado 18 de Julio

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

MANUAL PARA ESPIAS

Por Alexander FOOTE

Es extraordinariamente interesante el libro de Alexander Foote que hoy resumimos para los lectores de EL ESPAÑOL. Se trata de un antiguo comunista desengañado que fué reclutado para trabajar como espía a favor del Ejército rojo. Su relato, verídico y sencillo, pone de manifiesto la forma más cruda de infiltración soviética, en su aspecto más despiadado de política de poder. También revela sustanciosos detalles sobre la técnica empleada y los valiosos servicios de los traidores internos de los partidos comunistas locales.

El comportamiento mismo del espionaje soviético con los aliados de la guerra pone de relieve la verdadera naturaleza de aquella alianza con el demonio, y de la sinceridad de una amistad que Churchill parecía tener por segura cuando dió su famosa contestación a la carta de nuestro Cauán, que trataba de señalar los peligros del mundo y de unir las voluntades de los que se velan amenazados por el comunismo soviético.

«Handbook for spies».—Por Alexander Foote. Museum Press Limited, Londres, 1953. 190 páginas, cuarto menor.

ENTRADA AL ESPIONAJE

ERA una puerta como las demás de una casa londinense, de aspecto inocuo, en Saint John's Wood. Nada hacía suponer que tras ella se abría un redor que conducía a lo más intrincado de la intriga internacional. Después de atravesarlo en aquel otoño de 1938, emprendí un camino que me había de llevar a Alemania, a Suiza, a una cárcel helvética, tras el «telón de acero»; a Moscú, y nuevamente a Berlín y a la libertad.

«Irá usted a Ginebra. Allí establecerán contacto con usted. Ya le darán instrucciones.» Aquellas palabras representaban mi reclutamiento para el Servicio de espionaje del Ejército rojo. Pero yo no sabía aún para quién trabajaba ni qué es lo que esperaban de mí. De eso me enteré más tarde.

TODO EMPEZO EN ESPAÑA

Después de dos años de continuo servicio en el batallón británico de la Brigada Internacional, en septiembre de 1938 me mandaron con permiso a Inglaterra para que asistiera al Congreso del partido comunista que se celebraba en Birmingham, a pesar de que yo no estaba afiliado y únicamente me había ido a España porque tenía la cándida idea de que en el mundo las cosas no marchaban bien y que el comunismo podía ser la solución.

En Inglaterra me hablaron de que había sido designado para una misión especial: para conducir un camión de la Cruz Roja que había de

llevar socorros de manera regular a España. También tendría que facilitar el paso de frontera a personas y mercancías prohibidas por los controles del Comité de no Intervención y cuidarme de que los socorros de mi camión fuesen a parar casi exclusivamente a manos de personas «políticamente ilustradas».

Para tratar de este asunto fui a Londres, a casa de mi amigo Fred Copeman, un antiguo comandante del batallón británico. Me dijo que habían desistido de ese proyecto, pero que le habían pedido que recomendase a una persona para otro servicio especial, y que pensaba que yo era el más indicado. No sabía de quién se trataba. Únicamente le habían dicho que tendría que actuar en el extranjero y que sería muy peligroso.

A pesar de lo vaga que era la oferta, la acepté. Fred me dió la dirección de St. John's Wood a que antes me he referido. Ya he contado las instrucciones que allí me dieron. No eran muchas y nada más quiso decirme la respetable señora de ligero acento extranjero que me recibió.

Guardó conmigo la misma frialdad que si estuviese contratando a una criada, y únicamente me dió lo que tenía que hacer para entrar en contacto con la persona que había de ser mi jefe en Suiza.

Me trasladé, tal como me habían ordenado, a Ginebra, y a la hora y en el día convenidos me presenté delante de la Oficina de Correos. Tenía que esperar la aparición de una mujer con un bolso por el que asomase un paquete envuelto en papel verde; en la mano izquierda llevaría una naranja. Se dirigiría a mí y me preguntaría en inglés que dónde había comprado el cinturón de cuero que tenía yo que tener en la mano derecha. Yo debería contestarle que lo había comprado en Francia. Luego, a mi vez, la preguntaría yo que dónde había adquirido la naranja. Ella me respondería que me la regalaba si la daba un chelín en moneda inglesa. Así no había posibilidad de equivocarse.

La verdad es que aquel día todas las señoras habían decidido comprar naranjas o envolver sus paquetes en papel verde. Al menos así me lo parecía a mí. Por fin, con maravillosa puntualidad, se acercó una mujer esbelta, de cabello negro y bien vestida. Tendría unos treinta años y podría haber pasado por la esposa de cualquier funcionario consular francés. En el bolso llevaba un paquete verde y en la mano una naranja.

—Dispéñeme, ¿dónde ha comprado ese cinturón?

Se había establecido el contacto.

UN DESPISTADO EN EL EXTRANJERO

Después de establecer contacto nos sentamos en un café. Era una persona simpática y no tenía el aspecto terrible que yo me había imaginado. Me dijo que la llamase Sonia. Hablaba inglés con ligero acento extranjero y, desde luego, debía ser eslava. Más tarde me enteré de que su verdadero nombre era María Schultz y que tenía una larga carrera como agente soviético. Estaba montando en Suiza una red que trabajaba contra Alemania y yo era uno de sus pri-

HANDBOOK
FOR
SPIES

Alexander Foote



LONDON
MUSEUM PRESS LIMITED

meros reclutas. Me mandó a Munich, donde no hice nada práctico más que aprender el alemán. Poco después envió a Frankfurt a otro nuevo agente, Bill, que había sido compañero mío en España.

Momento antes de empezar la guerra, y como consecuencia del Pacto germanosoviético, que nos pilló totalmente de sorpresa, la ordenaron que no hiciese nada y que nos retirase a Suiza. Allí se dedicó a darnos clase para que pudiéramos transmitir en Morse, y aprendí también la técnica suficiente para montarme yo mismo una emisora, con la que empecé a comunicar con Moscú, o sea con el «Centro», según nuestro lenguaje.

Mientras tanto el Ejército soviético tenía en Suiza otra red permanente y más importante, de cuya existencia nada sospechábamos. Esta red, dirigida por Rado, comunicaba con Moscú por medio de un servicio de correos que llevaban a Francia microfotografías de los mensajes en clave. Desde París, las informaciones eran enviadas al «Centro» por una emisora de radio.

Con la caída inesperadamente rápida de Francia, Rado se quedó incomunicado. El Centro ordenó a Sonia que pusiera su emisora a disposición de Rado que se encontraba en Ginebra y con el que tuvo que establecer contacto rápidamente.

Sonia había contraído un «*mariage blanc*» con Bill única y exclusivamente para poder obtener pasaporte británico, ya que ella le tenía alemán. Pero ambos acabaron enamorados como chiquillos—en contra de todas las reglas del buen espionaje—y mezclaron su pasión con el trabajo. En realidad desde la sorpresa del Pacto germanosoviético Sonia se encontraba tan decepcionada que sólo quería abandonar aquel asunto tan pronto como la autorizase Moscú. Por fin llegó el permiso y marchó a Inglaterra en cuanto quedó asegurado nuestro enlace con la organización de Rado. De su emisora se hizo cargo Margaret Bolli, oficialmente «Rosie», que transmitía la información cifrada de Rado. Bill acaba de destruirla, y en cuanto estuvo en condiciones de trabajar sola se fué a Inglaterra, tras su adorada Sonia.

Poco después Moscú me ordenó que enseñase a transmitir a dos nuevos reclutas, los esposos Hamel, que tenían una tienda de aparatos de radio en Ginebra y estaban en perfectas condiciones para ocultar la emisora que ellos mismos habían construido.

La intención del Centro era separar la organización de Rado de la mía, puesto que yo transmitía en clave propia distinta y así aumentar la seguridad. Pero los acontecimientos posteriores y el exceso de tráfico radioeléctrico de Rado nos obligaron a seguir en contacto hasta el fin.

ESQUEMA TEORICO DEL ESPIONAJE

Para la mejor comprensión de mi relato conviene explicar cuál es el esquema teórico al que deben tratar de ajustarse las redes soviéticas en la práctica.

El jefe de la red es el director residente. No debe residir en el país contra el que está trabajando su organización. La dirige desde un país vecino, contra cuyos intereses le está terminantemente prohibido trabajar. Tampoco suele ser nativo del país de residencia, pues los parientes y amigos tienen una curiosidad inconveniente para los manejos del espionaje. Tampoco suele ser ruso, y de hecho en las redes soviéticas apenas hay ningún ruso, ya que éstos suscitan siempre una mayor desconfianza y se encuentran más vigilados.

Al director residente le está vedado el buscar y desarrollar fuentes informativas por sí mismo. Tampoco tiene que reclutar él los agentes ni tiene que efectuar ninguna labor concreta de información directa. Su tarea consiste en controlar el sistema de comunicaciones, ocuparse de las finanzas, valorar y dar salida a la información que llega, después de haberla cifrado, e inspeccionar la marcha general del trabajo de toda la organización. Se tiene que mantener siempre en un segundo plano y su identidad debe ser conocida por el menor número posible de personas. Suele ser desconocido de sus agentes, de los correos y de los radiotelegrafistas, que sólo están en contacto con él por medio de «agentes de enlace» o de los «intermediarios», únicas personas al corriente de su identidad.

Por debajo del director residente se encuentran los «intermediarios», que soportan la carga principal. Pueden ser también nativos del país de residencia del director o del país contra el que está trabajando la red, según las circunstancias. Son ellos los encargados de «descubrir talentos» y si es necesario hacen también de reclutadores.

Una de las fuentes principales de información y campo magnífico de reclutamiento es el partido comunista local, que en la jerga del espionaje se llama el «Vecino», y que no debe confundirse con los «Vecinos», en plural, que significa la Komintern, o su sucesora la Kominform. En todos los partidos comunistas hay un funcionario de alta categoría encargado de recoger información entre los afiliados y simpatizantes para transmitirla al director residente por conducto del intermediario principal, que está en estrecho contacto con él. También facilita los nombres de posibles reclutas útiles.

El «Vecino» también prepara círculos de estudio donde observa las condiciones de jóvenes no afiliados que puedan ser útiles. A algunos de estos jóvenes se les paga durante mucho tiempo por una información que no tiene el menor valor, porque se espera que más adelante lleguen a estar en condiciones de situarse en puestos en los que les sea fácil captar buenas noticias. Estos jóvenes, con un historial inocuo, son preferidos a los militantes declarados y se les aconseja que no se afilien al partido ni hagan excesiva ostentación de sus ideas izquierdistas.

En todos los mensajes, incluso en los textos cifrados, sólo se pueden usar los nombres convenidos para el enmascaramiento de las fuentes, y existe una jerga difícil de entender para quien no está en el secreto. Suelen usarse con preferencia nombres anglosajones, masculinos o femeninos, indistintamente, y sin la menor relación con el sexo de la persona en cuestión.

También los países suelen tener nombres convenidos, que varían de una red a otra. En la de Suiza contra Alemania, Gran Bretaña era «Brasil», Francia era «Florescia», Alemania era «Jersey», etc. La U. R. S. S. siempre es «Casa». Otras instituciones y objetos también tienen sus motes. En mi red, el transmisor de radio es una «caja de música», un pasaporte es un «zapato» y el falsificador de pasaportes es el «zapatero», la prisión es el «hospital» y la Policía el «doctor».

Los salarios en una red soviética de espionaje no guardan relación con el trabajo que se efectúa. Se basan en las necesidades individuales de cada uno para mantener su posición. Puede cobrar mucho más un agente menos importante si tiene que mantener una gran posición social para que nadie sospeche de él. Los miembros de la red de espionaje son considerados como oficiales del Ejército rojo. Rado, por ejemplo, era coronel, y yo, comandante.

EL ESQUEMA EN LA PRACTICA

Prácticamente, la red a la que yo pertenecía, constituida en Suiza y dirigida contra Alemania, estaba formada del siguiente modo:

El director residente era Alexander Rado. Había llegado a Suiza en 1937 y tenía una empresa de cartógrafos en colaboración con otros colegas suizos. Su situación legal era impecable y su nacionalidad, húngara. Le había precedido al frente de la red una agente a la que conocíamos por el nombre de «la mujer comandante». Siguió al frente de la organización, conmigo como segundo jefe, hasta que las detenciones de Hamel, su esposa y Bolli, en octubre de 1943, le obligaron a esconderse. Después de mi detención, que tuvo lugar seis meses más tarde, la red quedó virtualmente paralizada hasta que me pusieron en libertad y emprendí el viaje a París, un año más tarde.

Intermediarios principales: Rachel Duebendorf, que tenía el nombre convenido de «Cissie». No me entrevisté con ella hasta después de haber salido de la prisión, aunque el Centro había dicho a Rado que nos pusiese en contacto, ambos tenían fijado un «lugar de conspiración» común, donde habíamos de reunirnos si le ocurría algo a Rado. Debía ser de los Balcanes, aunque tenía pasaporte suizo. Era la intermediaria principal de Rado y conectaba a éste con «Taylor» e «Isaac». También enlazaba a Rado con el Partido comunista suizo a través de Hofmeier.

«Fakbo» era otro de los intermediarios principales de Rado. Nunca supe su verdadero nombre,

aunque nos vimos con frecuencia poco antes de mi detención y después de haber recuperado la libertad. Su labor principal consistía en enlazar con los círculos diplomáticos de Berna, donde residía.

El otro intermediario principal era yo mismo, que, además, era uno de los principales radiotelegrafistas del grupo.

Radiotelegrafistas.—Después del ataque alemán contra Rusia, teníamos en servicio tres emisoras. Una la manejaba yo en Lausana, otra los Hamel en Ginebra y la tercera, que últimamente estuvo en esa misma ciudad, la tenía Margaret Boll, que usaba el nombre convenido de «Rosie».

«Rosie», lo mismo que el matrimonio Hamel, había sido reclutada por Nicole, jefe de un partido político de extrema izquierda de Suiza, que servía incondicionalmente a Moscú, aunque no era «oficialmente» comunista. Al principio instaló la emisora en casa de sus padres, pero surgieron dificultades domésticas y se trasladó de Basilea a Ginebra.

Intermediarios menores.—El único contacto subsidiario de alguna importancia era «Taylor». También era agente. Trabajaba para Rado a través de «Cissie». Proporcionaba a la red rumores e informaciones precedentes de la Organización Internacional del Trabajo, en la que era traductor. Era judío alemán y se llamaba Schneider, o sea, que su nombre convenido no era más que la traducción inglesa de este vocablo, que significa sastrer. Más que por sí mismo, tuvo importancia porque fué el reclutador y el contacto de «Lucy», un hombre que nos facilitaba una asombrosa información procedente de todas las oficinas del Alto Mando alemán. Sólo él conocía la verdadera identidad de «Lucy» y por este motivo era de importancia vital que no dejase de pertenecer a la red y que estuviera contento.

Los correos.—Uno de los pocos correos importantes era «Rosie», que además de telegrafista actuaba como correo entre Rado y yo y entre Rado y «Pakbo». Otro correo era «Mauden», la mujer de Hamel. Hacía de correo entre Rado y yo, cuando no podíamos enlazar personalmente.

«LUCY»

«Lucy» era un elemento estupendo, que facilitaba toda la información militar que se pudiera desear, incluso el dispositivo militar alemán, casi a diario, en el frente del Este. Su información era tan buena que Moscú creía al principio que se trataba de un doble agente alemán que mandaba información falsa para engañar al Mando militar soviético. Anunció con ocho días de anticipación no sólo el día y la hora del ataque alemán contra Rusia, sino que facilitó además todos los detalles relativos a las tropas que serían empleadas y a los primeros objetivos de éstas. Sólo una vez su información resultó errónea y costó a los rusos un terrible descalabro en Charkov. Pero puede decirse que siempre Rusia fijó su estrategia, en gran parte, a base de la información de «Lucy», que yo cifraba y transmitía por mi emisora.

EL CONTRAESPIONAJE ENTRA EN ACCION

Al empezar la guerra entre Alemania y Rusia, el Centro me ordenó que buscara a dos antiguos agentes soviéticos, «Lórez» y «Laura», con los que se había perdido el contacto hacía años y que creían que podían ser muy útiles. Se trataba de un matrimonio que vivía en la región de Lausana. Me dijeron sus nombres de verdad y me fué fácil dar con ellos, gracias a la guía telefónica. Desde el primer momento me resultaron sospechosos. Llegué al convencimiento de que hacían todo lo posible por averiguar mi identidad, y en cierta ocasión, a la puerta de su casa, me sacaron una foto. Comunicué mis sospechas al Centro, pero me obligaron a seguir en contacto con ellos, aunque la información que facilitaban no era demasiado interesante. Después de unas vacaciones me enteré de que habían preguntado a mi portera detalles de mi vida.

Mientras tanto, Rado tropezó con dificultades. Al salir de un café, en compañía de «Rosie», con la que había cometido el imperdonable pecado para el espionaje de entrar en relaciones amorosas, tropezó casualmente con un antiguo agente soviético que se había pasado hacía años a los alema-

nes. Desde ese momento estaba convencido de que le seguían y vigilaban.

Pero no fué preciso que interviniese mucho el contraespionaje alemán. El interés de la información de «Lucy» y su enorme volumen nos obligaba a transmitir durante más horas de las que la más elemental prudencia hubiera aconsejado. Los servicios de escucha suizos no tendrían la menor dificultad en descubrirnos.

Poco tiempo después, la Policía suiza sorprendió en plena transmisión y detuvo a los Hamel y a «Rosie». Rado perdió los nervios y se escondió tan bien que nunca llegaron a cogerle.

No quedaba más enlace con el Centro que mi emisora y esto me hizo aumentar las horas de servicio, con un aumento adicional de riesgo. Yo había suspendido todo contacto con «Lórenz» y «Laura», y me dedicaba casi exclusivamente a transmitir la información de «Lucy». Pero de nada me sirvieron las precauciones. Seis meses más tarde, la Policía echaba abajo la puerta de mi piso y no me daba tiempo más que a romper la emisora y a quemar los papeles que estaba transmitiendo.

Fuí llevado a la cárcel, donde permanecí diez meses. Los suizos me trataron con gran amabilidad y no podían ocultar su simpatía por quien trabajaba en contra del único país por el que se sentían amenazados: Alemania. Por los interrogatorios me enteré de que Rado había cometido el disparate de dejar que su clave cayese en poder de los suizos. La tenía escondida en casa de los Hamel el día que los detuvieron. Los suizos estaban afanosamente dedicados a descifrar todos los mensajes radiados con la clave de Rado y que habían estado captando desde hacía años.

Me pusieron en libertad bajo fianza al cabo de diez meses, ya que no se me acusaba de nada contrario a los intereses directos de Suiza. Inmediatamente acudí a los «lugares de conspiración» que teníamos preparados al efecto, y por mis conversaciones con «Cissie» y otros varios me enteré de que las fuentes principales estaban intactas y que si tuviésemos medios de comunicación podríamos volver a funcionar. «Lucy» estaba deseoso de volver a mandar su información, y me entregó gran cantidad de papeles acumulados durante mi encarcelamiento. De Rado me dijeron que había huido, diciendo que iba a París (por entonces ya había sido liberada Francia), pero se marchó con tal miedo y precipitación, que se olvidó de dejar citas convenidas por si entraba en comunicación con el Centro y éste mandaba otro jefe o dinero que hacía muchísima falta.

Decidí yo mismo marchar también a París y establecer contacto con el agregado militar de la Embajada soviética allí.

AL BORDE DEL TELON DE ACERO

Así lo hice, y después de algunas dificultades, acompañado por unos «maquisards» comunistas franceses que me proporcionaron mis enlaces con el partido comunista suizo, conseguí llegar a la

Con suma facilidad...

hará que le admiren
por su

CULTURA GENERAL
Y ORTOGRAFIA

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro
de
Cultura
por
Correspondencia



capital de Francia y hacer que transmitieran un informe urgente a Moscú en el que daba cuenta de que se podría restablecer el servicio a través de la frontera franco-suiza.

Pero me dieron orden inmediata de dirigirme a Moscú. Rado había hecho su aparición en la Embajada soviética de París quince días después que yo y no me habían avisado de ello, intencionadamente. Querían confrontar nuestras versiones que, desde luego, no coincidían. Rado, por una parte, se había quedado con gran cantidad de dinero de la red, que aseguraba que había sido entregado a «Cissie», mientras que yo decía que ésta no tenía ni cinco. Por otra parte, él aseguraba que todas las fuentes habían sido descubiertas y que la organización no podría volver a funcionar.

Cuando ya hubimos explicado por separado nuestros puntos de vista divergentes, nos pusieron en contacto y nos metieron en un avión que se dirigía a Moscú, pasando por El Cairo. En la habitación del hotel expliqué a Rado cuál era la verdadera situación de la red suiza y lo que yo había contado a Moscú. Él pensó que yo seguía preso y jamás creyó que le pudiera contradecir. En vista de ello, salió de la habitación del hotel y no le volvimos a ver.

EL TELON DE ACERO

Al llegara a Moscú me encontré con que el Centro creía que yo había sido puesto en libertad por los suizos, porque me protegían los ingleses, con los que hacía doble juego, y que la intención del espionaje soviético era hacer creer a Moscú que subsistían unas antiguas fuentes que se habían perdido, para que yo pudiese hacerles recibir información engañosa facilitada por los ingleses. Me di cuenta de que en los interminables cuestionarios a que me sometían me iba la vida. Pero tenía la conciencia tranquila y mi única defensa posible era decir siempre la verdad, para que no me pillasen en una contradicción. Sin embargo, me daba cuenta de que si Rado cometía la locura de suicidarse, o si desaparecía definitivamente, me esperaba un paredón, delante de un piquete, ya que el director del Centro estaba convencido de que los mismos ingleses habían secuestrado o «diquidadado» a Rado en El Cairo para que no pudiera descubrirme.

Mientras tanto, me trataron bien, viví prácticamente como un general soviético, aunque seguía estrechamente vigilado. Terminó la guerra y pudieron averiguar la verdad de mis declaraciones a través de los papeles encontrados en Berlín. Además, descubrieron a Rado en Egipto y le secuestraron, llevándole por la fuerza a Moscú. Poco después debió morir fusilado, pues en el servicio de espionaje soviético no se perdona, sobre todo, la falta cometida por Rado al dejar que le cogieran el código de su clave para las transmisiones.

Yo estaba asqueado de que los rusos pensaran que sus aliados británicos podían actuar contra Rusia en medio de la lucha contra un enemigo común. Comprendía que eso no podía haber más que en la cabeza de una gente en la que la falta de sentido del honor y la mendacidad y el engaño constituyen una segunda naturaleza. Estaba deseando marcharme, pero para conseguirlo no tenía más remedio que fingir entusiasmo por la causa.

Me dijeron que en mis condiciones, con los servicios de contraespionaje de varios países enterados de mi identidad, tendría que permanecer mucho tiempo inactivo, en Moscú, sin salir al extranjero. Protesté enérgicamente, diciendo que si no podía hacer espionaje por lo menos que me dejaran trabajar abiertamente en el partido comunista de mi país, pues Rusia ya había tenido su revolución, pero la Europa de posguerra estaba madura para hacer la suya. Este fuego revolucionario causó muy buena impresión y, pocos meses después, conseguí que me destinasen a montar una nueva red en Argentina, dirigida contra los Estados Unidos. Tenía que ir a Alemania, haciéndome pasar por prisionero de guerra repatriado y trasladarme como refugiado a Buenos Aires, después de pasar por lo menos un año en el Berlín oriental para ambientarme y amoldarme perfectamente a mi nueva personalidad, con el fin de no levantar sospechas.

Así se hizo todo y, por fin, después de dos meses en Berlín rojo, pude llegar a la zona occidental, a la libertad y a ser de nuevo un ciudadano pacífico y ordenado en la vieja Inglaterra.

PAZ VIGILANTE

[La verdad de España no necesita de recursos dialécticos para imponerse al observador de mirada limpia y voluntad sincera. Muchas cosas reclaman aún y reclamarán la solución definitiva. Recibimos en herencia las resultantes de más de un siglo de abandono, negligencia y ceguera políticas. Fué preciso proceder a una ordenación de tareas y quehaceres, y en esta ordenación y en el estudio y ejecución de los planes de realización puso el Caudillo su mano tenaz y su sabiduría de gobernante. Los frutos de su previsión, de su claridad de concepción, de su estrategia, los reciben hoy no sólo los españoles, sino también la causa de la libertad cristiana, el mundo que quiere seguir manteniendo y gozando su derecho a creer en Dios.

A este respecto, los horizontes que desde esta serenidad espiritual de España se contemplan ofrecen un acusado contraste con nuestra normalidad, nuestra estabilidad y nuestra salud interiores.

El panorama español en este mes de agosto adquiere categoría de símbolo y de lección. Por estas mismas páginas de nuestro semanario están desfilando todos los rincones y todos los caminos de la Patria. El empresario, el catedrático, el menestral, el trabajador, el comerciante, la familia modesta y la de recursos más abundantes pueden disfrutar del descanso veraniego, de la tranquilidad de una temporada al margen del trajín, de los ajetos y del trabajo de todo el año. Ellos saben que este descanso no será alterado por ningún seísmo social ni político, que esta su paz familiar y personal es un derecho garantizado por la vigilancia y el desvelo de quienes administran y rigen los destinos de la comunidad española. Ningún hilo de esta administración relaja su tensión en los pulsos del Caudillo. Más aún: la atención y el alerta sobre el área internacional tampoco remite, en lo más mínimo, su vigor y sus exigencias. Prueba evidente, aquellas palabras, patéticas y cargadas del más depurado sentido de responsabilidad, pronunciadas en Santiago por Franco: al comprobar «el espíritu demoníaco que caracteriza de Oriente a Occidente las persecuciones religiosas, presentimos que se aproximan días de prueba y de castigo... La precariedad de la tormenta la acusan el dolor renovado de nuestras Virgenes, los portentosos mltagros de sus lágrimas, los avisos providenciales».

Esta inserción de la preocupación española en la entraña profunda de la amenazadora realidad internacional, comprueba una vez más cómo aquí jamás hemos entendido el egoísmo aislacionista, que pospone el disfrute de la propia existencia cuando está en juego la esencia que salva, la única fe que es capaz de allanar y mover las montañas que dividen hoy a los que debían militar junto a Cristo frente al diablo.

Es posible que haya quienes entiendan que lo decisivo en esta necesaria y urgente alineación de fuerzas son los recursos materiales. Sería subestimar y no comprender la profundidad y la gravedad de la crisis. Hay que acumular y coordinar todos estos recursos, pero hay que partir de lo único que infundiría virtualidad, sentido y eficacia auténticas a la utilización de tales medios en la hora definitiva, esa hora que el Caudillo ve como la hora de la «justicia de Dios».

EL ESPAÑOL

SUSCRIBASE A
POESIA ESPAÑOLA

"OBEDIENCIA Y LIBERTAD" EN LAS CONVERSACIONES CATOLICAS INTERNACIONALES DE SAN SEBASTIAN

**ALEMANES, FRANCESES, INGLESES, BELGAS,
ITALIANOS Y ESPAÑOLES, FRENTE A LOS
PROBLEMAS DE LA VIDA CONTEMPORANEA**

LA oportunidad e importancia del tema tratado este año en las Conversaciones Católicas Internacionales situó inmediatamente a estas reuniones en el primer plano de la atención general. Era necesario hablar de la «obediencia», y hablar de acuerdo con el sentir de la Iglesia sobre el particular. Era preciso enjuiciar muchas cuestiones relacionadas con ella, sin olvidar, como es lógico, los deberes que en este terreno tiene el católico para con el Estado, máxime si se trata, no ya sólo de un Estado justo en sus leyes y procedimientos, sino de un Estado doctrinal y prácticamente católico. Tal el caso, desgraciadamente no muy repetido en el mundo, del Estado español, cuya actitud ante los derechos y deberes del individuo y de la comunidad descansa y está determinada por los principios y enseñanzas dictadas por la Iglesia. En un pueblo que vive dentro de este planteamiento, es lógico que exista el clima más sano y más propicio para dialogar sobre tan interesantes problemas.

OBEDECER ES NECESARIO

Desde 1935 se celebran en San Sebastián las Conversaciones Católicas Internacionales, por iniciativa de un pequeño grupo de donostiarros. Tras el lapso de la guerra civil se reanudaron, y este año se han celebrado las IX Conversaciones.

Cada año se discute un tema previamente propuesto y en torno al cual se reciben comunicaciones que centran los debates.

Las personas que han de asistir son invitadas, y se invita con preferencia a las especializadas en el tema, de forma que nunca falte un núcleo de consumados expertos.

Los temas vienen dados por la actualidad: son los problemas que las circunstancias de la vida contemporánea plantean a los católicos en cuanto hombres y en cuanto católicos. ¿Cuál debe ser la declaración de los derechos del hombre que plantearían los católicos, a la vista del presente histórico, y mientras la O. N. U. los estaba formulando a su manera? Este fué el tema de 1949.



El obispo de Córdoba, el padre Henry, el canónigo belga Lecheng, el jesuita francés padre Serás, el profesor italiano Ninoli y el doctor Walsh, participantes en las conversaciones

Y cuando en 1950 se volvió a hablar con insistencia de la unidad de Europa, el Comité de las Conversaciones propuso el tema de las «Bases cristianas para la unidad europea», etc.

Este año el problema que mas ha preocupado en el ámbito católico europeo fué el de los sacerdotes-obreros. Sobre este asunto EL ESPAÑOL dijo oportunamente lo que cabía y debía decirse.

Pues bien; en torno a un posible o real brote de desobediencia, de disidencia, en la constante galicista francesa, por un lado, y, por otro, a propósito de una creciente desviación en el recto concepto del «poder» y a una creciente crisis de la sumisión, o sea, a una amenaza de subversión, lo indicado resultaba hablar de la obediencia. «La obediencia y la libertad de los católicos» ha sido el tema de este año; tema importante, pero espinoso y hasta resbaladizo si quienes lo han enfocado no estuviesen antes muy bien asentados en un asentimiento intelectual al principio de la obediencia, en un comportamiento personal obediente y en una caridad cristiana que implica sumisión y obediencia.

En cuanto a la finalidad de las



Dos aspectos de la mesa de discusión durante las Conversaciones Católicas de San Sebastián

Conversaciones, la revista oficial de la institución, «Documentos», dijo una vez: «Hoy, más que nunca, los católicos de todas las nacionalidades deben permanecer unidos, no sólo en la unión mística de la Iglesia y en la fidelidad al Padre común, sino en la tarea de reconstruir la sociedad. Y para ello, es preciso que se aproximen entre sí, contrastando sus posiciones ideológicas ante los problemas planteados al calor de la caridad y a la luz de las enseñanzas pontificias.»

Desde este año, las Conversaciones se orientan y organizan bajo la vigilancia de una Comisión episcopal, presidida por el obispo de San Sebastián. Pero es de advertir que, incluso de una manera oficial, nunca, al contrario, les había faltado la asistencia de la jerarquía. Menos ahora, cuando de lo que se iba a tratar era de la obediencia a la jerarquía y al Poder civil.

A mi juicio, contra el prejuicio superficial de muchas gentes, las Conversaciones suelen tratar de temas que no es que se pretenda convertir en populares o lograr que tengan una influencia, sino que constituyen ya una preocupación latente o expresa de extensos sectores del catolicismo mun-

... y así del mundo no cató-
co. Son recogidos de la calle pa-
ra ponerlos bajo el objetivo de
un microscopio comprensivo, pe-
netrante y moralizante, ante el
que desfilan, para dar su libre
opinión dentro del amplio mar-
gen de tolerancia de la fe, una
serie, no precisamente de rele-
vantes personajes oficiales, sino
de importantes pensadores que
pasan el resto del año en sus os-
curas celdas de estudio y obser-
vación.

La cuestión de la obediencia,
no bien se formula, se compren-
de capaz de preocupar, lo mismo
a un carretero que a un profesor
de Universidad.

San Pablo afirmaba a los ro-
manos—¿y a quién no después de
ellos?—: «Que cada uno esté so-
metido a las autoridades que se
hallen por encima de él; pues no
hay autoridad que de Dios no
venga; todas las que existen han
sido instituidas por Dios. El que
se subleva contra la autoridad, se
rebela contra el orden deseado
por Dios, y aquellos que se resis-
tan harán caer sobre ellos mis-
mos la condenación.» Y quien
mandaba a los romanos el año
58 después de Cristo no era nin-
gún angelito, sino un tal Nerón,
que reinó desde el 54 hasta el 68.

¿Desobedecían los cristianos
cuando se negaban a adorar a
falsos dioses? ¿No han reconoci-
do los teólogos el derecho, no ya
a ser mártires, sino a sublevarse,
en determinadas circunstancias,
con las armas en la mano, con-
tra un orden civil que sea injusto,
que atente contra la ley natu-
ral? Pero, a la vez, ¿no sigue
siendo la palabra de San Pablo
y una reiterada doctrina patrística
y pontificia un mandato de
respeto al Poder y a la Ley, sin
los cuales no cabe justicia sobre
este mundo? Un católico ruso,
¿debe, o más bien puede, obedecer
a Malenkov? ¿Debe desobede-
cerle? ¿Cuándo y en qué casos
cada una de ambas actitudes?
¿Quién da el criterio para una
u otra cosa? ¿La conciencia in-
dividual? ¿Un poder superior?

FIGURAS EN ACCION

No obstante la asepsia de pa-
siones que suele tener el discurs-
so, las Conversaciones Internacio-
nales poseen su ambiente, desde
luego muy internacional, distinto
y paralelo al exotismo de la pla-
ya donostiarra. Sacerdotes alema-
nes con traje negro y alzacuellos,
dominicos de París, respetables
y morenos obispos españoles,
sanguíneos canónigos flamencos,
señales de buida inteligencia,
limpios y comedidos jesuitas vas-
congados. No faltan oyentes loca-
les y extranjerfos. Este año han
destacado dos eclesiásticos oyen-
tes. Uno, un capuchino alemán,
delgado, alto, de gesto elegante,
moreno de tez y barba rubia,
ojos transparentes: era el Rilke
con hábito que hubiera querido
ser Rilke, con algo de Juan Ra-
món Jiménez. Me dije que tenía
que ser poeta, pero me respondió
que se dedica a la organización
«Pax Christi» y que ha venido
como peregrino a Santiago. Parte
del viaje lo ha hecho a pie. Al
Palacio Provincial, donde se ce-
lebraron las sesiones, llegó con una
pesada mochila y bastón de cami-
nante.

El otro eclesiástico es un mon-
je maronita, un libanés de bar-
baza negrísima, que se llama Mi-
chel Breyar, y que lleva una es-
pecie de negro turbante de rafia.
Ha estudiado materias orientales
en Salamanca y ha hecho un es-
tudio sobre el primer cataloga-
dor de la Biblioteca de El Escro-
rial, que fué precisamente un li-
banés. Me dice que, a su juicio,
las Conversaciones están reduci-
das a la perspectiva europea, y
que debieran ocuparse también
de las crisis o problemas de los
hombres orientales.

Este año las Conversaciones
han ampliado un poco su conte-
nido humano. Así, entre el medio
centenar de participantes han
conversado, por vez primera,
figuras tan caracterizadas como
la de Javier Conde, catedrático
y director del Instituto de Estu-
dios Políticos de F. E. T. y de las
J. O. N. S.; el catedrático y co-
laborador de «Arriba» Adolfo Mu-
ñoz Alonso; el escritor y director
de «Índice», Juan Fernández Fi-
gueroa.

El director de debates, secreta-
rio y nervio de las Conversacio-
nes, es el donostiarra don Carlos
Santamaría. Colaboran íntima-
mente con él el sacerdote dioce-
sano don Francisco Yarza, el abo-
gado don José María de Lojendio,
el presidente y el consiliario
de la A. C. N. de P., don Fran-
cisco Guijarro, y don Avelino Al-
varez Esteban, respectivamente.
El señor Santamaría dirige las
discusiones admirablemente. El
idioma principalmente usado es
el francés.

En la primera sesión sobre la
obediencia se aceptó el tema y
se distinguió la obediencia cris-
tiana como virtud sobrenatural
de la mera obediencia natural
humana, aun practicada por los
mismos cristianos. Elemento co-
mún a ambas, la sumisión inte-
ligente y libre a los mandatos a
toda autoridad, en especial a la
autoridad institucional cuando
actúa dentro de su competencia.
Se apuntaron los problemas que
crean los supuestos de ilegítimi-
dad en la autoridad o en los
mandatos, la incompetencia de la
autoridad, la oscuridad en los
mandatos, etc.

En la segunda sesión, el obispo
de Vitoria justificó el aniquila-
miento de la propia voluntad en
la obediencia, porque toda autori-
dad, por principio, viene de Dios,
aunque se puntualizó que la obe-
diencia a la pura fuerza no pue-
ta al servicio de la autoridad le-
gítima, la tiranía, repele a la na-
turalidad humana. Pero la obe-
diencia debe estar informada aun
más por el amor que por la mis-
ma necesidad, cosa, por otra par-
te, indudable. Entre varios cami-
nos, insistió el obispo de Vitoria,
hay que aceptar el elegido por la
autoridad, en aras del bien co-
mún. Este, insistió el padre Lec-
nard, debe estar dirigido en últi-
mo extremo al bien de los súb-
ditos. Al final se llegó al exa-
men de casos en que existe el
deber de desobedecer.

LA OBEEDIENCIA AL «PO- DER CIVIL»

Luego se examinó los proble-
mas de la obediencia al Poder
civil. Los italianos Minoli y Lon-

go ven en crisis autoridad y obe-
diencia a causa, en parte, de la
complejidad técnica y social del
mundo político: otros, señalan la
dificultad del diálogo mutuo por
la falta de instituciones que lo
cultiven. Don Juan Zaragüeta
llamó la atención sobre la ten-
dencia pública del Estado moder-
no a dictar leyes, no solamente
de las que se llaman de acción,
sino también de pensamiento o
doctrinales.

Fué entonces cuando se produ-
jo una destacada intervención
del profesor Conde, que planteó
el problema en su totalidad, y
señaló la tendencia contemporá-
nea a concebir la autoridad polí-
tica como un poder irresistible,
con pretensión no sólo de legiti-
midad, sino con la aureola de al-
go sacro. ¿No hay en esa irresis-
tibilidad un factor de ilegítimi-
dad? Tres fases se pueden distin-
guir en la realización del orden
político, que, sucesivamente, se
realiza por la sumisión, por la
concurrencia y por la comunión,
conceptos que aluden a distintas
maneras de concebir las relacio-
nes entre súbditos y autoridad.
Compleja es la actividad que hoy
se presenta al político, porque las
tres fases deben ser tenidas en
cuenta.

La gente quedó expectante por
la solución que parece podría
formular el señor Conde. Pero
don Javier no pudo asistir, pues
se vió obligado a marchar hacia
Santander.

Al día siguiente se distinguió
la posible legitimidad de la
irresistibilidad, según se
trate de cuestiones culturales,
económicas, de regulación de las
conductas, etc. Y claramente ya
se apuntó con el dedo a Rusia.

Se aceptó que no hay un solo
tipo de Estado con el cual iden-
tificar la doctrina católica; con
varios tipos, a lo largo de la His-
toria, ha convivido la Iglesia.
Quizá sería peligroso y equivoca-
do declarar su incompatibilidad
con un futuro tipo de Estado
«social», hacia el que parece irre-
misible el caminar humano. La
misión de los católicos sería la de
discriminar qué derechos indivi-
duales pueden considerarse, para
salvarnos, totalmente inaliena-
bles, y distinguirlos de aquellos
que consideramos tales sólo por
una supervivencia de criterios li-
berales.

El último día, por la mañana,
se trató del «profetismo», o sea
de los casos de aparente oposi-
ción entre el santo y la jerar-
quía eclesiástica: lo de Santa
Juana de Arco en sus múltiples
variantes. Pero resulta que el au-
téntico místico es humilde, siente
falta de confianza en sí mismo,
pide ayuda espiritual a quien
puede dirigirle. Para el padre Sa-
laverra, hay una homologación
entre la ilustración providencial
que puede aportar el santo a la
jerarquía y la gracia ordinaria
que ilumina a ésta. Por la tarde
se habló de la «revolución de los
santos», de la licitud de utilizar
la fuerza en defensa de los va-
lores espirituales, pero también
de la fundamental reacción cris-
tiana consistente en una crecien-
te autenticidad del catolicismo
en nuestras vidas, para colocar-
la frente al comunismo, cuyo de-
sarrollo, quizá por ello, providen-
cialmente se ha permitido.

LA VOZ DE LA JERARQUIA

La jerarquía ha tenido un amplio contacto con las Conversaciones de este verano. El día inaugural, el Nuncio de Su Santidad en España, monseñor Antoniutti, pronunció un amplio discurso. Dijo que los católicos tienen el deber de seguir, con sumisión y fidelidad, las orientaciones publicadas por la autoridad de la Iglesia: el Pontífice para la Iglesia universal y los obispos para sus fieles. Citó palabras del Papa, muy recientes, según las cuales no hay en la Iglesia otros maestros de Derecho divino, y que si otros ejercen en la Iglesia algún ministerio de orientación o doctrinal, no lo poseen, sino en calidad de colaboradores. «En cuanto a los laicos, está claro que los maestros legítimos pueden llamarlos», «pero es preciso que estén bajo la autoridad, dirección y vigilancia» de éstos. Señaló el Nuncio una especie de rebelión secreta contra la jerarquía, que reivindica la emancipación del laicado y maneja términos tales como «Iglesia de la caridad» e «Iglesia jurídica», con afán de oponerlos.

El cardenal arzobispo de París, monseñor Feltin, de regreso de Santiago, habló a los conversadores; hizo un elogio al hecho de haber elegido el tema de la obediencia, y concluyó que ésta es necesaria para que haya paz.

Por último, en la sesión de clausura, celebrada el día de San Ignacio, el obispo de San Sebastián exaltó al santo jesuita, santo de la obediencia, fundador de la Compañía, cuyos miembros tienen el cuarto voto de obediencia al Papa, y que dice en su libro de Ejercicios aquello de «perinde ac cadaver», y lo de «si tu ojo viere blanco y la Iglesia dijere que es negro». etc.

SESION PERMANENTE

En los pasillos, entre sesión y sesión, las conversaciones sólo tenían por objeto el tema debatido; tan metidos estaban en él. Llegaron a suprimir los descansos. Hablar con los conversadores es enfrentarse con quienes han hecho del pensar un oficio. Predomina un tono de constantes precisiones, de «no es eso» y «no es ése el enfoque preciso».

El padre Sauras, dominico valenciano, profesor de Dogma, es una figura notable en estas Conversaciones. Le preguntamos:

—¿El Estado puede exigir a los ciudadanos un asentimiento intelectual, o solamente actos exteriores?

—En gracia a la armonía que debe existir entre quien manda y quien obedece, es deseable llegar a una coincidencia, no sólo en lo exterior, sino también en lo interior, tratándose de cosas justas; pero no puede exigirla. Es materia que escapa a su jurisdicción.

—¿Hasta qué punto se puede tolerar una ley mal hecha o el mal uso del Poder?

—Mientras su cumplimiento no sea causa de mayores males.

—¿Qué actitudes puede adoptar el cristiano en la zona intermedia entre el deber de obedecer y el deber de desobedecer?

—Ante dos deberes optaría por el más urgente, dando a la palabra un sentido, no de temporalidad, sino de principalidad.

—¿Cabe el autocontrol del Estado en materia de moralidad de sus exigencias para con los súbditos, o requiere un criterio superior que lo limite?

—Hay un criterio superior que lo limita. De lo contrario, se constituiría en árbitro supremo de la moral, y esto es totalmente inaceptable e inexacto.

El canónigo belga Leclercq, agustiniano, autor de libros de pensamiento que, a la vez, son de devoción, responde a nuestras preguntas:

—¿Está en crisis la obediencia? —A los hombres jamás les ha gustado obedecer. Si hoy se habla mucho de una crisis de obediencia es porque la civilización exige una mayor disciplina, por lo cual se observan también muchas más faltas a la misma.

Mr. Walsh, periodista, director de «Catholic Worker», gran amigo de España, dice:

—Ya lo creo que está en crisis la obediencia. El crecimiento del Estado impone muchas obligaciones de un tipo nuevo en lo individual, y eso conduce a muchos a reaccionar en contra del Estado. Lo malo es que tal tipo de desobediencia se une a la del «mercado negro». En cuanto al deber de desobedecer, creo que si las leyes son injustas existe el deber de trabajar para cambiarlas, y si son pecaminosas, el de desobedecerlas.

Mr. T. S. Gregory, cincuenta y siete años, influencia grande en el mundo católico inglés, autor de importantes obras de Historia de la Filosofía, colaborador sobre temas jurídicos y filosóficos en el tercer programa de la B. B. C. Como anglosajón, supongo que tendrá un enorme respeto por la obligación de pagar los impuestos, cosa que no suele ocurrir —es la verdad— en los países latinos.

MORAL Y TRIBUTOS

—La Religión—me dice—en parte de la justicia, y si el Gobierno tiene derecho a imponer impuestos y éstos son justos, no hay problema: es un deber religioso. Pero no admito el deber de no pagarlos en el caso contra

MAÑANA SERA OTRO DIA

“L'EMPEREUR MALGRE LUI”

SI me fuese permitido imitar el estilo del director de EL ESPAÑOL, el presente artículo sería una «Carta para los vivos», dirigida a mister Raymond R. Mac Curdy, de la Universidad de Nuevo Méjico, Albuquerque, New Mexico, U. S. A.

Creo que hemos sido unos ciento cincuenta los participantes en las II Jornadas de Literatura Hispánica que acaban de celebrarse en La Coruña y Santiago de Compostela. El señor Mac Curdy fué el único norteamericano presente. Había gente de casi todos los países de habla española, y de Portugal, del Brasil, de Alemania, de Bélgica, de Suiza, de Inglaterra, de Holanda... Entre todos, quizá Mac Curdy es la persona con quien menos hemos hablado los demás.

El es un hombre alto, flaco (estos dos adjetivos sustituyen el dato preciso de sus pulgadas y sus libras, que cualquier periodista compatriota suyo habría anotado), con un rostro lleno de humildad amabilidad y encima de la cabeza unos pelos tiesos de puerco espín. En la sesión de apertura, Universidad de Santiago, habló unas palabras que le trajeron las simpatías de todos por su agradable chapurreo, en el que mencionó a «los tres habladores» que le habían precedido y en el que dijo algo muy interesante sobre Santiago matando moros

en su caballo blanco, cosa que a él antes le había parecido increíble. Después, en las otras sesiones, y en las tertulias al margen, y en los incidentes anecdóticos, la larguirucha figura, parecida a un ciprés sonriente, andaba como medio despistada, como medio perdida, como...

Entendámonos. No se trata aquí de política, ni se trató en absoluto de política en los plenos, ni en las comisiones, ni en las tertulias de estas Jornadas de Literatura. No se trata tampoco de categoría personal, pues las relaciones entre unos y otros periodistas fueren lo menos ceremonial, lo más espontáneo y peaton del mundo. Tampoco se trata de intenciones concretas, pues nadie llevaba allí otra intención que la muy general y sencilla de estar, de conversar, de cambiar impresiones sobre los temas de las ponencias, de hacer amistades, de conocer los sitios, de conocerse.

No se trata de nada de eso. Pero yo no he podido evitar, conmigo mismo y dentro de mis reflexiones calladas, el pensamiento de que hay dos aspirantes al dominio del planeta, la U. R. S. S. y los Estados Unidos. Si un ruso soviético hubiera estado en las Jornadas, sé que no habría dejado de agitarse y agitar, de hablar con todos y con cada uno, de dar puñetazos en las mesas, largar

rio; es decir, que si Gobierno e impuestos son tan injustos como para causar gran sufrimiento y resentimiento, y si el resistirse al pago supondría una mayor injusticia, me encuentro en una situación como aquella en la cual Nuestro Señor hizo su voluntad y sufrió la injusticia de la crucifixión: sufrió deliberadamente, y por El sólo, el mayor servicio que puedo rendir a la causa de la justicia, porque sería una participación en los sufrimientos de Cristo, que es lo que El nos pide para la redención de la humana injusticia. La evasión fiscal es pecaminosa, excepto en un extremo tal, que la evasión fuese justa, e injusto el pago, caso raro que debe ser juzgado en particular. Todo lo anterior no es querer hacer lo mejor de un mal asunto, sino una de las supremas vocaciones posibles a los hombres, desde que se nos concedió la semejanza con Cristo.

Fray Agustín Leonard, dominicano francés, teólogo muy importante, autor de «Tolerancia y libertad de la fe» y de «Los místicos cristianos», hombre joven todavía, me dice que cree en la existencia de una crisis de la obediencia, correlativa a una crisis de la libertad, porque somos libres para obedecer, lo mismo que obedecemos para ser libres. El libre examen ha hecho estragos y ha producido fantásticas anarquías de la conciencia individual, hasta llegar a lo que se expresa en aquella frase de Bernanos: «La libertad, ¿para qué?» Esta fatiga de ser libre y responsable de la vida y los propios actos es una enfermedad juvenil, un volver a la infancia, de la Humanidad, síntoma de que estamos en el paso a una nueva edad de la civilización.

Razón: los abusos de la liber-

dad, por una parte, y de la exigencia de una obediencia estéril, sin basarse en ningún orden, por otra.

Por ello, el espíritu de rebelión y desobediencia de los intelectuales no se basa en un sentimiento de dignidad y responsabilidad, sino en un rehusarla, al atacar desordenadamente a otro mal; la tendencia a una obediencia degradada y conformista, a una idolatría irracional.

—¿Qué actitudes puede adoptar el cristiano en la zona intermedia entre el deber de obedecer y el de desobedecer?—le pregunto a Muñoz Alonso.

—Muchas y diversas. Pero conviene, antes de adoptar la de desobediencia, que se consulte la lección de la Historia; y que escuche la voz de su conciencia personal y social, antes de adoptar una «resistencia pasiva» en esa zona intermedia.

—¿Cabe el autocontrol del Estado en materia de moralidad de sus exigencias para con los súbditos, o requiere un criterio superior que lo limite?

—Pregunta clarísima y contestación que se me antoja contundente: requiere un criterio superior; pero, eso sí, que sea superior también al individuo.

Las Conversaciones le parecen convenientes e interesantes.

Como figuras notables habrá que citar, siquiera para dar noticia un poco más completa, aunque parcial, de las asistencias. Entre los de habla castellana: el importante filósofo Hozamar; Schramm, introductor de Donoso Cortés en Alemania; el famoso Von Balthasar, suizo, teólogo, traductor de poetas franceses, dueño de un hondo talento y una fina sensibilidad.

M. A. Latreille, francés, especialista en historia religiosa, en

particular sobre las relaciones de Iglesia y Estado.

Jacques Madaule, autor de obras de crítica literaria; sobre Claudel, el cristianismo de Dostoyewski, el nacionalismo de Barrés, Graham Greene, etc.

El padre Sorás, jesuita de Lyon, profesor del Instituto Católico de París, director de revistas sociales y religiosas.

El padre Maydiou, dominico, ingeniero y doctor en Teología, director de las revistas «La Vie Intellectuelle» y «Rencontres».

Mr. Beales, profesor en la Universidad de Londres, especialista en Pedagogía, enlace de las Conversaciones en Inglaterra; se convirtió al catolicismo en 1935.

El canónigo de Vitoria doctor Girarda, los padres Arin, Bastarrica, Nicoláu, Tellechea, entre los españoles; Henry, Laffont, Delfosse, De Bovis, Coupé, Louis, Celier, entre los franceses, etc.

«ESTA TIERRA CATOLICA DE OBEEDIENCIA»

En el acto de clausura habló el padre Dubarle, veterano conversador, en nombre de todos sus compañeros. Es un especialista en Filosofía de la Ciencia y sabe mucho de «robots», de Física atómica y de las consecuencias de todas esas cosas. Es también autor de algún libro sobre el optimismo cristiano.

Dijo que los debates se habían desenvuelto en diálogo «muy franco y abierto», en esta «tierra católica de obediencia», y señaló que «las Conversaciones vienen a ser uno de los lugares católicos del mundo en que los participantes pueden expresarse con mayor libertad». Y el obispo de San Sebastián, doctor Font, les felicitó y se felicitó por la serenidad y alteza de miras de las discusiones.

Alberto CLAVERIA
(Especial para EL ESPAÑOL)

MAÑANA SERA OTRO DIA

discursotes, interrumpir, exigir votaciones, poner vetos, maniobrar convidando y distinguiendo, averiguar, intentar persuadir. Un ruso, en fin, habría actuado como un sacamuelas delirante, como un infatigable proselitista. Es decir, como todo lo contrario de lo que ha sido el estadounidense mister Mac Curdy, tan callado él y tan encantado de todo lo que oía y veía.

Es interesante ver cómo, entre los dos grupos humanos condenados a ser, uno u otro, los amos de la tierra, uno persigue y busca esa propiedad ardorosamente, místicamente, desmelenadamente —«el mundo va a cambiar de dueño», dice un verso de la Internacional—, mientras que el otro se encuentra en el lugar de primera potencia, repitiendo de continuo la leyenda dorada del varón romano a quien fueron a ofrecerle el manto de púrpura del Imperio cuando él estaba sembrando habichuelas, y prefería ser labriego a ser emperador; sobre la historia actual de los Estados Unidos, un nuevo Molière en colaboración con un nuevo O'Neill escribiría una comedia inmensa titulada «L'Empereur malgré lui». ¡Si hasta un Juan Ramón Jiménez se derretía de gusto, cuando las elecciones norteamericanas, escribiendo «Wallace, el mejor», porque estaba viendo al candidato Wallace cultivar guisantes!

Yo creo que, entre los dos (es a saber, entre mister Mac Curdy, asistente norteamericano a las Jornadas de Literatura Hispánica, y el hipotético asistente ruso a las mismas Jornadas), el primero

es el que va a ganar, aun sin planearlo, y el segundo es el que va a perder, aun proponiéndoselo desde hace veinte o treinta años. Creo, como médico, es decir, como hombre mucho más atento a la biología que a la lógica, que los Estados Unidos tienen más salud y, por tanto, más probabilidades de subsistencia y de crecimiento que la U. R. S. S. Creo que si los Estados Unidos aparecen alguna vez indecisos en muchos aspectos de su conducta general, es por la misma razón por la que los niños se nos muestran débiles, aunque los niños son, en realidad, los más fuertes; por la misma razón por la que los viejos (y Rusia es un enorme viejo, la monarquía más vieja del mundo entre las monarquías que aun subsisten) se nos aparecen cargados de sabiduría y de experiencia, aunque en realidad están cargados de artificio y caducidad. Creo, en fin, que de ellos es el futuro.

Y, entonces, con vistas a ese futuro que yo amo desde el título mismo de esta sección de EL ESPAÑOL, me parece magnífico que el señor Mac Curdy haya podido comprobar en las Jornadas un hecho: que ciento cincuenta millones de seres humanos hablan, y otros muchos hablan y piensan en lengua española; la lengua que él chapurrea; la lengua que su país, ¡gracias, oh Dios mío!, ha de aprender, porque es la humana y sobrehumana lengua del Imperio, el pensamiento válido para todos los hombres, que necesitan constituir una unidad, la del género humano redimido por Cristo.

Luis PONCE DE LEON

CASI CIEN COPAS DE PLATA HABIA GANADO BAHAMONTES ANTES DE SER "REY DE LA MONTAÑA" EN FRANCIA

EN TOLEDO PREPARAN AL TRIUNFADOR, SUS PAISANOS, UN CARIÑOSO RECIBIMIENTO

UN día de la primera decena del mes de julio de 1928 un hombre joven, moreno, fuerte y musculado llegaba a la puerta del Juzgado del toledano pueblo de Val de Santo Domingo. Ya en la puerta preguntó:

—¿Para inscribir a un recién nacido?

—Allá, más adelante, a la derecha.

El hombre llegó a una puerta y entró.

—¿Cuándo nació el niño?

—El día 9 de este mes.

—¿Cómo se llaman sus padres?

—Julían Martín, un servidor, y Victoria Bahamontes.

—Y al pequeño, ¿qué nombre le van a poner?

—Alejandro Federico.

Así, en esta sencilla escena histórica había quedado registrado para los efectos civiles el nacimiento, en una casilla de peón caminero, del que pasados veinticinco años sería campeón ciclista en lejanas tierras, «rey de la Montaña» más concretamente, en la Vuelta a Francia del año 1954.

PULMONES COMO ESPADAS

La familia Martín Bahamontes vive hoy en Toledo. Allá lejos, subiendo una cuesta, cara casi a la Peña del Rey Moro, el Tajo por en medio, existe una casita pequeña, modesta, limpia, con un jardín minúsculo como antesala, donde una parra de uvas negras extiende su sombra sobre el suelo.

Julían, el padre de Federico, acaba de regresar de su trabajo y está sentado bajo la sombra, jugando con el perro, que atiende por «Chico»—como su tamaño—, y con Aurelio, el sobrinito menor de la familia, que es un hijo más en la comunidad porque desde pequeñito se encuentra en la casa.

De pie están la madre y las dos hermanas, Julia y Luisa, rubias, de grandes ojos expresivos, altas y espigadas, afirmando con su presencia la certeza posible y mediata de las leyes hereditarias.

Julían, el padre, habla emocionado del hijo victorioso. Y por sus palabras seguras y firmes va saliendo, poco a poco, troceada, la historia humana y ciclista de su hijo Federico.

—De pequeño le gustaba mucho el dibujo. A los cuatro años

La magnífica preparación física de Fede, su orden y su método, clave de su éxito

UNA VIDA SENCILLA Y EJEMPLAR



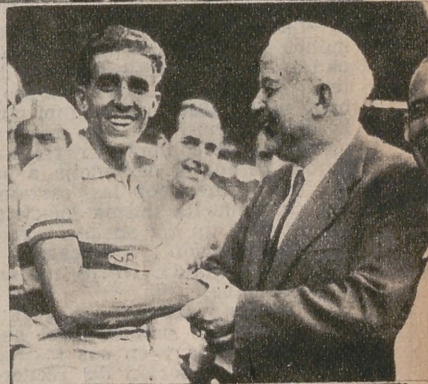
vinimos a Toledo, y al siguiente ya iba Fede a la Escuela del Hospital de fuera. Allí aprendió a dibujar. En cada papel, en cada cuartilla blanca había un gato, un perro, una flor, una gallina o un pájaro trazados por la mano de mi hijo, que sólo tenía seis o siete años.

La madre—el pelo recogido, un vestido azul con lunares blancos, de pie sobre la puerta—no puede por menos de confirmar:

—Si viera usted, señor, las manos que tenía mi Federico...

Como es natural, hasta ahora la historia pública de la casa Martín Bahamontes es la historia ciclista de Alejandro Federico, el campeón de Toledo. Pero dentro de ella está la otra historia, la historia de las cosas menudas de cada día, que sigue contando el padre del muchacho.

—Luego, cuando Fede creció, tuvo que trabajar. Porque nos-



De arriba a abajo: Bahamontes en plena carrera, las copas ganadas por Federico y el «rey de la Montaña» recibiendo la felicitación del embajador de España en París



El padre, la madre y una hermana de Alejandro Federico Martínez Bahamontes, en su casa de Toledo

otros bien modestos éramos y lo somos. Ahora soy albañil, y antes, cargador del Mercado de Abastos, y antes todavía, peón caminero. Habían ya nacido las tres hermanas—Carmen, la que no está en Toledo, trabaja en Madrid como enfermera en casa del doctor Martínez—, y los gastos de una casa, ya sabe usted lo que son... A los dieciséis años Federico se hizo carpintero. Trabaja en casa de Vicente siete meses y luego pasa, comb ebanista, a la ebanistería de Palomino, donde está un año. Pero hay que ganar más, y se viene al Mercado de Abastos como cargador.

En este duro trabajo de cargar y descargar seras de fruta o sacos de patatas, de judías o de garbanzos es donde Bahamontes va adquiriendo, por una parte, esa dureza de músculos y esa fortaleza en los pulmones, que ahora, hace poco, harían exclamar al médico del regimiento donde Federico hizo el servicio militar:

—Ese chico tiene que tener los pulmones de acero, pero de acero templado en las aguas del Tago, como las espadas.

DOCE KILOGRAMOS EN LA PRIMERA BICICLETA

Cinco años permanece Federico en el Mercado de Abastos de Toledo, como mozo del mismo. Y en este período es cuando comienza la afición al pedal, y cuando monta, con constancia y seriedad, en bicicleta.

—La primera vez que Fede montó en bicicleta—continúa el padre del campeón—acababa de tener el tífus. No le sentaba muy bien aquel esfuerzo y prohibí que lo hiciese. Pero con una máquina vieja que compré por treinta duros, pesada y desvencijada se iba a entrenar por las carreteras. Con aquella misma bicicleta se presentó un día en una carrera de Educación y Descanso y quedó el segundo. Ni yo mismo lo podía creer.

La madre y las hermanas van escuchando las palabras del cabeza de familia y en sus rostros se percibe la emoción del recuerdo.

—No sabe usted lo contento que se puso su padre—comenta la mujer.

—Sí, efectivamente, me puse muy contento, hasta el punto de

que, dentro de mis posibilidades, decidí ayudarle. Y traté con otro corredor de aquí mismo, de Toledo, Moisés Alonso, el ver la manera de montar una bicicleta para Federico más buena, más ligera y en mejores condiciones para la carrera. Así fué: el muchacho nos dió facilidades y allí está, en el taller, todavía la primera máquina un poco decente que tuvo Federico para entrenarse por estas cuevas toledanas, que no creo que tengan igual en el mundo.

Cuando luego fuimos al taller del «rey de la Montaña» pudimos contemplar la primera bicicleta de Bahamontes. Una «Dal» pintada en rojo, de doce kilogramos de peso, dura y resistente, que reposa sus pasadas glorias, sosegada y tranquila, como esos criados viejos que vieron nacer a los señores.

TENDIDO SIN SENTIDO EN UNA CARRETERA DE LA MANCHA

Toledo, en primera posición, como es lógico, es el escenario de los éxitos del corredor. Pero pronto las actuaciones de Federico se van ampliando y extendiendo hacia otros lugares. Ávila, Oviedo, Santander, Cataluña, Andalucía... son los circuitos que verán triunfar la figura rubia y delgada del joven corredor toledano.

Por cierto que una vez, cerca de Tomelloso, casi se mata Bahamontes.

—Estaba corriendo mi hijo por los pueblos de La Mancha y de Andalucía. Había terminado una carrera el día anterior y al siguiente comenzaba otra en Tomelloso. No había tren ni coche de línea, ni combinación alguna que los pudiera llevar hasta el pueblo desde donde estaban. Como la fecha no admitía espera decidieron marchar por la carretera hasta llegar a su destino. Salieron a las once de la noche. Todo iba bien al principio y rodaban a bastante velocidad. Llevarían corriendo cerca de dos horas cuando mi hijo se vino al suelo. Había tropezado con una piedra dejada en el asfalto y cayó con bicicleta y todo al pavimento. Allí quedó tendido, sangrando por las piernas, los brazos y la cara, casi sin sentido. Su compañero, Ladislao Soria, un muchacho toledano que era tam-

bien corredor, le transportó hasta la cuneta y le secó la sangre con el pañuelo. Federico, poco a poco, se fué tranquilizando y reponiendo. Estuvieron más de dos horas sentados en la tierra esperando que pasase algún camión o algún coche. Pero nada. Cuando mi hijo tuvo alguna fuerza emprendieron el camino otra vez. Allí llegaron despacio y cansados. Al día siguiente era la carrera. Como es natural, no ganaron.

—Pero lo importante fué—interviene, rápida, la madre—que no se matara.

Las heridas curaron y las futuras carreras pudieron ser celebradas. Celebradas y ganadas, porque dos días más tarde, descansados ya y repuestos, Bahamontes entraba el primero y Ladislao Soria el segundo. La magnífica preparación física de Federico, su orden y su método, su vida de deportistas completo, permitieron la recuperación. Así fué como el muchacho que más adelante asombraría al mundo escalando el Tourmalet, el Aubisque y el Galibier estuvo a punto de matarse una noche en una ignorada y perdida carretera manchega.

CATORCE PINCHAZOS EN UNA SOLA CARRERA

Aunque hoy Toledo entera es entusiasta admiradora de Federico Martínez Bahamontes, en Toledo misma ha tenido Federico que vencer dificultades y oposiciones. Al fin y al cabo, las grandes figuras lo son precisamente por eso, por lo que entre propios y extraños tuvieron que vencer.

Julían Martín, sentado bajo la parra de su jardinillo, va recordando poco a poco episodios ciclistas de la vida deportiva de su hijo. Mientras el pequeño Aurelio enseña la bicicleta que le regaló Fede antes de marchar a Francia—una diminuta bicicleta azul, como el tamaño del propietario—, el padre de Fede vuelve a contar:

En una carrera Toledo-Torrijos-Toledo, el día antes de la misma Fede me dijo: «Oye, padre, a ver si podéis ir en un coche vigilándome en la carrera, porque creo que han dicho por ahí que o me ganan por las buenas o me ganan a traición. No quiero que a nadie nos pase nada, que el deporte no es una lucha a muerte entre hermanos.» Tanto nos insistió que no tuvimos más remedio que alquilar un automóvil y seguirle durante todo el camino. Afortunadamente no pasó nada. Bueno, sí pasó: Fede entraba el primero en Toledo.

Y al decir esto el padre no puede reprimir una ancha sonrisa de satisfacción.

—También Fede tiene el campeonato de la mala suerte en Toledo. Era por la feria. Corría en un circuito y en cada vuelta el altavoz decía: «Bahamontes pincha, repara y vuelve a adelantarse». El nos dijo mientras pasaba que le traeríamos todos los tubulares que tuviera en casa. Yo fui corriendo desde el circuito hasta nuestra casa por ellos. Cuando volví, Fede pedaleaba en una bicicleta de paseo. La suya se la estaba reparando un «amigo» que no había manera de localizarle. Cuando pasaba mi hijo, el amigo se escondía y Fede



Aurelio, el hermano menor, con la bicicleta que le hizo el hoy campeón internacional

tenía que seguir corriendo en la bicicleta de paseo. Hasta que por fin le descubrió. En la otra vuelta ya cambió de máquina, mas no de pinchazos. Tuvo en total catorce. Gastó todos los tubulares disponibles y sus hermanas, allí mismo, los volvían a coser. Entró el segundo, en el mismo tiempo que el primero. Después de todas estas peripecias, sólo nos dijo: «¡Vaya carrerita!» Cuando volvimos a casa, al terminar la carrera, pudimos comprobar en la rueda de la moto del motorista encargado de mantener el orden más de cuarenta tachuelas, algunas con un pedacito de cuero y todo, clavadas en el neumático. Todavía, después de ver esto, nos parecen pocos los pinchazos.

CASI CIEN COPAS DE PLATA

En una habitación del fondo están casi todas las copas que en sus años de ciclista profesional, hasta ahora, ganara Bahamontes. Más de setenta copas aparecen ordenadas en un aparador. Y otras que no están aquí porque las guarda la novia o se encuentran en el local de Educación y Descanso. La madre las limpia, las cuida y las ordena. Y nos había también de su hijo.

—Fede es muy bueno, muy bueno. El no vive nada más que para el ciclismo. Todos los días, en verano, se levanta a las seis de la mañana y en invierno a eso de las ocho. Oge su bicicleta de entrenamiento y se marcha a la carretera. Se va por Torrijos, por la carretera de Madrid o por el Cerro de los Palos. Luego, cuando viene, sube catorce o quince veces la cuesta del Cristo de la Luz, la más pina de Toledo. Después va al taller, viene a comer, descansa, vuelve al taller y marcha luego a buscar a la novia. Se acuesta en seguida, come mucho y sólo piensa en la bicicleta.

LA HISTORIA DE AMOR DEL «REY DE LA MONTAÑA»

La escena fué así.

Hace cinco años, Federico Martín Bahamontes estaba en el puesto del mercado. Por allí iba a comprar una muchacha morenita, guapa, alegre, buena y simpática. Se llamaba Fermína. Fermína Aguilar, por más señas. Y Fede,

el que más tarde sería famoso, se enamoró de ella.

—¿Cuándo vamos a salir juntos un día?

Comenzó el noviazgo.

En la vida de entrenamiento de Bahamontes había entrado una mujer. Pero una mujer trabajadora que le animará y dará esperanzas y que, sobre todo, le admirará como a un semidios. Cuando la pregunta surge, cuando se la inquiera por el modo que ella ve a Federico, la contestación es clara y simple:

—Cada día más guapo.

Es la respuesta de una mujer enamorada.

La vida de Fermína con Federico es bien diáfana. Se ven por las noches un rato, van al fútbol en invierno—siempre que juega el Toledo—, al cine—porque así es el gusto de la mujer—o a pasear en bicicleta cuando no hay carreras en las que participa el novio. Porque si hay carreras, allí está Fermína, en la meta, esperando que llegue Fede el primero, como es la costumbre, para que ninguna otra mujer joven le dé la enhorabuena y el premio antes que ella. Hoy a Fermína le han preguntado qué es lo primero que va a hacer cuando vea regresar a Federico. Y ella, rápida y sin titubear, responde:

—Pues darle un beso.

Aunque al momento rectifique:

—Si me dejan, claro.

Si la dejan, desde luego, porque cuando Federico llegue a Toledo serán cientos y cientos las manos que le apretujen y los brazos que le abracen. Que Federico Martín Bahamontes es, por conquista de la fama, además de «rey de la Montaña» y «rey de Toledo». Y en su escudo lleva bordadas dos bicicletas entrelazadas sobre un campo de azur. Dos bicicletas: la de él y la de Fermína. Porque Fede compró a su novia una bicicleta de paseo para poder ir a pedalear por las carreteras toledanas. Siempre juntos, como corresponde a los destinos unidos.

—Nunca me dejó sola en una cuesta ni se escapó hacia arriba como si estuviese en una carrera.

Uno al lado del otro, en la vida, en la ciudad y en la carretera, es la historia sencilla del amor del «rey de la Montaña».

EL APRENDIZ QUIERE SER COMO EL MAESTRO

El tercer capítulo de la vida de Bahamontes se transcribe en su taller de bicicletas de la calle Honda de la Imperial Ciudad. Encima de la puerta, pintado en verde, un cartel rectangular dice: «Federico M. Bahamontes. Alquiler de bicicletas.» Dentro, ordenados, veintinueve ciclos esperan otros tantos usuarios que llegan, siempre, en mayor proporción de lo que la capacidad comercial del local lo permite. Tres años hace que con sus ahorros Bahamontes instaló el local. Tal vez ahora amplíe el negocio. Mas lo cierto es que su taller es una muestra de la laboriosidad y honradez de Federico.

Mientras el jefe rueda por las carreteras de Francia, su ayudante — Faustino Suárez, diecisiete años — atiende a los clientes — cuando no baja la madre de Bahamontes—y, sobre todo, sueña en ser como el patrón.

—Si valgo, claro—y se ríe am-

plamente, mientras sostiene la primera bicicleta, la «Dala» roja, con la que Bahamontes se entrenaba por las cuestas de Toledo.

El muchacho cumple exactamente su cometido. Estar a las órdenes de un «gigante» de la ruta es privilegio único. Y cuando Fede está en el taller o se marcha a la carretera, Faustino, el aprendiz, abre mucho los ojos y se fija en la técnica, en el estilo y en la potencia de su maestro.

EN TOLEDO, DESPUES DE BAHAMONTES, ESTA PIRULO

Hablar ahora de los amigos de Bahamontes es hablar de todo Toledo. Pero entre la multitud, Fede tiene sus amigos más íntimos. Aunque ahora todos se adjudican el título de amigo íntimo de Bahamontes.

Dos son, escogiendo, los amigos más entrañables de Federico. Porque Sánchez Belando, el murciano que se mató en una carrera, hoy ya no vive. Uno, Sergio Rodríguez, su mecánico. Pero Sergio es algo más que mecánico; es el novio de Luisa, la hermana peñadora de Federico. Y Luisa cuando lo confiesa, no puede evitar un levisimo enrojecimiento de las mejillas.

—Son amigos desde pequeños — cuenta Luisa—. Juntos anduvieron por las carreteras, juntos arreglaron sus bicicletas y juntos participan ahora en las carreras. Aunque mi novio no lo hace como corredor. Pero las bicicletas de Fede las atiende Sergio. Y las cuida tanto y tan bien que parecen, de verdad, hijas propias del operario.

El otro amigo es Pirulo. En Toledo, después de Bahamontes está Pirulo. Pirulo es Eugenio Rojas, un muchacho de dieciocho años que pronto será fenómeno en el ciclismo. Martín Bahamontes es su entrenador. A tal señor tal honor. Pirulo gana, desde hace tiempo, todas las carreras. Y su mayor ilusión es figurar, algún día, en la Vuelta a Francia, junto a su amigo y maestro, Federico Martín Bahamontes, «rey de la Montaña 1954».

DOSCIENTAS CINCUENTA MIL PESETAS EN REGALOS

Y casi como final—como final de un principio que todavía no ha empezado: el principio de la llegada—, Toledo espera a su héroe.

Las tiendas de la ciudad preparan sus regalos. Un máquina de escribir, veinticinco grandes fotografías, un reloj de oro, un par de zapatos, cuatro cubiertos, dos carteras para bicicletas, etcétera, hacen el comienzo de la lista. Porque, por otra parte, están las demás provincias españolas. Hay noticias de que rara es la provincia que no ha ofrecido algo al vencedor. Casi en un cuarto de millón de pesetas se calcula el valor de los regalos de toda España que vendrán a Toledo. De España para Toledo y para un ciclista que puso su nombre el primero en lo alto de los montes de Francia con una leyenda para su escudo que dice: «Yo, Federico Martín Bahamontes, de Toledo, España, me dejé atrás a los mejores corredores del mundo.»

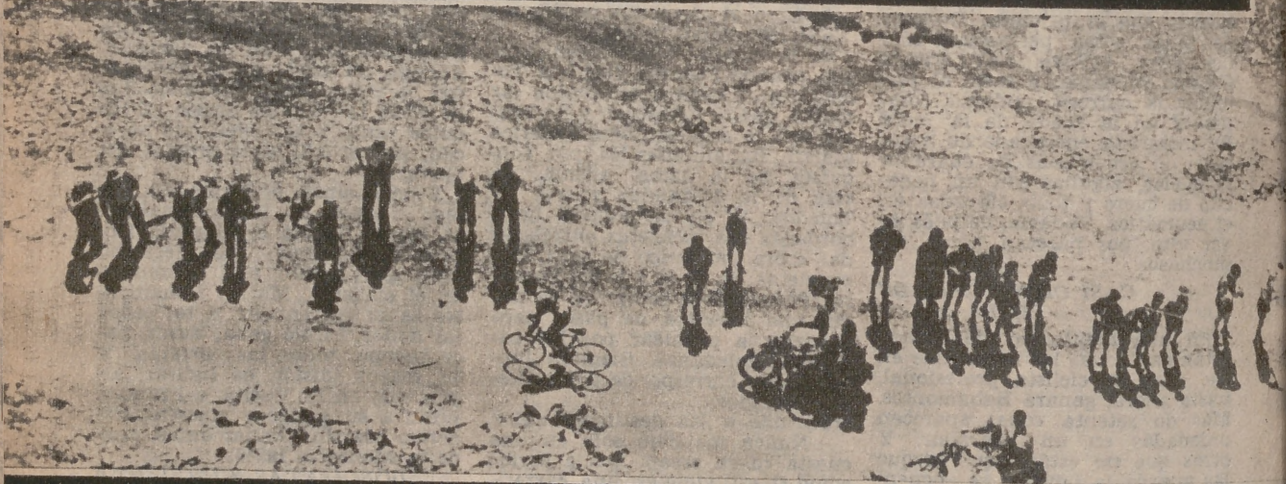
José María DELEYTO
(Enviado especial)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

CASI CIEN COPAS DE PLATA HABIA GANADO BAHAMONTES ANTES DE SER REY DE LA MONTAÑA



LA VIDA SENCILLA Y EJEMPLAR DEL HEROE DEL TOURMALET



Arriba: «El águila de Toledo» corona destacado el Tourmalet. Los dos vencedores de la Vuelta conversan amistosamente. Fermina Aguilar, la novia de Bahamontes, quien no puede ocultar su emoción por la hazaña del toledano. Lea este reportaje en la página 61, de nuestro redactor José María Deleyto